

GERMAN ARCINIEGAS

**ENTRE
EL MAR ROJO
Y EL MAR MUERTO**

GUIA DE ISRAEL

FUNDACION SIMON Y LOLA GUBEREK
BOGOTA, 1989

GERMAN ARCINIEGAS. Nació en Bogotá en 1900. Ensayista, académico, historiador y crítico literario. Su proyección cultural es notoria. Fundó la Revista de Indias y Ediciones Colombia. Obras suyas son: *América mágica*, *El pensamiento vivo de Andrés Bello*, *Genio y -figura de Jorge Isaacs*, *Entre la libertad y el miedo*, *Los comuneros*, y un acervo de libros de corte americanista.

Su importancia básica se concentra en rastrear la conciencia del pueblo mestizo a través de su historia, con sus derrotas y sus colonialismos, con sus masacres y sus dorados, con su cultura y sus ancestros: Pluma hábil, prosa limpia. Germán Arciniegas ha sido un embajador cultural de Colombia en el mundo.

Fernando Ayala Poveda

ENTRE EL MAR ROJO Y EL MAR MUERTO

Germán Arciniegas

**ENTRE
EL MAR ROJO
Y EL MAR MUERTO**

GUIA DE ISRAEL

**COLECCION LITERARIA, VOLUMEN 31
FUNDACION SIMON Y LOLA GUBEREK
BOGOTA, 1989**

Fundación Simón y Lola Guberek Colección
Literaria.

Primera serie. Volumen 31.

Comité Editorial: Darío Jaramillo Agudelo. Juan Luis

Mejía. Pedro Gómez Valderrama. Germán Vargas. Daniel Samper. Lía Guberek de Ganitsky.

Primera edición: EDHASA, Barcelona, 1964

Segunda edición: mayo de 1989

Diseño: Carmenza Hincapié

© Fundación Simón y Lola Guberek.

A. A. 80037, Bogotá, Colombia.

Impreso y hecho en Editorial LEALON por Ernesto López Arismendi. Medellín, 1989

A Gabriela

París, 1963

Latinoamericanos y palestinos

Una intervención en Kuwait en un encuentro organizado por las Naciones Unidas.

Dedico estas notas al subsecretario de las Naciones Unidas Ysushi Akashi —joven e inexperto diplomático japonés— que perdió la paciencia y me suspendió en el uso de la palabra cuando iba a terminar en Kuwait la presentación de estas notas e ignoró en la sesión de clausura mi solicitud para decir cuatro palabras. Reconstruyo lo que dije en la hermosa capital del desierto por la utilidad que pueda sacar de su lectura Ysushi Akashi. Gracias.

G. A

Es posible dudar —y me lo explico— de la autoridad que tenga un latinoamericano para hablar sobre el problema palestino. ¿Qué podemos saber de ese Cercano Oriente si en realidad nos es casi tan lejano como el Japón? ¿Por qué nos interesa —y a veces apasiona— algo al parecer tan extraño para quienes nacimos en una sociedad católica americana? ¿Por

qué he venido a Kuwait a este diálogo sobre enfrentamientos entre árabes y judíos?... Y, sin embargo, cuando el embajador del Senegal Massamba Sarre señalaba la necesidad de buscar tolerancia y comprensión, y lo hacía bajo la mirada escrutadora de nuestro presidente Ysushi Akashi, trayendo el uno la experiencia del África Ecuatorial y el otro la de las islas del sol que nace en el Pacífico, pensé que nuestra calidad hispanoamericana era la más indicada para

llegar a la raíz de estos asuntos. Las profundas raíces religiosas de los dos adversarios son bien conocidas de nosotros. No sólo han llegado a nuestras repúblicas en los últimos tiempos muchedumbres de emigrantes árabes y judíos, sino que venimos ellos y nosotros, de una historia común española. A quien pueda interesar el tema, les recuerdo la formación del estado hispanomusulmán, que duró siete siglos. Fue la primera gran demostración de las expansiones islámicas fuera de Asia o de África. En aquel remoto entonces quedó cubierto el mapa de la península de califatos. El de Córdoba llegó por siglos hasta la raya de Salamanca. Taris avanzó en el año 712 hasta Amaya, y Muza, al año siguiente, hasta Lugo, quedando para los cristianos apenas una fajita asturiana y aragonesa sobre el Cantábrico. En el siglo X los cristianos de la reconquista apenas llegaron a Salamanca y la cara de España en la geografía tenía el aspecto de un vasto imperio árabe. Hasta el día de la toma de Granada, el mismo año que partió Colón hacia Japón, —pensando que América era Asia— por más de siete siglos hubo en los reinos que fue liberando la reconquista casi tantas sinagogas y mezquitas como templos cristianos. Antes que los del Corán habían llegado a esas comarcas los de la Tora, y así alternaban en todas partes las plegarias de los de Jesús con las de moros y judíos. Siete siglos gastaron los cristianos empujando la frontera hacia el Mediterráneo, sin que la guerra fuera constante. Había descansos de decenas de años, y en cuanto se estacionaba la raya se vivía en acomodados fronterizos. Esto generó una especie de derecho común y tolerancia, en que hubo amores y costumbres muy humanas cuyas consecuencias estaban patentes en los niños nacidos entre el Corán y la Biblia. Hoy, lo más bello que tiene España para mostrar son las albercas, patios, jardines, mezquitas, alhambras, artesonados mudéjares, caligrafías doradas en los muros, que siguen siendo testimonio de unos tiempos como para sentarse en la alfombra y contemplarlos. Los surtidores todavía cantan la misma música en Granada y Sevilla golpeando en los panderos del agua que no cambia. Las palabras mejores de nuestra propia lengua, a partir del "ojalá" que todos quisiéramos, vienen de vocabulario moro. Es decir: que España conoció a los de Mahoma en la guerra y en la paz y en esto tuvo la más larga experiencia que recuerda Europa. Si se quiere, más larga que la del Asia Menor.

Lo mismo con los judíos. Con ellos la idea de sacarlos fue tardía, y el día de la salida tuvo la fuerza dramática de un desgarramiento. Después. . . ha sido siempre difícil distinguir entre cristianos viejos y conversos. Hasta en las mejores familias corre por las mismas venas sangre de las dos razas. Los profesionales en genealogías se pierden en la maraña de los apellidos y existen millares de españoles que por llamarse como se llaman dejan ver sus orígenes judíos. En los hogares de la España amorosa son infinitos los casos de una Santa Teresa o un Luis Vives que de milagro no se pusieron a asar en la parrilla. Además, judíos y cristianos participan de la misma historia en el Antiguo Testamento, y la comparten yo diría mejor que los mahometanos. Siempre hay un más atrás en que nos damos la mano. Sinagoga y templo cristiano alternaban en Toledo como en cualquiera otra ciudad de España en el cuatrocientos. Antes del edicto de la expulsión, los judíos tenían trato permanente con los cristianos todos, comenzando por los Reyes. Irán quienes podían prestar dinero por ser únicos en el arte de contar monedas y manejarías. Maimónides, llamado el Santo Tomás de los hebreos, enseñó en España la medicina y la cábala. Cuando se echó al fuego esa amistad sin fronteras, la nueva justicia se manchó con excesos deplorables. Millares salieron para el Nuevo Mundo con disimulo, pero llegaron. Allá con ellos hemos convivido desde el descubrimiento y la conquista y la colonia, y hoy somos buenos amigos. . . y parientes.

Los derechos inalienables

Para nosotros no es fácil entender los derechos inalienables de los árabes mahometanos al suelo de Palestina, como dice Arafat el guerrillero. Simplemente, porque tenemos como libro de cabecera la Biblia, donde el mapa de la "Tierra Santa", es decir: de Palestina, es el escenario de la vida de Jesús, quien predicó el Evangelio mil años después de Moisés. Así, estamos acostumbrados a una Palestina judía y cristiana. El último personaje que aparece en esas comarcas es Mahoma, seis siglos después de Cristo. Alguna vez dijo Arafat que el territorio palestino lo ocupaban sus pueblos desde que hay memoria. No. Hay un récord de dos mil novecientos años registrado

en la Biblia, y cuando entraron los árabes el año 637 a Jerusalén, eran una secta nueva, impetuosa, bélica. Aquel primer invasor aprovechó los destrozos de los romanos que arrasaron templos judíos y cristianos y alzaron sobre las ruinas del de Salomón la mezquita de Al Aqsa, sello de su invasión. No fue nunca Jerusalén la ciudad santa de los mahometanos. Lo fueron y lo son La Meca y Medina. En Arabia eran y siguen siendo esas dos ciudades los puntos sagrados de referencia para los del culto de Mahoma. Jerusalén jamás fue para ellos lo que para judíos o cristianos. Lo de judíos y mahometanos lo saben todos. Lo que no suele recordarse en estos encuentros es lo de los cristianos. Nosotros lo conocemos, dándole además el fondo judío que le corresponde. La vida toda de Jesús, desde el día de su nacimiento en Nazareth, hasta su crucifixión en Jerusalén, discurre en esos que llamamos Santos Lugares. Desde niños oímos en la escuela la historia de Moisés, que a su regreso de Egipto recorrió palmo a palmo esa tierra para instalar en ella a su pueblo, el judío. El rey David entró a Jerusalén danzando y cantando y fundó la ciudad donde luego construyó el templo Salomón, su hijo. María, madre de Jesús, descendía del rey David. Esto lo vemos esculpido en las puertas de las catedrales góticas de Europa. Lo extraño en este cruce de tres religiones es no ver a los cristianos reclamando cosa distinta del acceso libre que hoy tienen para recorrer la Vía Dolorosa y visitar el Santo Sepulcro o ir de Nazareth al lago de Galilea.

Como es natural, entendemos el anhelo de los judíos de volver a la tierra de donde fueron expulsados por los romanos. Es la comarca única de su historia. La retuvieron hasta cuando fueron arrojados a una Europa que no buscaban sino que les fue impuesta por paganos y cristianos. Unos y otros se empeñaron en humillarlos lo mismo con la esclavitud, desde tiempos de Tito, que con la inquisición, de tristes recuerdos cristianos. Culminó la persecución con el Holocausto de Hitler, que conmovió al mundo, y las brutalidades soviéticas, que no han sido menores. Al cabo de veinte siglos Inglaterra, Estados Unidos, y por último las Naciones Unidas atendieron a un reclamo que llevaba ese tiempo de ser una sola lamentación no oída. Esto lo hemos visto en Roma cuantos llegando al Arco del Triunfo de Tito miramos esculpida en sus flancos la escena brutal de los conquistadores cuando llegaba de arrasarlo todo.

Ahí se ven los judíos amarrados como esclavos y en carretas los despojos del saqueo. Aparecen entre los trastos del botín los tesoros del Templo, bamboleándose en lo alto los candelabros del culto. Lo único que fue quedando en pie en la ciudad de David fue ese muro del templo de Salomón a donde por siglos han llegado a llorar los peregrinos para testimonio de sus derechos perdidos.

Los cristianos dejaron a Jerusalem por Roma

¿Por qué dejaron los cristianos a Jerusalem por Roma, al comenzar la era que iba a su nombre? Sólo hay una explicación política verosímil. Llegar con la nueva fe a la cima del imperio pagano bajo cuyo signo ocurrió la Crucifixión era una demostración clara del triunfo cristiano. Pero hay algo más complejo. Llevar a Europa una religión íntimamente ligada a Palestina asiática parece tan extraño como que acabara siendo romana una iglesia que recibió de Roma los golpes más brutales. Pedro fue a quien lo crucificaran y Pablo a que le bajaran la cabeza. . . El Evangelio que había sido en arameo el hijo de Nazareth, que Pablo había recordado en griego, en Roma pasó a ser en latín. La iglesia lo explica por el poder que Jesús dio a sus discípulos para difundieran de una punta a otra del mundo en todas las lenguas. Pero no olvidemos que en Jerusalem sólo se hablaba latín en las casas de Herodes o Pilatos o en el cuartel de los romanos. . .

Después de que no tuvieron los cristianos acceso a su Palestina de tantas recordaciones después del 70, cuando se dividió el imperio romano y Constantino fundó su capital en Bizancio. Se abrió esta posibilidad en el año 632, al irrumpir los árabes de Mahoma, con el Imperio Otomano, contra el cual cuatro siglos después se sublevó la cristiandad. Entonces, después de las cruzadas, se quiso rescatar, y se rescató por un siglo, el Jerusalem de los Santos. Pero tampoco bajo el imperio Otomano se pensó que Jerusalem fuera la capital del Islam. Se le quitó el nombre a Constantinopla, se la llamó Estambul, y ahí se instaló el gobierno. El símbolo religioso se colocaba, como las cosas sagradas, a lo lejos, en Arabia, en La Meca, en Medina. Fue algo como lo de los cristianos, que con peregrinaciones en Roma, miraban a Jerusalem remoto para evocar la vida de Jesús. Los musulmanes, desde Estambul, y desde cualquier lugar de la tierra, tendían en el suelo la alfombra en la dirección de La Meca y de rodillas evocaban a su profeta. La verdad es esta: Jerusalem para los judíos, Roma para los cristianos, La Meca para los musulmanes.

El nuevo imperio otomano, el de hoy, idealmente se proyecta como una vasta colección de estados mahometanos que se inició con Egipto, Iraq, Jordania, Líbano,

Saudita, (donde están La Meca y Medina), Siria, Yemen y luego se ha ensanchado Arabia, Bahrain, Djibouti, Kuwait, Libia, Mauretania, Marruecos, Ornan, Qutar, Yemen del Sur, Sudán, Túnez y los Emiratos Árabes Unidos. Dentro de esta formación de Estados Unidos Mahometanos, los 20-000 kilómetros cuadrados mundo ofreció a Israel para que estableciera su hogar forman un estado más que El Salvador de Centroamérica, llamado por Gabriela Mistral el Pulgarcito. . .

En su discurso ante las Naciones Unidas, Arafat el guerrillero pidió a las naciones apoyaran su sueño de devolver "la tierra sagrada de Palestina" a su secta religiosa que todos los judíos que viven ahora en Palestina o que decidan vivir con ellos, lo hagan allí en paz y sin discriminaciones". Lo dijo enfrentándose a las Naciones Unidas por cuanto "nuestro pueblo perdió su fe en la comunidad internacional, persistió en desconocer sus derechos". Y terminó diciendo: "He traído una rama de olivo y un fusil de combatiente por la libertad. No permitan que la rama de olivo caiga a la mano. . .

No soy sino un curioso de la historia, un cristiano que mira estos combates tan de cerca como está Jerusalem de Bogotá. Pero fatalmente relaciono estas cosas con la creación del nuevo imperio otomano, y me pregunto si sacar a los judíos del estado y les entregó por las naciones del mundo, para que lo administre un gobierno islámico, y reducir a la misma suerte a los cristianos que quieran visitar sus Lugares santos como simples peregrinos, ¿es la fórmula de entendimiento y paz que soñamos para este simple sudamericano como el embajador del Senegal?

Si la historia pudiera repetirse, sería el caso de añorar los tiempos de España antes de echaran de la península árabes y judíos. Me atrevo a pedir se mire a América Latina, hasta el momento, cristianos, árabes y judíos viven en santa paz. Es duro pensar en la paz alta para un historiador. Pero más duro sería callar cuando las llamas están tan cerca de nosotros.

*Los hispanoamericanos han vivido
la solución justa*

El Antiguo Testamento que aceptamos judíos, cristianos y mahometanos es la fuente original de todo sentimiento religioso que domina el medio mundo de la civilización occidental. La gran repartición religiosa nos contrapone a lo oriental que dominan los budistas de Buda. Nosotros miramos a los judíos con el respeto natural que merecen quienes siguen viviendo —históricamente— en la tienda original de donde cristianos o mahometanos han salido en busca de

nuevos horizontes. Todos seguimos hablando de Moisés, David o Salomón, encantados con las travesuras y amores de Rut, cantando el Cantar de los Cantares con Sulamita al fondo, y tomando parte en las guerras de licencias, pecados, venganzas e ilusiones que dan sabor de gesta bárbara a los tiempos primitivos de nuestro pasado religioso.

Al partirse en eras la cuenta de los tiempos, correspondió a Jesús marcar el primer año de la que vivimos. Desde entonces la Era Cristiana se ha impuesto para todas las naciones. El año 1 se actualizó con el Evangelio, lo que venía desenvolviéndose en torno a la Tora. Pasan seis siglos y dos profetas se reparten la opinión de los pueblos: Jesús y Mahoma. Jesús fundó su religión en el amor cristiano, henchido de piedad y perdón, y se inclinó *gozoso a* que lo crucificaran enseñando con su propio sacrificio el camino de la redención. Mahoma, que nace 570 años después de Cristo, profeta y caudillo, a la cabeza del pueblo que le sigue, libra la batalla que lo pone en posesión de La Meca. Así nació ese ímpetu que todavía vemos en el califa Arafat. La doctrina de apasionado idealismo iluminada por el Corán vuelve a mostrar en alto el puño, como antes la cimitarra, y por eso el caudillo palestino se presenta a las Naciones Unidas, con una rama de olivo en la izquierda y un fusil en la derecha. Tal como Europa vio entrar a los turcos por el Danubio y España y avanzar hasta el campo donde Carlos Martel ganó la batalla de los cristianos, seguida por la Reina Católica que empuñó hasta la camisa por ganar la suya en Granada.

El año de Granada, es el punto de partida para la historia de América. Los reyes derrotan entonces a los árabes, expulsan a los judíos y autorizan el viaje de Colón. Así nos encontramos en la convergencia de las tres vertientes de la historia que atañen al problema que estamos contemplando aquí, y que hoy mismo toma nuevas dimensiones. La herencia que nos dejaron sobre estas materias los Reyes Católicos fue de intransigencia y reacción inquisitorial. El nacimiento de la América española coincide con muchos ciegos prejuicios y aberraciones que disminuyen la altura en que solemos colocar el matrimonio de Castilla y Aragón. Quedó entonces rota para siempre la tradición de la frontera que no había sido tan brutal con los moros, se anticipó la persecución de Hitler a

los judíos y se echó la semilla del centralismo en los primeros grandes Estados Unidos de los tiempos modernos. Cerrando el paso a un federalismo comprensivo se eludió la que hubiera sido solución ideal lo mismo para la América española independizada, que para la España revolucionaria al instaurarse la república. Estas reservas a la memoria de los patrocinadores del Descubrimiento hay que hacerla con toda franqueza cuando estamos en vísperas del quinto centenario.

caso de América

En llegó a entrevistar a los Reyes cuando la caída de Granada. Le impresionó tanto la historia que a lo primero que se refiere en su diario del descubrimiento es a ese momento. Lo registra también otro italiano que llega el mismo año a la península: Vespucci. Como al propio tiempo ocurre la expulsión de los judíos, el gran tema de la época, Bernáldez, relata en página inolvidable las escenas de aquel éxodo doloroso. Todo eso toma resonancias en la vida nueva que empieza para Cristóbal Colón. Al salir del puerto español: "Este presente año de 1492, después de Vuestras Altezas la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la caída de la ciudad de Granada. . . a dos días del mes de enero, por fuerza de las armas vuestras banderas reales. . . en las torres de Alhambra, que es la fortaleza de la ciudad... y al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas". Tres meses después se publica el edicto echando a los judíos, y en seguida se publica el viaje de Colón.

Simbólico que todo esto ocurra en menos de seis meses, y que sea el comienzo de una era para el historiador de América. Los espectadores de estos dramas tuvieron una sensación que no es difícil revivir leyendo las crónicas. De la salida del rey moro han nacido poesías de plañidero romanticismo que nos hicieron derramar lágrimas de niños. Los árabes enemigos mortales en las guerras, pero las guerras eran encuentros que nunca acababan borrando del mapa a los vencidos. No se pueden juzgar las acciones de los reyes sin colocarse dentro de las pasiones del momento, y la crítica a lo de hoy será siempre falsa por el tiempo que nos separa. Juzgar lo ocurrido con los criterios que tenemos a nuestro alcance es errado, pero sí explica desviaciones que han marcado el camino en el viejo mundo y en el nuevo y cerrado caminos a los compromisos en la fundación de la convivencia universal. Sólo hay un hecho evidente: que América abrió una posibilidad de iniciar otra historia, y así ocurrió.

Colón, que muy posiblemente provenía de familia de judíos pasados al cristianismo, vivió su catolicismo con gestos excesivos de converso. En sus cartas es notorio que lo que sabía era lo del Antiguo Testamento, común denominador de las dos comunidades. Quería poner las riquezas de América al servicio de la reconquista de Jerusalén, con una idea arraigada en la vieja escritura. Cuando habla sobre la posibilidad de destinar el oro a sacar de manos infieles —es decir: de mahometanos— la Santa Casa, se está refiriendo al templo de Salomón y muere pensando que tal ha de ser el destino de su vida fabulosa. La carta al papa Alejandro VI de 1502 entenece por su ingenuidad: "La presa se tomó con el fin de gastar lo que d'ella se hubiese en presidio de la Casa de la Santa Iglesia. Después que fui en ella y visto la tierra, escribí al Rey y a la Reina,

res, que desde a siete años yo les pagaría cincuenta mil de pie y cinco mil de n la conquista d'ella, y desde a cinco años otros cincuenta mil a pie y otros cinco ballo.. .”, El solo, el almirante del Mar Océano, el virrey de todas las Indias, haría el oro americano que San Luis Rey de Francia en las Cruzadas. ..

rieron los acontecimientos en forma distinta a como los imaginó Colón. Oro de llegó a España en una abundancia que su misma imaginación febril no alcanzó a ero no para gastarlo en la reconquista de la Santa Casa, sino en el robustecimiento sia en Roma y España. Los judíos expulsados de España salieron en buen número, e de precisar, para el Nuevo Mundo, muchas veces haciéndose los reyes los que a aquello. Hoy en América nadie sabe la cantidad de sangre hebrea que corre por s. Ni esperanza de investigarlo, cuando hasta los mismos inquisidores, o familias ban el nombre de Santa María venían de hebreos. Se borraban con oraciones los orígenes, a la vista de los del Santo Oficio. Con algo que ya en nuestros epublicanos cualquiera tiene ante sus ojos, los judíos por disimulo y los árabes por eduino o aventurero, descubrieron lo que Colón no pudo sospechar: que América el mundo de la convivencia universal, de la libertad no conocida. Y así no hay americano donde no se encuentren árabes llamados libaneses, sirios, turcos, s. . . que hallan en América el asilo que en España les negaron los Reyes . Lo mismo judíos o gentes con su sangre, imposibles de enumerar, porque ya no n pueda estar seguro de no quedar dentro de la cuenta imprevisible. Si se me clararlo todo en una frase diría que la solución humana no la han dado ni los los judíos sino los americanos del norte y del sur que restablecen lo que fue la e los años de convivencia. Cuando la guerra con los moros se apagaba en la los judíos dialogaban en las antecámaras del rey.

tado judío se aprobó en las Naciones Unidas en buena parte por la contribución de noamericanos, y no hubo oradores más elocuentes que los nuestros en apoyo de Santa Casa del rey Salomón, de los de la estrella de David. Basta leer las s de Moshé Tov en sus viajes por América, como embajador itinerante de Israel, taba para votarse la aprobación del Estado. Ahí se ve patente el apoyo fervoroso ntó en todas partes. Este judío tenía arranques de elocuencia aplaudidos en todas estaba más calificado que ninguno otro para hablar en América Latina, porque ido y pasado su juventud en Argentina, y no era el suyo el idioma castellano de la sino el español de América, con todos sus recursos y colores. Pero la aprobación uestros daban al cumplimiento de una esperanza de veinte siglos no iba contra la cia con los descendientes de la Palestina bíblica agrupados bajo las banderas de A tal punto se han incrustado en Latinoamérica los árabes de los emiratos y

idos en el Cercano Oriente, que casi no hay capital nuestra donde su colonia no es más numerosas y de las más patrióticas. Es gente que se apasiona por su patria y desde la universidad se pronuncia defendiéndola con elocuencia, como debe a su temperamento. Los seducen los principios de libertad que forman la esencia de nuestras repúblicas. Se imponen como los estudiantes mejores, y hablando, como colombianos, venezolanos, argentinos, mexicanos o peruanos las alientan al parlamento y al gobierno. Están entre nosotros tan felices que no piensan volver de sus mayores, sin olvidarla ni perderla.

En la formación de nuestros estados algo que admiran unos y otros: la liberación de los imperios europeos, la unión de blancos, negros, indios y mestizos en la guerra de independencia y la acogida que se dispensa a todos los libres del mundo. Esto es lo que hace ver América como filosofía a todas las comarcas de la Tierra. Y más en foros públicos.

LA MANO DURA DEL JUDÍO

La mano dura del judío

Le dieron al judío pedregales en donde no crecían ni los cardos, y con su mano dura —la mano dura del judío de tantos siglos—, él fue ordenando los trozos de roca, clasificándolos por su tamaño, formando con ellos muros que marcaron las curvas de nivel de las colinas. Así, poco a poco, retuvieron la tierra. Con este nuevo traje de arandelas se vieron de otro modo los que fueron nidos de duras calvas peñas. Y con su mano dura fue plantando el judío olivares en las nuevas terrazas. Los vientos, al tornar, no reconocieron el paisaje. Se estremecieron de emoción acariciando domingos de ramos verde blanco, palmas de plata verde niño.

Eran los peñascales en esta tierra, donde una vez Moisés hizo saltar el agua, secos. Con su mano dura —con esa mano que había trabajado en sórdidas covachas— el judío montó taladros y perforó la costra reseca hasta que las brocas comenzaron a girar en nidos de agua.

De cada hueco labrado por el barreno, saltó un surtidor que hizo reír aún al viejo duro sol que por siglos sólo golpeaba allí la aridez recalcinada. Nacieron así los pozos, y el judío, siempre con esas manos, fue tendiendo una red reverberante. Las mil bocas de labios resecos de la tierra se transformaron en sonrisas. De la garganta 'de los valles muertos brotó un canto líquido.

Como jorobas de camello, se movían en el desierto las dunas. En ellas, siempre con su mano dura, el judío fue plantando espinos. Comenzaron a verse detenidas las arenas peregrinas, y los espinos, como botones, las clavaban para que no siguieran caminando. Fue algo de maravilla ver a estos judíos que habían clavado por tantos

años suelas en los zapatos viejos, en el Getho de Varsovia, detener con un gesto gracioso, muy en silencio, aquellas colinas vagabundas, y llenarles el canto de duraznos, de naranjas, de limones.

Sólo una mano tan dura pudo con los picos romper tanta peña, y hacer a cada cinco pasos cuna para plantar un pino. El viento había desatado ahí, por miles de años, sus cabelleras sin olor, sucias de tierra. Ahora, el perfume de las ramas verdes trae una frescura deliciosa, un agudo aroma de resinas, que nunca antes nadie pudo soñar. Esta es la bella rapsodia del árbol joven. El canto de la rama que le dará sombra a las frentes que ayer no más eran pergaminos viejos, arrugados por un mundo sin aleros.

Este viejo que vemos ahora en el kibutz, con la cabeza blanca y la mirada joven, hace cincuenta años trabajaba en una mina, bajaba a los socavones, parecía una bestia de carga, una tenaza de carne viva, sometida al rigor de la servidumbre. Construyó una tapia en el desierto para defender de la arena unos pocos metros cuadrados de solar. Con su mano dura plantó detrás de la tapia un rosal. No se trataba de llegar al corazón del desierto para cultivar rosas. Se quería plantar huertos, reverdecer toda la tierra. Pero no está mal que, ante todo, se abra una rosa donde nunca por siglos se conoció esta flor. Y ahora se ven más rojos los pétalos que hacen nidos —¡nidos, nidos, siempre nidos!— contra la tapia levantada en el corazón del desierto. Parecen de la flor de los milagros.

La mano dura del judío corrió como una caricia sobre el desierto. Vino el agua a su llamada y se alzaron los tallos blandos de la cebada niña. Ahora el viento no hace sino doblar espigas. Se ve, se oye, un sonoro mar de ondulantes crines en donde el sol aplaca sus rigores. Se mueven los verdes de plata donde mañana serán los oros del grano maduro.

En fin, son todas estas cosas las cosas buenas que hacen esas manos duras donde parecía agazapado el tacto y muerta la caricia.

Los fanáticos

Llegamos a la función, en el Palacio de los Congresos de Jerusalem, con media hora de anticipación. Se presentaba el coro de los mormones de Salt Lake. Venían a cantar el Mesías” de Haendel, dirigidos por un músico genial, nacido en el Kibbutz Ein Mahoresh. La orquesta sería la de los Kibbutzim. El Palacio de los Congresos tiene el auditorio más grande de Israel, pero resultaba pequeño para la ocasión, y era prudente estar con tiempo. Cuando llegamos, la muchedumbre se agolpaba a las puertas. Pero hubo algo extraño: a unos veinte metros de la entrada, en cierto lugar de la plaza, una treintena de fanáticos, con gritos histéricos, lanzados en un idioma para nosotros incomprensible, pedía algo que no sabíamos.

El "Mesías” de Haendel es un puente de gracia que lleva a cristianos y judíos a un área común de la Biblia de donde unos y otros sacan idéntica inspiración, la eterna de la esperanza. Handel trabajó así en otros oratorios: José, Saúl, Israel en Egipto. . . Pero nunca fue más feliz que esta vez, con una música de resonancia universal. Se recuerda que el Mesías lo escribió en veintitrés días —serían noches— de inspiración febril. Y no se estrenó ni en Londres, ni en París o Roma, sino en Dublín. En el mes de abril, cuando ya son largos los días y es Irlanda más verde. De entonces a hoy, el Mesías no ha hecho sino volar de un inundo a otro, y nada más explicable sino este paso de la América de los mormones a Jerusalem de los judíos.

Amos Miller, el director, enorme, de frac, apareció en el escenario como desmesurada sombra chinesca. Al fondo, más de un centenar de mujeres vestidas de túnicas rojas como llamas, y otro centenar de cantores de corbata negra. Los de la orquesta, músicos de Kibbutz, en mangas de camisa. Los dos o tres mil de la platea, en riguroso traje de calle. Un espectador de comienzos del siglo no lo hubiera entendido. Miller levantó la batuta y se hubiera oído el zumbido de una mosca. Fueron sucediéndose los pasajes como en un rito. Confórtame. . . Cada Valle. . . Y la Gloria. . . Entonces dijo el

Señor. . . Son trozos de la Biblia, pero más que para cantados en un templo para que lleguen al cielo en un espacio abierto. Se ha registrado muchas veces que el coro ir difunda entre la audiencia. Y, en todo caso, cuando el Aleluya, los oyentes se ponen de pie. Así ocurrió esta vez en Jerusalem.

Pero esta vez irrumpieron en dos o tres momentos decisivos los fanáticos. Se habían colado entre la audiencia, y de pronto uno saltó de las butacas al pasillo. A su voz desaforada respondieron diez más. A viva fuerza —más por los del auditorio que por los agentes— fueron sacados en vilo de la sala. El caso se repitió dos veces. La última, fue un histérico que saltó al escenario, arrojó del puesto de honor la bandera de Israel, y con las manos en bocina lanzó un grito en hebreo. En dos segundos fue echado a las tinieblas exteriores.

La violencia de los treinta fanáticos originó protestas de todas partes. Pero para ser exactos dio calor inesperado a la representación. No creo que ni Amos Miller ni los del coro mormónico hayan recibido ni vuelvan a recibir ovaciones tan prolongadas como las de esa noche. El puente no se quebró. Pasaron por él cantores cristianos y músicos judíos. Y el Aleluya quedó vibrando en los oídos como el canto de vida y esperanza que se oyó hace más de dos siglos en Dublín de Irlanda.

LA NUEVA JERUSALEN LIBERTADA

Jerusalem reunida

de la ventana, en el King David, vi hace veinte años a Jerusalem desunida. Una corona de espinas de alambre separara las dos mitades. A la distancia, en la colina de la Cruz, la esquina de la muralla, la Torre de David. Hacia la derecha, el Monte de los Olivos todavía con unos cuantos aceitanos de siglos que el viento mecía mostrando las hojas por su lado verde grisoso o por su vuelta de plata. Al pie de la ventana, una manga de nadie, sin alma que la cruzara. Hasta las casas rotas que habían quedado en la ciudad el día del cese de fuego, con un pedazo en Israel y otro en Jordania. Se había hecho un acuerdo de cerrar los ojos, para que los visitantes que iban al Israel judío pasaran sin problemas al otro Jerusalem. Sagrada y sucia y pobre era esta mitad: la de la Vía Dolorosa y el Calvario. De aquellos días a hoy sólo supe de Jerusalem reunido por unas palabras de Chagal, judío ruso genial, que hace volar por el aire ángeles, burros, ciudades y ciudades de piedra. Poner sobre la tierra el Jerusalem de Chagal tiene la fuerza de un milagro. Cómo se juntaron las piedras, cómo se borró la tierra de nadie, cómo se rehicieron y limpiaron las calles en la ciudad sagrada de los judíos, de los cristianos y de los musulmanes, es algo que sólo puede ocurrir en un lugar donde los hechos forman parte de la historia natural.

La ciudad tan vieja como ésta puede existir en Europa, por cuanto la original fue destruida por una granada diabólica llamada Tito. Pero ahora se destapan los muros más antiguos y se dejó entre el basurero el emperador romano, y se ven salir de las excavaciones templos que llegan a la época del Cantar de los Cantares. La piedra, más que los edificios, forma parte tan íntima de Jerusalem, que por ley municipal en la ciudad no se permite hacerse construcción alguna que no esté revestida de piedra. Es la única ciudad en el mundo que no muestra en ninguna fachada ni la cara de un ladrillo ni una pulgada de yeso. Todo ha quedado al revés de la maldición que no dejó piedra sobre piedra. Y ahora que ha limpiado todo con amor y la piedra casi blanca está dorada por un polvo de oro mediterráneo, la Jerusalem reconquistada es un huevo dorado de paloma en nido de paloma. Con tantos árboles y jardines y flores como piedras. De balcones y terrazas se ven salir los mantos de flores, y en las calles crecen los árboles a tal punto que no hay casa sin una ventana sin su flor.

Aquí ocurrió la última cena

La habitación en el Hotel del Rey David queda frente a la muralla de la vieja Jerusalén. Es la vieja muralla que levantó Solimán el Magnífico. Lo primero que veo es la tumba del rey David. El hotel —fuera de la muralla— está en la nueva Jerusalén. Detrás de la muralla, la ciudad sagrada, la vieja, es a un mismo tiempo inmediata y remota. Entre la nueva Jerusalén y la vieja, hay algo más que el muro: está la cortina de alambres de espinas. Por ella, a Israel no puede pasar a los países árabes. Las calles de la nueva Jerusalén están custodiadas por un letrero que dice: "*¡Peligro! ¡Territorio enemigo!*" La alambrada. Cuando digo "Jerusalén", expreso algo que es cierto, y es falso. Aquí también hay muros, calles, y lugares que forman parte de la antigua historia sagrada. Pero esta Jerusalén, esta Jerusalén reconquistada, es la nueva Jerusalén que ha vuelto a las manos de los

árabes. Por la tarde, un paisaje lleno de misterio. Acariciado por un sol de trigo maduro, de verano, que besa las piedras, y tiembla. A la derecha, el campanario en la iglesia de la Ascensión. A la izquierda, una mancha de verde aceite: el monte de los Olivos. Luego, el barrio de la universidad hebrea, el hospital: quedaron como una isla judía dentro del mundo árabe. Nadie puede llegar allí. Para que los guardianes de esos palacios vacíos no se aburran, y se turnen cada quince días, los árabes permiten que vayan unos voluntarios y les lleven alimentos. Los quinientos mil volúmenes de la biblioteca están en cajas, las grandes instalaciones del hospital, perdidas. Abajo, en torno, hay enfermedades. El hospital, con sus salas nuevas y relucientes, quedó parado en medio del camino de la vida. ¡Y en medio del camino de la vida!

Jerusalén y Sión sí están unidos al territorio de Israel. Una mañana llegamos en automóvil al barrio de la Ascensión por una empinada escalera que sube a la tumba de David, al lugar en donde Jesús se reunió con sus discípulos en la última cena, al propio sitio donde se reunieron los apóstoles y el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y les iluminó para que hablasen todas las lenguas. Allí, en el barrio de la Ascensión, donde hoy se levanta una iglesia, dice la tradición que vivió y se durmió la Virgen María. Dentro de un círculo que no tiene cincuenta pasos de diámetro, el mágico punto de encuentro de las dos religiones que se juntan en las páginas de la Biblia. Sobre este círculo ha pasado muchas veces el huracán de las guerras y no queda en pie sino el templo frágil que levanta la imaginación de los creyentes. En tiempos de Constantino se alzó la basílica. Vinieron los árabes y la abatieron. Llegaron los cruzados y alzaron de nuevo el monasterio. Volvieron los árabes y lo dejaron vacío. Insistieron los franciscanos y volvieron con sus oraciones. Tornaron los árabes y las apagaron como cuando se sopla la vela de un cirio. En tiempos del kaiser Guillermo II se llegó a un acuerdo con Abdul Hamid.

había conquistado el afecto del turco, y logró que permitiesen a los franciscanos, al año, usar el templo de los cruzados. El permiso se canceló más tarde. Hoy, los muros del edificio son unos árabes: la familia Dajani. Pero está en tierras de Israel y los israelíes han renovado el permiso antiguo para que los franciscanos celebren allí sus oficios cada año. El templo sigue siendo propiedad privada de la familia Dajani.

En la Edad Media la tradición indicaba como lugar de la tumba del rey David la cima del Monte Sión. Ahí funciona una sinagoga pobre, de paredes azules, mal tenida. Llegan los cantantes a cantar los salmos y se mueven como poseídos por el embrujo de una llama mística. Se ven las barbas de carey y los bucles nazarenos. La vida del rey legendario gira en torno a Israel basta echarse a caminar, y la historia sale al paso. Se puede visitar el sitio en el mismo lugar el encuentro de David con Goliath, a pocos kilómetros de Jerusalén. Es un sitio natural, y sin esfuerzo se recrea la escena. Sobre una colina estaba el pueblo de Betlén, frente, los filisteos. Abajo, solos, el gigante y el adolescente; los dos jefes iban a luchar. El adolescente, desnudo y hermoso, llevaba la piedra en la honda, como un pájaro en vuelo. Los israelitas eran de cuerpo pequeño, y los filisteos, que venían de los lados de Egipto, altos y fornidos; se veían, nos dicen, como gigantes. De ahí la historia del gigante. El adolescente, para moverse más libre, estaba desnudo. El filisteo llevaba sobre los hombros una capa pesada, pesaba menos que un manto de seda... Y así, la historia de los héroes del Viejo Testamento, la de David, fluye transparente y clara como un sencillo capítulo de la leyenda. La historia es como un capítulo en la primera parte del libro de historia patria del país, historia que se repite.

La tumba de David se llega a la iglesia levantada por los alemanes en el lugar donde estaba la Virgen. Los cincuenta pasos que se han caminado cubren miles de años de historia. Están a la vista los orígenes de las fuerzas espirituales que han abierto caminos profundos en la humanidad. El templo de los cruzados, donde Jesús celebró la última cena en una pequeña sala gótica con ilustraciones moriscas, sin imágenes. No hay rastro de la tumba final donde ocurrió esa íntima reunión de hace veinte siglos que sigue iluminando los caminos del mundo cristiano. Pero se llega acá y es imposible no sentir la sencillez de este milagro. En el lugar donde murió la Virgen, a pocos pasos, hay una cripta representada en una escultura de madera. En esa cripta hay un altar. Es el mismo lugar donde ocurrió, como dicen los evangelios, la llegada del Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre los apóstoles. Ahí, el mundo tomó una nueva dirección. El camino abrió paso para llegar con pechos de paloma al occidente. . . por el mismo camino por el que el occidente había venido con corazas de hierro. Todo está recordado en la imagen del nacimiento y en una lamparilla encendida delante de un altar. Jerusalén parece una ciudad que vive y está amasada con estas luces. Sigue viviendo del milagro.

te Sión

doctor hebreo, de barba castaña y crespa, y ojos de agua clara, quien nos recibió en lo de piedras desnudas que está a la entrada de la tumba de David. Ciertamente es muy posible que, en realidad, el rey del arpa legendaria viniera a dejar en este lugar, y que el gigantesco sarcófago de piedra, sobrio, simple, imponente y desnudo, sea su sepulcro. Si la arqueología —que todo lo puede— y la leyenda —que también— sacan adelante esta historia, aquí tuvo David su reino, aquí cantó y dejó en las páginas de la Biblia, libro sagrado de los poetas, y aquí vino a morir. Extraño caso el del rey músico y guerrero que desató la honda mejor de la historia: soltó el guijarro que le colocaría por encima de todos los reyes, y miró al campo de Goliath con ese aire de tranquilo dominador desnudo que tiene Miguel, ángel de las artes de Florencia.

El doctor hebreo nos indica que no debemos acercarnos al sepulcro con la cabeza descubierta, y nos ofrece un bonete de seda negro. Nos cubrimos. El levanta la carpeta de cuero que tapa la piedra. Nos indica los rollos de la Tora, en un gran estuche de plata. Nos muestra el pergamino, los libros del Pentateuco. Trece coronas de plata marcan los trece

república. El recinto, que es una cueva, resulta pequeño si se piensa en la tumba de Sólo que en este caso toda napoleónica grandeza se derrumba y confunde ante la rey que duerme donde no hay una pintura, ningún lujo, ningún alarde ni bandera, libre, no escrito, de ese rey que en letras de fuego aparece dominando ya desde el estamento.

¿En ir al convento?”, nos pregunta el doctor hebreo. Vamos. Nos presenta a los ciscanos. Son amiguísimos suyos. El doctor hebreo torna a la tumba de David. ciscos —unos italianos— nos acompañan al templo que se alza donde la Virgen se nida, y subió a los cielos. Salimos de la iglesia, acompañados esta vez por unos nanes. Llegamos al mismo vestíbulo que lleva a la tumba de David. Nos acoge de doctor hebreo.

as a una torre por una escalera de caracol y de piedra. Desde este minarete vemos al eja Jerusalén, con la cúpula dorada de una mezquita. Vicente Gerbasi, el poeta que lleva años de conocer estos lugares, me ha regalado su libro "Olivos de Leo:

ngostas calles de Jerusalén,

de sus balcones de oscuridad y flores,

es que ocultan su rostro

os negros,

áticos de mi muerte, balidos de ovejas,

es como coronas de espinas.

edor de higos frescos

na flauta rodeada de avispas. . .

nozco en las estampas

Biblia vieja.

Las piedras de Jerusalén

Cada sobre la roca, Jerusalén es toda de piedra. De piedra son las viejas murallas, los templos, de piedra las casas más humildes. Cortan aquí la piedra en bloques limos de largo, y no les pulen la cara, como para que se recuerde que con hierro los unen a la roca virgen. La piedra es rubia, de color de azúcar morena, con la entraña de bloque es una lámpara de piedra que tiene adentro encendida su luz. Así, sus rosas o una rosa, o una herida, o una llama. Por esto Jerusalén no es ni fría, ni dura. La lava, con su sangre bíblica, su reconditez florida. Vista de lejos, la ciudad es una geometría sacada de las peñas. No alcanza el ojo a descubrir el rubor que va por dentro ahí, en este rubor, está lo que encanta y no se ve. Cada piedra, en cada ciudad, tiene su color, y hay ciudades definitivamente rosadas como Morelia en Méjico, o Inverness en Escocia. En Morelia o en Inverness hay que ver, cuando la aurora, cuando el sol, al sol que lame, igual que la lengua de un perro, las torres de las iglesias, los arcos de los acueductos. En Jerusalén no. Las rosas están por dentro. Hay que acercarse a los soberbios, o a los humildes, para ver que la brasa está ahí, el rescoldo, candela viva.

Explican los arrebatos líricos de David. De los muros del templo, él veía brotar el trigo, como el agua de las peñas. David cantaba: "Yo me alegré con los que me sirvieron en la casa de Jehová iremos. Nuestros pies estuvieron a tus puertas, ¡oh Jerusalén! vieron las tribus, para alabar el nombre de Jehová. Allí están las sillas del juicio, de la casa de David. Pedid la paz de Jerusalén; sean en prosperidad los que te aman. Sea la paz en tu antemuro, y descanso en tus palacios. . Veía David a Jerusalén en los montes verdes, y entrar por sus puertas el trigo de los campos vecinos, dorado como el grano de las piedras, y llegar el vino que le alegraba, rojo como la entraña de las piedras. Pedía por la seguridad de la ciudad: "Corred los cerrojos, y estad atentos".

Con Jerusalén lo que con todas las ciudades, y más si están en el viejo mundo:

Una y otra vez no quedó de ella piedra sobre piedra. Hasta los muros del templo, destruidos. Ahora mismo, de un tajo cortaron la ciudad en dos. La mitad quedó en la mitad en Israel. En la mitad de Jordania, "El vendedor de higos frescos —suena a— rodeada de avispa", como dice Vicente Gerbasi. En la mitad de Israel pasan los jóvenes de las nuevas generaciones con sus bandas de música, vestidos de "boyscouts", en una república moderna y desenvuelta. Al fondo, en un laberinto de callejones oscuros, los religiosos ortodoxos, con sus barbas crespas de carey o sus barbas de

nado. En la Jerusalén jordana, en el mercado, en el bazar, pirámides de turrone,
que chorrean miel, telas de colores, juguetes americanos de plástico, jabones
e, dentífrico Pepsodent. En la Jerusalén israelí, buses que descargan
mbres como en Nueva York, y que al llegar a la orilla callada del sábado, se
El sábado, las turbulencias se aquietan y el trabajo se rinde a los pies de unas
ocio inexorable.

ida es eso. Parece que se apaga, y torna. Está agazapada entre el hueco que ha
el sol en los granos de la piedra. Por estos callejones pasó Jesús en un burrito, el
de Ramos. Jesús —menos impetuoso, menos caballero que San Jorge o que
— no conoció caballo, y ahora mismo sentimos que llega del mismo modo.
llegar, las piedras se ruborizan como niños. Hay un ámbito poético invencible
entre minaretes, sinagogas y campanarios de católicos, romanos y griegos y rusos
s. Jerusalén vuelve a vivir veinte, cuarenta siglos. Como cuando David cantaba
torre: "Tú eres Jehová, el que envías las fuentes por los arroyos que van entre los
En ellas abreven todas las bestias del campo y quebrantan su sed los asnos
es. Jehová riega los montes desde sus aposentos y del fruto de sus obras la tierra se
hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre; El
an de la tierra. Por El el vino alegra el corazón del hombre, y el aceite hace lucir el
el pan sustenta el corazón del hombre. Llénanse de jugo los árboles de Jehová, y
s del Líbano que El plantó. Allí anidan las aves y en las hayas hace su casa la
Los montes altos para las cabras monteses; las peñas, madrigueras para los
Hizo la luna para los tiempos: el sol conoce su ocaso. Pone las tinieblas, y es la
a ella corretean todas las bestias de la selva. Los leoncillos braman a la presa, y
ar de Dios su comida. Sale el sol, recógense, y échanse en sus cuevas. Sale el
su hacienda, y a la labranza hasta la tarde. . ."

os hoteles de los Estados Unidos ponen una Biblia en la mesita de noche. Se lee en
e David, y parece una fábula remota. En el hotel de Jerusalén también está la
leen los salmos, y Jerusalén se acerca a través de los siglos. Parece que renace y
e una torre para que veamos las estrellas de su noche y el sol de sus amaneceres. Y
dras, las rosas del poeta Salomón.

Torre de David

Mañana, al levantarme, vuelvo a mirar las mismas cosas.

de la muralla hace una esquina, hay una torre cuadrada. Es la Torre de David. A la izquierda, una torre cilíndrica: el minarete de una mezquita. A cierta distancia, la torre, a la derecha, de una iglesia: la iglesia católica levantada en el lugar donde se adormeció la ciudad. Al fondo, otra torre: la del huerto de los Olivos. A la izquierda del paisaje, al fondo, el monte Scopus, con los edificios cautivos de la universidad Hebrea. Al fondo, otra aguja, otro minarete. En toda gran ciudad están hoy, vecinos, templos de todas las opuestas. Pero casi siempre son religiones que se presentan al mismo tiempo o con unos años de diferencia, como si se tratara de dioses contemporáneos. Aquí, los templos han surgido donde hablaron los profetas, donde se encuadernaron una contra otra las historias del Antiguo y del Nuevo Testamento, donde se reunieron en un solo credo las tradiciones del oriente y del occidente, donde llegaron los judíos que venían de Egipto, donde el emperador Romano Tito para destruir el templo hebreo, donde Solimán el Magnífico se levantó con su bandera de la media luna. Todo esto, tan cerca, que basta salir y andar unas cuantas cuerdas para hallarse en el escenario de este gran teatro del mundo,

como centro la Torre de David. Quizás el mapa espiritual que se ofrece a la vista no recuerda —si algo recuerda— al mapa de España en el siglo X o en el siglo de los cristianos, moros y judíos estaban tan cerca, como acá, los unos de los otros.

Voy a ver, caminando, a pie, estos contornos.

Desde el hotel, doblo la esquina. Cien pasos, y llego a la tumba de la familia de Herodes mismo fue a dormir su último sueño a otra parte. Pero aquí, los suyos son, si la encontraron, la paz que ambicionaban, si la ambicionaban. Y es singular este monumento único del mundo la entrada de la tumba: un disco de piedra, grande como la rueda de un molino, servía, no como puerta, sino como tapa, al hoyo donde se entierran a los muertos. Caminando unas cuantas cuadras —las que van de la tumba de Herodes a la tumba de David—, cada paso que se da es un siglo que se cuenta. La tierra de las colinas peladas, las piedras, forman un paisaje en torno en donde se ve que las que formarían arroyos, se han secado. Se baja al fondo de un riachuelo seco, por donde corre arena. Se bordea una franja de tierra: tierra de nadie. Jugando al cactus, se evita las espinas. Se sube una cuesta y se está en la tumba de David.

Los pedazos de tierra y reliquias quedaron en manos de los israelíes al constituirse la ciudad en una noche de pesadilla y de azar. Del otro lado de la alambrada están las tierras de la tribu árabe, con el cementerio de los judíos en la falda de la colina más cercana, y la tumba del Santo Sepulcro en el "otro" Jerusalén.

extraño mundo de Mea Shearim

Se ven, con no mucha frecuencia, por las calles de Jerusalén, judíos de barbas blancas, largas cabelleras nazarenas, túnicas o levitones negros. Llevan como un rabo de zorro negro, enroscado a modo de corona. Son los habitantes del barrio de Mea Shearim, pequeña ciudadela cerrada. Ellos conservan en todo su rigor los usos hebraicos. Entrar en Mea Shearim es acercarse a otros siglos.

Jerusalén es una república moderna, progresista: la Biblia es la historia nacional, la patria, en donde David aparece como un sagaz jefe de estado que supo vencer a los filisteos. Las luchas del viejo testamento toman cuerpo y vida dentro de su geografía como los hechos naturales y las leyendas de toda nación. Los israelitas al viajero dónde fue derrotado Goliath, como en Bélgica llevan al turista a Waterloo y le explican en dónde cayó Napoleón.

En Mea Shearim todo es diferente. En Mea Shearim se han apretado los viejos judíos para cantar sus himnos y llorar frente al muro que ya no ven. El muro quedó en el Jerusalén viejo, en manos de los árabes.

Los judíos vinieron cuando nadie había soñado en la república de Israel. Fueron los primeros desterrados de la Europa Oriental, cuando las purgas del siglo pasado. Son en Jerusalén un símbolo de la arqueología de las religiones. Conmovió al mundo su gesto de ir al mapa para aferrarse a las piedras de Mea Shearim. Eran sombras desprendidas de la Biblia. De todas partes les enviaron socorros para que no murieran de hambre. Siguen viviendo como si los años no hubieran estremecido y reanimado la piel de su tiempo. Su ambiente es la sinagoga. Su trabajo la plegaria. Son un montón de humanidad que se apretuja en las estrechas callejuelas yendo de unas casas desprovistas de luz a las sinagogas por entre vastos mercados de ropa vieja. Sentado en el suelo, contra un muro, está un ciego que implora la caridad pública cantando los salmos. Quien ha fundado el kibutz, en donde se transforman las tierras de Israel, quien viene de la periferia de Tel Aviv, o sencillamente de la ciudad universitaria de Jerusalén, y entra en Mea Shearim, tiene la impresión física de venir del siglo XX para llegar a un oscuro rincón del XV o del VI, o de la era anterior a Cristo. En ningún caso la diferencia de nivel es menor que a cinco siglos.

Para entrar en los oratorios me he cubierto la cabeza con un bonete negro, adornado con flecos hebreos bordados en oro. He seguido la calle del mercado y he tomado luego un camino que tendrá de ancho poco más de un metro. A lado y lado están los oratorios.

Los oscuros de unos veinte metros cuadrados, donde tiemblan las llamas de luz y al se agarra a su pasión mística sin cuidarse del resto del mundo. Para iniciar y ser el rezo, sólo es necesario que haya más de diez fieles en el oratorio. Uno de los coloca delante de la Tora y preside la ceremonia. En una cajita de madera, sujeta a la correa a la cabeza, y en otra que de la misma manera llevan en el brazo izquierdo, que se aprietan contra el entendimiento y la voluntad de algún fragmento de la Tora. La plegaria es un murmullo. A veces un canto. Se ven encenderse los ojos de temblar las barbas de miel, elevarse los brazos entre un paisaje de sombras que de luces que se agazapan.

En la religión adquiere una expresión general en Israel es en la fiesta del sábado. Las cuatro de la tarde del viernes comienzan a cerrarse los negocios, se suspenden los buses, en algunos casos dejan de correr los buses urbanos. Es difícil hallar en Jerusalén una farmacia de turno. Sólo acudiría el farmacéutico a atenderle si se trata de un caso de emergencia. Pero el farmacéutico no está en la farmacia, sino en su casa. Las familias se sientan a la acera y se sientan, en traje de fiesta, a conversar. Hay tertulias de quienes hacen el inventario de la semana, dialogando en cuclillas. En los kibutzin de ortodoxos se presentó en un principio el problema de que el sábado no ordeñaban los vacas. Se logró convencerles de que esto pondría en peligro la vida de los animales. Dejaron de ordeñarlas, pero arrojaban la leche al caño. Ya esto no ocurre. El sábado es un día sagrado, pero no interfiere con la vida normal de una república democrática.

En Mea Shearim el sábado es para la sinagoga. La religión hebrea es obligatoria para los judíos. A la sinagoga no es admitida la mujer, sino en una sección secundaria, como espectadora. Las mujeres se ven en la calle, en los balcones, sentadas, no haciendo nada. La mujer del rabí se rapa la cabeza, y en su familia las hembras llevan unas medias blancas —jamás de color de carne—. Es impresionante entrar en una de las sinagogas de Mea Shearim y ver a un centenar de hombres, de pie, abrazados a los pupitres, como si estuvieran menear como parejas en una danza mística, siguiendo un coro anárquico de cantos y plegarias, con una pasión histérica que los retiene por horas en el templo. Hay también a las escuelas en donde se profundiza el estudio de la Tora. A veces hay cientos, trescientos estudiosos, jóvenes y viejos, que van siguiendo el texto en voz alta, siempre cantando, porque cuando se lee cantando adhieren mejor las palabras a la memoria. Es un canto que cada cual improvisa a su manera, pero que llega a la calle como el ruido de un mar místico. Un muchacho de Illinois que ha venido a Mea Shearim para sus estudios de la Tora, me muestra estas particularidades del estudio, me lleva a la biblioteca. En la sala de lectura se ven consumir viejos de cara de marfil o pergamino y libros transparentes, entre enormes volúmenes forrados en cuero. Muchos de los

arios son de origen español, de los antiguos judíos de Toledo. Olvidado del mundo, el niño de la Tora sigue leyendo hasta las tres de la mañana.

En las calles de Mea Shearim los niños se ven el sábado, llevados de las manos de los padres, con largas levitas negras, y dos bucles de pelo en tirabuzón cayéndoles sobre las orejas. Desconcierta, entre semana, ver a estos niños, con semejantes bucles, jugando con canicas y sacando gambetas. Todo esto tiene un límite. De Mea Shearim hacia el exterior los niños son como todos los niños de Europa o de América. En el kibutz no existe, en general, la enseñanza religiosa. Una sionista apasionada, que además es la heroína del libro, Jana Szenes, escribía en su diario: “La religión, en su forma actual, según mi opinión, no puede seguir”. Esta es opinión corriente. Pero semejante opinión no tiene en cuenta nada el formidable resorte espiritual que encuentran los judíos en su tradición. Y su historia está en la Biblia.

tumba de los mártires y los héroes

La pirámide de Egipto fue construida para enterrar a un faraón; el Taj Mahal, para honrar poéticamente a una persona; las fosas ardeatinas de Roma, para dar sepultura a los treinta cristianos y judíos que reposan en sus sarcófagos de piedra. Estos tres monumentos figuran entre las maravillas del mundo. Pero en Jerusalén hay una tumba que no tiene par. Es el Yad Vashem, que quiere decir: El último recuerdo. Ahí están recogidos los restos de hueso de piedra y cemento seis millones de judíos asesinados por los nazis, los restos de seis millones de hombres. De ellos no quedaron —fueron sus restos— sino unos pocos de cenizas. Poca cosa, poquísima, porque los nazis aprovechaban para hacer jabones con las cenizas y la grasa de los sacrificados. Con ese jabón se lavaban las manos, la tierra de las tumbas de todo el mundo se ponen los nombres de las personas. En el Yad Vashem no hay sino unos pocos nombres: Dachau, Auschwitz, Bergen-Belsen, Drancy, Sobibor, Babi Yar. . . Nombres de campos que no fueron de batalla, sino de exterminio. Hitler había enunciado Hitler en "Mein Kampf" la idea que culminó en esos campos: "Tendremos un mundo mejor, si se llevan cincuenta mil judíos a la cámara de gas". Así era el mundo concebido por este filósofo, por este poeta del exterminio. En el informe personal del general Von Stroop, el destructor del Ghetto de Varsovia, de su puño y letra escribió en la última página: "Ya no queda en Varsovia ni un solo barrio judío". Sí. Todo lo que fue, desde el cerebro de Hitler hasta la mano del general Von Stroop, o el humo, no quedó sino un poco de ceniza. Esa ceniza se ha llevado a "La colina del olvido", en las afueras de Jerusalén. La tumba, gigantesca, es pequeñita. Es la tumba de los millones de seres humanos quemados en Polonia, en Rusia, en Alemania. . .

En el tope de la colina se ha construido una plataforma, grande como una inmensa plaza. Su desnudez la acentúan unos pocos olivos trasplantados, y unas jardineras con flores cuyo perfume no alcanza a percibirse. La vista se pierde en los cerros distantes de Belén y de Jordania, de piedras de rosa y oro que forman la verdadera corona al monumento. Allí la luz se encarga de mantener vivos los colores. El monumento en sí es sencillo por su simplicidad. Es una plancha de cemento, cuadrada, de treinta metros de lado y de enorme espesor, ciega. Reposa sobre unos muros hechos con piedras redondas y lisas, golpeadas por el viento y el agua en siglos y siglos. Son piedras traídas de las vertientes del Monte Sión y del Galilea. Algunas pesan varias toneladas. Apretadas las piedras en el muro, quedan como aplastadas por la plancha de cemento. A la tumba se entra por una puerta diseñada por David Palombo. Da la impresión de gigantescas espinas de hierro. La primera vez entré en la tumba. Iba a depositar una corona de rosas, y a encender el fuego

, vecino al pequeño espacio en donde se conservan las cenizas. Me acompañaban personas: el director del museo del holocausto, los guardianes de la tumba, algunos funcionarios del ministerio de Relaciones. Todo adentro es penumbra, y se ve el techo una tienda de piedra levantada para el judío peregrino que ya no se mueve. Un funcionario leyó una página cargada de emoción. La tradujo al español una mujer. Nosotros, entre las sombras y los resplandores, temblar.

En la plaza en donde hoy se levanta la tumba, y va a erigirse en el futuro una tumba o monumento recordatorio, hay un museo subterráneo y un instituto con el nombre de genocidios más grande del mundo. Se han recogido millones de documentos del holocausto. En grandes fotografías se ven lo que fueron las sinagogas incendiadas, los campos de muerte, retratos de sabios, de poetas, de rabinos, y el rostro de Ana Frank, que muchos habla más que la misma tumba de Yad Vashem. El poeta Tishak Katznelson dijo todo: "¡Ah!... Aquí hubo un pueblo y ya no existe". Había en Polonia 3-250-000 judíos; fueron exterminados 2.850-000; había en Rusia occidental 2.100-000: se exterminaron 1.500-000; había en Lituania 150-000: fueron exterminados 130-000, etc. En las piezas del museo hay algunas referentes a Eichman que dan la medida de este monstruo. Himmler había tratado sobre la posibilidad de que cinco mil niños judíos de Alemania pudieran salir. Eichman se opuso en principio a esta emigración, pero luego consideró la posibilidad de cambiar los cinco mil niños por veinte mil adultos que pudieran volver al país "en edad de fertilidad, de menos de cuarenta años, para trabajar". En diciembre de 1942, la embajada de Suecia en Berlín trató de obtener el consentimiento para que el profesor Meyers, de la Universidad de La Haya, pudiera salir para reunirse con su mujer y su hija pagando por esto la suma de 150.000 francos. Eichman respondió: El Reichführer prohíbe la emigración de judíos. Sólo en casos excepcionales, cuando una ventaja especial favorezca al Reich, pueden darse permisos especiales para emigrar. En vista de la escasez de divisas, el Banco Central y el Ministerio de Economía han propuesto que algunos judíos obtengan licencia de salir, pero que paguen sumas apreciables de dinero en divisas extranjeras. . . al menos 100 francos suizos por persona. En el caso particular del profesor Meyers, la oficina de Eichman encuentra que la suma ofrecida de 150-000 francos no es suficiente... ”

Al pasar los archivos, y tomando al azar listas de judíos de ciertos países en donde operaba el sistema hitleriano, he encontrado muchos nombres españoles. Son nombres como los que podemos hallar en cualquier vieja familia de nuestra América. Tomando por estas cosas las dimensiones de lo que se recuerda en Yad Vashem, se ve la universalidad del horror que encierra esta tumba.

Con la ayuda del sol

Recorriendo el territorio de Israel de punta a punta, sorprende el remate de las casas. En cada piso hay un tanque de agua con una plancha inclinada que recoge energía solar. Es fácil ver una casa sin antena de televisión que sin ese sistema que lleva a cada casa agua caliente sin usar el calentador eléctrico. Luego supe que la ley lo exige en toda la construcción.

Algo nuevo viene de atrás. Hace veinte años vi los comienzos de esta innovación, y ya en ese pueblo se empleaba el sistema. A poco, en una exposición internacional en Suiza se mostró este adelanto de Israel, como un experimento que a lo mejor tendría valor para el mundo. La segunda parte en este caso estuvo en volver para Israel presente lo que los israelíes aplazaban para años por venir. A quien ahora pregunto en Tel Aviv o en Nazareth sobre lo de la calefacción por los depósitos de energía solar, sin excepción me dice: "Al menos el ochenta por ciento de lo que yo con sumo lo saco del sol. El perfil de las construcciones que por todas partes surgen es un perfil de tanques y captadores de calor. Como por lo general se construyen edificios de seis, ocho, diez pisos, por cada piso un tanque y un tragasol. Por esto, los panoramas urbanos en Israel son diferentes de los de cualquier otro país del mundo."

Algunos veinte años gozaban en las casas mostrando cómo al abrir las canillas salía el agua caliente. Ya hoy es tan natural esto que nadie se atreve a mostrarlo. Sería como decir que la casa tiene puerta. Pero sí es común oír cómo se espera que llegará el día en el que se está haciendo con el calor, se haga con la energía eléctrica y que los judíos pasen del sol a que alumbré de noche, encendiendo las lámparas. Y si Israel consigue

El sol de medianoche se burlará de los noruegos. En algún lugar vi un enorme experimental. La explicación de esta planta rarísima conduce simplemente a ver que veinte años a hoy los israelíes no descansan en investigaciones que cualquier día producirán a ofrecer el sol de la medianoche en bombillos y otros resultados. Por el momento, el sol está lo mismo en el baño que en la cocina. Antes %60 lo para ver cómo se alargaba o encogía la sombra de los camellos en la arena.

Israel, en materia de sol, es autosuficiente. Petróleo, debe comprar, y carece de hidroeléctricos que hagan fácil su desarrollo industrial. Tiene sol e imaginación. Imaginación que trabaja bajo el estímulo de necesidades que le fueron impuestas a la hora misma en que le entregaron la tierra seca y estéril para que hiciera bosques y ciudades. Una buena parte de los judíos del mundo que llegaron a poblar, venía de lugares donde el hombre que construye una casa tiene agua, luz y calor. Hoy, quien llega a un nuevo lugar del Estado sabe que en su apartamento tendrá teléfono, televisión, luz eléctrica, agua caliente y agua fría. Cada cosa es un pequeño milagro. Pero es lindo saber que el sol anda metido por los tubos, que llega al baño y a la cocina, y que en la azotea de algún edificio está metiendo en un tragaluz *mágico* poniendo a su servicio rayos cautivos.

ARENAS DEL DESIERTO

La extraña ciudad de Eilat

Eilat es el puerto de Israel sobre el Mar Rojo. Hace seis años tenía 800 habitantes. 2.000. De éstos, 2.000 son niños. Hace cinco años no había un niño vivo, ni un niño morir. Normalmente, seis meses al año, la temperatura es de 42 grados a la sombra. El sol. Tan seco que no se suda. La gota de sudor se quema antes de aflorar en la piel. El sol se seca, no se oscurece, no se quema. Una vez, haciendo experimentos para ver si se podría vivir en Eilat, se escogieron seis hombres para que caminaran seis horas al día. Sin premura, pero caminando. A uno de ellos no se le dio agua en marcha. Era el gordo. Los otros bebieron. Al final de la marcha, el gordo había perdido seis kilos de peso y fue enviado al hospital. Entonces pudo determinarse que el hombre en Eilat debe beber treinta y tres vasos de agua en el día. Es agua que se consume sin que brote una gota de sudor. La humedad en Eilat es del 8 por 100. En el resto de las ciudades del mundo pasa a ser del 50. El guía que nos da estos datos nos dice: "aquí no hay microbios, se queman en la arena a 50 grados. No hay un caso de artritis. No se conoce la sinusitis".

En Eilat llueve. El teatro no tiene techo sino una celosía. Las casas no tienen ventanas. El arquitecto que diseñó el complejo arquitectónico lo señalaron los árabes: no hacían sino un hueco pequeñísimo en la pared. Una casa con ciegos muros en torno protege del viento, que es el vehículo del polvo. Tenemos siempre a la vista el monte Sinaí. Por aquí entró Moisés. Marchó distante de las tierras pobladas por los enemigos —los malaquitas, los filisteos— y caminando por el desierto se movió de oasis en oasis, hasta llegar a Jericó. Donde había un pozo, de agua. El camino hoy sigue la misma ruta, con las mismas paradas. La ciudad más cercana a Eilat está a 110 millas.

Eilat es el gran puerto de Israel. El más cercano para llegar al África. Por Eilat entra el desierto.

El Mar Rojo tiene al norte dos cuernos. En la punta del uno está el canal de Suez. En la punta del otro, Eilat. Entre los dos cuernos, la montaña del Sinaí. El Mar Rojo es un mar de color azul. En la Biblia, en hebreo, no se le llamó Mar Rojo, sino Mar de los

En las orillas crecían unos juncos: de ahí sacaban los egipcios el papiro. A veces, de, si las aguas del mar están quietas, si no corre tina brizna de viento, se reflejan aguas azules las montañas de Jordania y Siria, que con el crepúsculo se ven rojas. El mar se enciende como una amapola. Se pone rojo. Cuando estuvimos en la Eilat, las montañas estaban encendidas: son de tierra metálica. Pero el aire corría, Rojo estaba profundamente azul.

Desde la orilla vemos tierras de Jordania, de Siria, de Egipto. "Este es el lugar más bello del mundo", nos dice el guía. Aquí es la Soledad y en la soledad no se pelea. Eilat es, al centro de la república, el límite. De Beersheva al sur está el 60 por 100 de la población de Israel, y el 2 por 100 de su población. Hace ocho años, cuando alguno de nosotros van con nosotros visitó a Eilat, Eilat era dos o tres casas, y el aire seco. Hace seis años se establecieron cien israelíes, principalmente matrimonios jóvenes. A los siete años no se veían síntomas de que vinieran niños. En Eilat no había ni nacimientos, ni niñas. Todo iba bien pero nadie —llegando a Eilat— entendía esta resistencia allí al precepto bíblico de la multiplicación del hombre. Estudiando, se vio que lo que había era una casa para que vinieran los niños al mundo y una escuela para cuando vinieran. Se llevó un doctor, se abrió un hospital y se anunciaron kindergarten y escuela. Siguiendo se oyeron pasos de niños que venían. A los nueve meses comenzaron a nacer. Hoy, la principal industria de Eilat es la producción de niños. Cada día y medio nace uno.

Como ahora se puede nacer y vivir, la ciudad se prepara a crecer. Se levantan casas nuevas, sin ventanas. En 18 días se hacen 10 apartamentos. Ya el puerto es viejo, y se construye uno nuevo. Del puerto viejo al nuevo se puede ir en unas horas de casco de vidrio. Al fondo del mar se ven montes de coral, bandadas de peces, peces en forma de rosas y de plumas, árboles marinos que semejan jardines de peces que tienen colores de mariposas, caballitos de mar, esponjas... Todo, como las páginas de un libro de colores para niños.

En Eilat encontré a Miriam Novitch. Miriam Novitch ha sido la inspiradora del documental de la destrucción del Ghetto de Varsovia, y ha dirigido la película que relata el juicio de Eichman. En Eilat se le ha ocurrido hacer un museo que reúna la obra de los judíos hebreos sacrificados por los nazis. Con una paciencia vecina a la obstinación ha ido, viajando por Francia, por Alemania, por Polonia, por Austria, telas, grabados, fotografías, que constituyen uno de los más raros museos del mundo, por el trágico fondo que da el mismo propósito de la colección. Miriam Novitch ha logrado que le permitan un estupendo edificio.

Hay que sorprenderse si crecen así en esta ciudad imposible, de ocho mil

es, centros de cultura o de arte. Cuando Eilat era aún más pequeña, hace cinco años, la Confederación de obreros americanos le regaló el centro educativo que surge en el edificio más importante de la ciudad. Ahí se dan conciertos y conferencias. Profesores de Tel Aviv, de Jerusalén... o de Harvard o de Oxford, se turnan todas las semanas en la cátedra. "Porque, nos dice el guía, la idea entre nosotros consiste en aprender por las aulas".

Las Minas de Salomón

Eilat se va por una carretera a las minas del rey Salomón. En esta parte del no se ven ni beduinos, ni camellos. Corremos al pie de las Montañas del Sinaí, rojas, verdes, amarillas, blancas, negras. Los colores cambian con la luz. Nos entre un reloj de arena y un reloj de tenues anilinas, en que las horas caminan a dromedario. A veces hay tamarindos. Son los únicos árboles que crecen por acá. sagrados: Moisés llevaba los Diez Mandamientos en una caja de madera de do. Cuando las montañas son rojas, tienen hierro. Cuando verdes, cobre. Las del rey Salomón eran de cobre, y según los arqueólogos y los estudiosos de la el poder del cantor de Sulamita estaba más en el cobre que en los cantares. El alía más que el oro. Con el cobre se hacía el bronce, y un ejército con escudos y / lanzas de bronce resplandecía por sobre todos los demás. La reina de Saba tenía amantes, pero en su reino no había cobre. Por eso fue a poner a los pies del rey del us cofres de oro, sus collares de piedras. Sus ojos de almendra quedaron velados pestañas nocturnas, cuando la presencia del maravilloso rey de la barba crespa y tud radiante le hizo sentir la música de sus bronces. La reina de Saba no tenía un El rey miró su frente de lirio, sus pechos de paloma, sus brazos de amor. Lo que adie lo ignora. Pero los arqueólogos quisieron saber dónde estaba el cobre del rey, todo este poema. Y cerca de Eilat hallaron unos americanos, en 1937, las bases del los almacenes, el camino, los hornos. Unos pasos más, y dieron con la mina, a arenta kilómetros de Eilat. Donde la montaña es de verde malva. El cobre está a la asta sacar con palas mecánicas la tierra, reducirla a polvo fino, tratarla con un químico muy simple, y queda libre el cobre. Con quinientos trabajadores que se día y noche, se sacan hoy veintidós toneladas de cobre cada veinticuatro horas. En en Montana, para dar con el cobre de los filones hay que meterse por socavones hundred tres kilómetros bajo la tierra. Los mineros de Israel se han limitado a r una obra iniciada hace tres mil años por el rey Salomón.

omón montó su industria a unos pocos kilómetros del lugar en donde hoy tienen alaciones los israelíes. El guía que nos lleva al sitio original nos cuenta de manera ncilla la historia bíblica. Saúl primero, y luego David, reyes guerreros, no aron reposo para hacer el templo donde deberían guardarse las tablas de la ley, elavid, ya viejo, entregó a Salomón el cetro con la esperanza de que pudiera, al fin, el templo. Salomón halló la fórmula de la paz. Le pidió a cada uno de sus vecinos bella de sus hijas, y se casó con todas. Este fue el camino de la alianza y el fin de

ras. Pero, ¿dónde construir el templo? Cada uno quiso que fuese en su tierra. Ya había previsto el caso, y pensado que desprendiéndose de un pedazo de su reino, y dejándolo como tierra de nadie, quedaría un lugar neutral para levantar el templo. Así lo hizo Salomón. Tal fue, nos dice el guía, la solución adoptada por los fundadores de la ciudad de Washington en el Distrito Federal. . .

que no avanzó Salomón en el campo de la guerra lo ganó en el de la hacienda. Los impuestos. Necesitaba un tesoro público, entre otras cosas para atender a los vagabundos, que no participaban en la industria agrícola. Con el tiempo, hubo revueltas contra los impuestos, y Salomón, en el ocaso, comenzó a oír a sus mujeres. Oyó a las concubinas, y fue el declinar del reino... A lo menos, así nos lo dice el guía. Para él, la historia no es sino un capítulo de su historia patria. . .

El camino que lleva a las minas del rey es tan maravilloso como la historia de Salomón. El agua, el viento, los siglos y algunos otros accidentes han venido modelando las rocas en fabulosas formas de capricho. Hay una que tiene la mayor similitud con la esfinge del desierto egipcio. Otra en donde se ve una cabeza de Jorge Washington, muy útil para los norteamericanos que traen el recuerdo de las esculturas en las rocas de Arizona. Los israelíes se entusiasman con la gran roca que semeja al león de Judá. Lo más imponente son los pilares de Salomón, rocas gigantescas que convierten la historia del templo en un templo de la naturaleza. Sus formas están por encima de lo que el hombre puede construir. Nos vemos al pie de las montañas, pequeños como hormigas.

Así la fábula, la leyenda, la historia, la Biblia, la nostalgia, y la esperanza, la memoria de hace tres mil años y las empresas de estos tiempos, se entrelazan a la sombra del templo. . .

El Gadna y el Nájal

Veinte kilómetros de Eilat visitamos un puesto del ejército juvenil que en Israel se llama Gadna. Son estudiantes, niños y niñas, de catorce a dieciséis años, que hacen unas semanas de servicio premilitar. Son *scouts* que llevan rifle. Ser soldado en Israel es decir ser capaz de plantar árboles, de cuidar las gallinas y el huerto, de hacer vida normal, y, eventualmente, de disparar. En este campamento las toldas están montadas en dos ejes paralelos. Las niñas a la izquierda; los niños a la derecha. Vemos llegar, en formación militar, veinte o treinta chicas que vienen de los ejercicios de tiro. Pasan a la tienda, colocan el rifle sobre el catre, se tiran a descansar, abren un libro, y, si se habla hebreo, se come una comida común y hay una sinagoga. Todo Israel, en un solo libro. Hay niños que vienen de familias del Yemen, otros de polacos, otros de rusos. Precisa darles un común denominador. A veces, hay quien rechaza la comida por no ser kosher. "Si no le gusta, vaya usted al restaurante más próximo..." les decimos: a veinte kilómetros, en el desierto. Israel tiene que reducir a una misma vida civil a la población más diversa. Una vez se trasladaron en un avión cuarenta yemenitas. El avión no era de la tradición religiosa del país porque decían que águilas inmensas les atacaban al salir de un lugar a otro. Instalados en el avión, serenos, en la forma más natural, los niños se dispusieron a hacer fuego para prepararse una cena. . . En este campamento, donde se aprende a cocinar y a comer, hablamos en francés con unas chicas. Ninguna que, al menos, no conozca dos idiomas. . .

No hace mucho que este campamento viene recogiendo grupos llegados de todo el mundo. Ya hay árboles: palmas, manzanos, granados. . . Hacer crecer allí una planta es un orgullo. Una vez, al ver que los granados daban sus primeras frutas, decidieron los chicos enviarlas como regalo a Ben Gurión. Nada podría ser más grato a ese fundador del desierto. En una caja pusieron las frutas, la cerraron y escribieron: Al David Ben Gurión... luego, el nombre de su kibutz e, indicando el contenido, GRANADAS. La palabra granada, en hebreo como en español, significa lo mismo una bomba. Al recibirse en el correo el paquete, lo aislaron, llamaron de emergencia a técnicos del ejército, detectives y bomberos; se produjo un intermedio de tiempo con cuidadoso transporte y precauciones especiales, y una pérdida de tiempo que sólo sirvió para que se dañasen las granadas. Cuando al fin las recibió el viejo, escribió una nota gentil a los niños: "Cuando quieran hacerme otro regalo, me lo traen: confíen en los correos de este país..."

El verdadero servicio militar es el Nájál. Ya ahí, a los dieciocho años, se hacen meses de intensa instrucción militar, y en seguida, se van los reclutas a un kibutz, a colonia agrícola, donde trabajan un año. Así, el soldado que ha salido del campo, en la ciudad, se hace a una vida agrícola nueva. Aprende a sacarle a la tierra todo lo que puede, a compartir una vida que acaba por seducirle más que la de la ciudad. En el campo se produce algo que invierte los términos de la vida de otros países, sobre todo en América Latina, donde el soldado que se reclutó en el campo, después del servicio prefiere vivir como un pobre diablo en la ciudad antes que volver a los campos, escenario triste de su infancia. En Israel, el hombre que ha hecho el servicio militar sólo quiere vivir luego en el campo.

El cuartel en Israel ha de ser una escuela. Después de un año de vida agrícola, se hace un año de "servicio militar". En este año, el soldado estudia historia, matemáticas, geografía... "Cuando una unidad lleva a cabo maniobras en determinada zona del país —dice un librito sobre el ejército— estudia previamente todo lo que le va a pasar en la región. Un batallón emprendió una marcha de 200 millas a través del desierto. Se dividía en diecinueve clases de acuerdo con el grado de instrucción de los soldados. Durante diez días, con películas y conferencias, se les familiarizó con los lugares que iban a atravesar. Aprendieron la historia desde los tiempos bíblicos hasta los tiempos modernos, los planes de desarrollo, la flora y la fauna, y cómo son utilizadas. . . Durante la marcha, el comandante daba explicaciones, y al hacer alto se dictaban conferencias y se respondía a las preguntas de los soldados. Por la noche, las canciones que se cantaban eran alusivas a los lugares visitados...

En otro orden de cosas, el ejército ha sido escuela de artesanía. El resultado es bueno: al terminar el servicio militar, se han encontrado vocaciones que tienen que ver con la vida creadora de Israel. Maestros, agricultores, electricistas, enfermeras. . .; he aquí lo que da una escuela militar que se ha hecho para algo mejor que producir meros soldados.

Una colombiana en Demona

Una cosa es ver el desierto desde la carretera que va al Mar Muerto, y otra desde la frontera. Beersheva marca el límite hasta donde se lleva el agua. Es la ciudad de la frontera. Mirando al norte muestra la conquista cumplida y la riqueza que nace; mirando al sur el vacío, el esfuerzo y la esperanza. De Beersheva hacia Tel Aviv se ven aldeas que surgen, los kibutzim que avanzan con sus manchas verdes. De

sheva hacia el Mar Muerto, las tiendas negras de los beduinos en los arenales, y la carretera que corta un paisaje lunar. Luego, el resto es silencio. Un desierto aquí no es llanura ondulada por las dunas, ni el color de azúcar moreno del arenal. La tierra se divide en grandes cañones, y del altiplano al Mar Muerto se ven escenarios en que las rocas verduzcas, violetas, rojizas, grisáceas, níveas, negras, fingen uñas de bestias, cascadas, púlpitos churriguerescos, paisajes de azufre, bosques de peñas, mundos de arena, nubes de piedra pegadas a la tierra estéril. Así se baja a esa hondura de cientos de metros bajo el nivel del mar en que el agua inmóvil sólo conserva del desierto el sabor de la sal. Por ahí ya no hay caravanas de beduinos. Lo único que queda es una cinta negra —la carretera que va al Mar Muerto— y al lado de la carretera —baranda metálica— la tubería del oleoducto.

Arriba está Beersheva, y abajo, mirándose en el Mar Muerto, la ciudad muerta: Demona. Entre Sodoma y Beersheva, nació una ciudad: Demona. Yo la vi nacer. Hace ocho meses, cuando pasé por ahí, las tiendas, el café, el correo, la escuela, las casas, estaban con la arena a los tobillos. Los hombres bajaban a trabajar al Mar Muerto, subían de trabajar del Mar Muerto. En Demona había siempre un baile en la plaza: el de la arena llevada en brazos del viento. La gente encontraba natural este principio de una ciudad israelí. Di con unos ladinos. Me dijeron: "Aquí vive una colombiana". Fuimos a verla. Había llegado de Venezuela, y le robaron las maletas en un puerto de Italia. La trajeron con sus hijos al desierto. En Venezuela le habían dicho: "Verás que llegas a un huerto verde y fresco donde ya no hay memoria del Mar Muerto". La encontré con una hija que se casaba con un cubano, con un hijo que iba al colegio, con una niña más pequeña que se iniciaba en una escuela donde se hablaba en hebreo. Nos hablaron diez personas al tiempo. En la pequeña habitación donde nos reunimos cada voz estridente que se oía, cada mano que se alzaba, eran invitaciones a este desierto de fuego y viento seco que le hacían añorar a la colombiana los jardines de Caracas, del Valle del Cauca, del Paraíso de la novela de García Márquez. Tenía una obsesión: regresar a su tierra. Pero, ¿cómo salir de este hoyo? ¿De este infierno?

Yo iba con Rachel Tov, una argentina que llegó de las primeras a Israel, y que había aprendido a moverse la república del pedregal al bosque, del peladero a la ciudad, de la nada al primer algo. Rachel trataba de oír a los colombianos, pero era imposible. En todo caso, dejé en manos suyas el problema. Cuando volvimos a tomar el automóvil, camino de Tel Aviv, hasta el automóvil nos acompañaron las quejas de las gentes que más que otra cosa estaban heridas en su ilusión. Ahora, cuando desde Jerusalén me han señalado en dirección a Demona, he recordado con espanto aquella mañana de hace ocho meses.

Hemos vuelto a Tel Aviv volando, ya en la noche. Primero, de Eilat a Beersheva, las sombras que arropaban la cara dura del desierto. Luego, de Beersheva a Tel Aviv, de cuando en cuando, nidos de luces eléctricas: las aldeas, los kibutzim. Al llegar a Tel Aviv, el gigantesco despliegue de una ciudad enorme, resplandeciente en la noche lo mismo que una visión americana. Bajando del avión, me dijeron: "hay una familia colombiana que ha venido a verle". Era una familia sonriente, segura. El mayor, un mozo bien plantado que había hecho ya parte del servicio militar. La madre, casada, pronto tendría un hijo. Habría una fiesta, y a la fiesta esperaban fuera Rachel Tov. Era la misma familia que vi ocho meses antes en Demona, cuando iba a la grande aventura de Israel. "La casa que tengo es muy buena: qué lástima que no pueda ir a verla usted", me dijo la misma señora de Demona. "Esta mujer es un encanto", agregó, hablándome de Rachel Tov.

Porque los hombres son aquí como el paisaje: el paso del pedregal al bosque. Y en el desierto, alguna vez, ha sentido, al tropezar en los guijarros de la entrada, que se le resquebrajan las carnes y le sangran los pies. Luego, el pie se hace más duro y la piedra más dura. Hasta la arena la detienen, con sus manos verdes, árboles que parecen parados sobre la roca.

Pilatos sale de entre las ruinas

En Cesárea, convertida hoy en uno de los centros arqueológicos del mundo, acaba hallarse la única piedra conocida en donde figura el nombre de Poncio Pilatos. No persona en el mundo a cuyo oído no haya llegado el nombre de Poncio Pilatos, que alcanzado nada menos que la celebridad —horrenda, sí— de figurar en el Credo. Por lo demás, dentro de la fronda fabulosa de emperadores, senadores, gobernadores, prefectos, oficiales del imperio esparcidos por el mundo romano, Poncio Pilatos es el vulgar desconocido. El funcionario anónimo. Escarbando en todas las ruinas, apenas se le encuentra mencionado en las *Antigüedades Judaicas* de Flavio Josefo, y en rarísimos documentos. Pilatos fue sólo el quinto procurador romano que gobernó la Judea. Ejerció el cargo por diez años. En una carta del rey Agripa se dice que era inflexible, tiránico, venal y soberbio, pero su responsabilidad en el proceso de Jesús no le trajo ninguna consecuencia ante el gobierno de Roma. Sólo años más tarde, cuando por alguna medida administrativa causó daño a los samaritanos, le acusaron ante el legado romano en Siria, Vitelio, de quien Pilatos dependía. Vitelio le suspendió del cargo, le llamó a juicio y le envió a Roma para que le juzgase el tribunal de Nerón. Pilatos llegó a Roma cuando ya Tiberio había muerto, y su nombre desaparece de la historia romana. Se dice que se suicidó lanzándose a las aguas del Tíber. Esto es leyenda.

La más famosa, o la única mención de Pilatos en los grandes textos históricos es la de Josefo, que se reduce a esto: "Vivió en aquel tiempo Jesús, hombre lleno de gracia, si es que se le puede llamar hombre. Porque obró cosas increíbles, y enseñó la nueva ley. Por estas cosas atrajo a sí a muchos judíos y gentiles. Fue Cristo. Bajo la acusación de que era peligroso para nuestro pueblo, Pilatos lo condenó a la cruz. Sin embargo, quienes lo habían amado le permanecieron fieles".

La nueva historia, sin embargo, comenzaba a escribirse: era la historia de los romanos. Y el pequeño funcionario que se ignoraba y perdía en el mar de la burocracia,

on una responsabilidad, la más grande en el proceso de Jesús. No hay que olvidar un romano quien dijo la última palabra. . . y se lavó las manos. La piedra que se ha descubierto indica que, como todos los funcionarios que hacen de dores en las provincias, se hacía honrar en monumentos que llevaran su nombre, y excavaciones continúan, no sería extraño que hallásemos alguna estatua suya entre rero arqueológico en donde están encontrándose hermosos torsos masculinos, mágenes de diosas aladas, capiteles con hojas, canastillas, estrellas y volutas. Israel ima novedad que está saliendo a la luz del mundo romano. Templos, anfiteatros, monumentos se descubren lo mismo en Cafarnaúm a orillas del lago de Galilea, que avernas del Mar Muerto. Acaban de hallarse las cartas de Simón Barcoha, el líder ltima revuelta contra los romanos, lo mismo que se hallaron los rollos del Mar En Hazor, los restos de una gran ciudad cananea destruida por Josué, y una sraelita con murallas, entradas y edificios públicos de tiempos de Salomón. En las bas de Beth Shearim, sarcófagos decorados del tiempo de los patriarcas. En da, el palacio del rey Herodes. . . Cerca del famoso hotel del Delfín, en Tel Aviv, allado uno de los mosaicos más grandes que se pueden conocer en el mundo. Y ay estas ruinas romanas y bizantinas, hay los restos de la cultura helénica, y s de obras de los cruzados como San Juan de Acre, que es el mayor testimonio en de la grande aventura de los cristianos medievales.

o en medio de este fabuloso jardín, parque y basurero de la arqueología, lo de es de primera magnitud, porque era el gran puerto de la Siria nacional, y desde ppos de Augusto se llenó de monumentos, templos y edificios públicos que n ahora a revelarse. De Cesárea partió la revuelta contra los romanos treinta y tres spués de la muerte de Cristo. En Cesárea buscó refugio Orígenes, cerca de Pánfilo, r de una escuela de teología, que tenía una biblioteca de treinta mil volúmenes... glo séptimo la destruyeron primero los persas, y treinta años más tarde los árabes... ría pasaba, pues, sobre ruinas, que son su alimento natural, y así fue borrándose e no quedaran sobre sus hombros sino las arenas de las dunas caminantes.

ora, con el descubrimiento de la piedra de Poncio Pilatos, este personaje se echa a e nuevo por el mundo, justamente cuando se publican libros que intentan mostrar ad jurídica e histórica del proceso de Jesús. Nada habrá de mejorar la figura del dor. En las procesiones de Semana Santa, lo mismo en Popayán que en Lima, le mpre par a Judas. Seguirá siendo el personaje legendario que en Italia se recuerda go de Pilatos, especie de aquellarre. En Suiza los campesinos suponen que el del Tíber, arrojado al mar, fue devuelto al interior por el Ródano para tirarlo al e las aguas de sus lagos. Y así, por doquier. Pensemos que ahora son las mareas a océano del tiempo las que lo devuelven a la realidad de la vida de funcionario

ado y cobarde.

Los últimos beduinos

Este es el mundo de los beduinos. Este es el desierto de Neguev. Al fondo, el Mar Muerto, muy distante, el Mar Rojo. El escenario todo, familiar a los lectores de la Biblia. El camino que seguimos lleva a Beersheva, la ciudad de los siete pozos, que ha sido durante mucho tiempo inmortal un oasis para los beduinos. Los beduinos llegaban con sus familias y dromedarios a la feria del jueves, veían en la distancia la fina torre del Sinaí, y sus negras pupilas se iluminaban. Beersheva era el bazar, la feria, el diálogo, la vida, el tapetito de colores tendido en medio del vasto arenal de la vida cotidiana. En 1948 Beersheva no pasaba de dos mil habitantes, que los jueves se multiplicaban con los panes en la historia de Jesús. De 1948 para acá, la ciudad viene creciendo, hoy tiene 40.000 almas, pero los beduinos siguen llegando a su feria, con sus mismos trajes de gala, el mismo tocado sobre la cabeza, las mismas barbas negras, los mismos ojos, la misma cara de austeros vagabundos secularmente quemada por el mismo sol. Los beduinos conocieron los padres de los padres de sus padres.

La tierra se mueve en el blando oleaje de las dunas. A veces se ven rizadas las dunas, las arenas. Las ciudades de los beduinos son de pelo, de pelo de cabra y de camello. Los campamentos de negras toldas gitanas, tejidas con esos pelos, que el viento hace ondear como una vela desgarrada en un mar de soledades. Se ven los pastores guiando sus rebaños de cabras y miles de ovejas. Al caer la tarde suben y bajan los rebaños como una espuma blanca sobre la arena que da vida a las olas muertas del dunerío. Algún dromedario parado a la entrada del campamento levanta las narices, y en sus grandes ojos de caballo enciende las lámparas de la noche y una noche sin historia.

En Beersheva, me cuentan, vive el sheik Solimán ben Alí ibn Hussein el Husseyl, el amo de la ciudad. Ha tenido 46 mujeres. Unas salen, otras entran. Las que salen, salen cargadas. Su orgullo obedece con la respetuosa sumisión que impone la fatalidad. La protesta no podría levantar la frente delante de este patriarca lúbrico, de este déspota sencillamente terrible. Él monta el más fino y nervioso de sus caballos y lo domina apretándolo con las riendas. Los turcos le han regalado una espada con puño de piedras finas, los alemanes un revólver, Ibn Saud una daga, los americanos un rifle automático. . .

El mapa original de Israel era sencillo: al norte los pantanos de Hule envueltos en el mosquito y la fiebre; al centro las piedras peladas del corredor de Jerusalén; al sur los arenales del Neguev. El mapa nuevo es igualmente simple: al norte los pantanos convertidos en huertos; al centro los pedregales trocados en bosques; al sur el

hecho trigales. Lentamente en el Neguev se va deteniendo la marcha de los
, la carrera del viento, con cortinas de árboles. Ya hay vastas extensiones que
con el triguero, y toman color de pan cuando maduran las espigas. Los
ven que se les angosta el camino para sus rebaños. Israel no da la impresión de
do que nace. Es un mundo que nace. Pero que ha nacido sudando sangre.
ante que vas a Neguev, recuérdanos”, se lee en una columna de piedra a la entrada
erto. Es una columna levantada en memoria de los muchachos que cayeron en ese
rante la guerra de independencia.

Beersheva es hoy la frontera. Marca hasta donde va la conquista del desierto. El viejo
árabe ya no domina como antes sobre el pequeño caserío. La ciudad crece como
las americanas en la conquista de California. Aún el tono de la vida, con el Ford,
Chevrolet, el Pontiac, el Buick. . . es americano. Nuevos barrios surgen con sus casas
nuevas, de colores claros. Es una conquista del desierto en la mitad del siglo XX. En
biblioteca de la escuela hay una pequeña discoteca. Leo al azar los nombres de los
compositores: Beethoven, Chopin, Chaikowski. . . La ciudad está dividida en dos: una parte es
agrícola: los grandes molinos, los elevadores, la producción de aceite; la otra
para las industrias químicas, la gran fábrica de productos de cerámica, las plantas
que se esfuerzan a explotar la riqueza del Mar Muerto. Del viejo mundo de Beersheva sólo
quedan dos cosas: la feria semanal de los beduinos, y el viento. Es un viento que todas las
veces por tres cuartos de hora, sopla con la boca llena de fuego y de arena. En Beersheva
para levantar un muro, hay que plantar una cortina de árboles. Cada árbol hay que
plantarlo sin tregua ni reposo hasta que definitivamente se ha impuesto contra el viento
el muro. Por cada habitante hay diez árboles en Beersheva. Pero así está creciendo el
mundo con su imponente zona industrial, sus jardines, su teatro, sus escuelas. El
que los camellos o los dromedarios miran estas cosas con sus ojos de caballos
árabes. Luego, los beduinos retornan a sus pagos, donde todavía se ara la tierra con
de palo tirados por el dromedario, mientras en los campos en torno los tractores
avanzan en las conquistas del hombre, las carreteras las afirman, y el agua de las
canalizaciones anuncia fiestas que no soñaron los hombres del desierto.

El camello tiene tres pisos

os son los camellos, y el animal tiene que arrodillarse, doblar en tijera las patas de para que pueda montarlo, así acurrucado, el visitante. He visto la operación veinte desde la ventana del restaurante que mira al lugar en donde tiene su negocio el . Un caballo, un burro, una muía se montan apoyándose el jinete en un mero y en la guerra de independencia colombiana, los llaneros, de un salto quedaban a Sin estribos. Si el camello no se echara, para llegar al lugar de las jorobas tendría arse por escalera. Al segundo piso. Para hacer más extraña su figura, el camello cabeza en el tercer piso. Es posible que algún pelo tenga sedoso, como en el de Guillermo Valencia, y en efecto sacamos esta idea de los pinceles de pelo de que se usan en acuarela. Vecinos al animal la cosa es distinta. Una lana afelpada r de establo nos descubre los aspectos de esta bestia cuyo encanto mágico está en ervido de transporte a tres Reyes Mágicos que cruzaban el desierto mirando a una Los ángeles arrastraban la estrella por un cielo de vidrio.

ro que los tiempos cambian, y hoy los reyes usan otros medios de locomoción. El se contenta ahora con ofrecer su camello al americano que lo monta para el y agradece el servicio con un billete verde. Desde la ventana del restaurante el negocio del beduino. En un par de horas no ha hecho otra cosa que arrodillar el , subir al míster, darle una vuelta de diez metros, bajarlo y recibir el dólar. La que registraba en su poema Valencia, la de esos grandes ojos tristes, no parece al camello en sí, con su linda enjalma de colores y esta rutina que le sirve de o. Parece más bien gesto de comprensión y lástima por el beduino que ya no mide ertos y por el míster que goza como un idiota poniendo cara de sonrisa para el

o hay otros elementos de juicio para valorar los cambios. Las dos felicidades (la uino recogiendo dólares, y la del míster pasando a la película) son evidentes. Y chas se duplican, cuando el americano vuelve a su tierra y muestra el retrato o el beduino, que monta para volver a su tienda, hace un rollo de billetes y lo mete bolsa, y sin más estrella que la suya propia —ahí va en la bolsa—, se aleja en la meciéndose entre las dos jorobas, y al paso de la bestia lánguida aprieta el botón del or, oye la rumba lejana que le viene de Jerusalem o Tel Aviv, y piensa en todo lo más hubieran pensado ni Melchor, ni Gaspar, ni Baltasar. Pero ¡atención! va o tanto que se cree tan arriba —en su casa de tres pisos con mirador— como los ue fueron la rabia de Herodes. Dichoso de llevar una vida tan bien mecida con usical.

Belén, en la tienda de un árabe que tiene sucursales en Cali y en Maicao, y ha ido
es a Venezuela y a Colombia, el negocio es todo un bazar, y no en miniatura.
stupendo castellano, poniendo *b* donde nosotros *p*. Efusivo y cordial, alegre de
os como compatriotas, nos ofrece naranjada o café árabe. . . Lo que les provoque.
tras mi mujer y mi hija palpan lindos chales de seda, imágenes en bronce del Niño
a cunita de pajas, cristos y camándulas, las siguen manadas de camellitos de
que acaban por conquistarlas. Por esta misma calle subieron hace dos mil años
es, en camellos de enjalmas tejidas de colores.

El sheik Solimán, algo magnífico

ando por el desierto del Neguev, por horas me contaba el chofer historias del olimán. El sheik ha decidido quedarse en Israel con sus 46 mujeres y sus 148 hijos, ndo, desde su castillo de piedra, su parte de desierto, mitad arena, mitad convertida as de labor. He recorrido con la vista, por espacio de mucho tiempo, sus tierras, y a las mujeres detrás de los camellos seguir sobre los arenales el curso de unas que todo parece estar bajo la sombra, si sombra hay, de este gran señor, que llega, llega, a Beersheva, en su Cadillac resplandeciente. Las mujeres no sólo cuidan las y los camellos. Con los camellos, aran la tierra. El hombre sigue siendo lo que vale a, y las hijas mujeres se cuentan como medio hijo. Pero un gran sheik tiene como de su riqueza lo que podría llamarse el mujerómetro. Si el sheik Solimán tiene 46 , este número da los grados de su grandeza.

sheik Solimán ya no es el nómada señor del arenal. De piedra es su castillo. Lo desde la carretera, entre un rueda de tiendas de trapo de pelo negro de cabra. Son das en donde velan por su vida sus inmediatos servidores: sobre la arena desnuda en tapices de pelo finísimo con dibujos de jardines abstractos. El sheik es un a quien le agrada tener huéspedes insignes. Amigos suyos son astros del cine, es, banqueros. Y la señora Roosevelt, nos indica el chofer. La señora Roosevelt le o varias visitas. El sheik una vez le regaló un camello niño, que las autoridades as no le permitieron entrar en Nueva York. Además, el sheik tuvo una idea sa que hubiera contribuido a estrechar los lazos entre el Oriente y América: Que la e Franklin Delano viniera a ser una de sus esposas. Juran aquí las gentes que esto ró el sheik en la mente y lo propuso con toda seriedad. Correspondería a la señora elt decirnos si a sus oídos llegó la discreta solicitud del sheik pidiéndole la mano.

que el sheik es el hombre que nada entre dos aguas: entre el Cadillac y las tiendas beduinos, que de trecho en trecho se ven como remiendos cosidos a la tela del En unos lugares de sus tierras se ara con los camellos. En otros con los tractores. hecho construir una represa —la vemos desde el automóvil— para alimentar de riego. Si en torno se va mecanizando la agricultura, enverdeciendo la tierra, do de cultivos el campo, el sheik no es tan tonto que no haga lo propio y busque camino aumentar sus riquezas. ¡Que llegue un día en que, al aplicarle el metro, pueda marcar cincuenta, sesenta, ochenta!

sheik ya no le basta con el reloj de sol. Tiene reloj de pulsera y le agrada regalar

Si al huésped que llega a visitar le tiende las alfombras más ricas y más bellas, le puede mostrar una buena refrigeradora, un bar finísimo, unos lindos zapatos. No es un sheik, y no es un sheik. El mundo cambia. Ya el automóvil que pasa delante de sus ojos y de su palacio no levanta arena. Pero si el viento lo hace, sacándola de algunas cercanías, entre esta cortina del desierto se verá desaparecer su figura, hacerse un torbellino, y quedar flotando entre el polvo como la de un capitán de tierras, cayéndole la cabeza a los hombros el pañuelo blanco, mientras se alejan los lánguidos camellos con sus largas cervices y se acerca el Cadillac espléndido con su cola de esmalte negro y ruedas cromadas, pulidas por la mano diligente de los criados.

La tienda de la bella beduina más bella: dos mil dólares

Muy lejos del castillo en donde habita el gran sheik, y a unos cien metros de la casa, un campamento de beduinos. Nos acogen cordialmente. La tienda de la bella beduina es como todas las otras: de lonas de pelo de cabra, sobre horquetas. Tendrá unos tres metros de largo y está dividida en cuatro compartimientos, donde viven cuatro beduinas. Al frente, la tienda está abierta. Caerán las cortinas por la noche. Se puede entrar sin doblar la cabeza. Los otros tres costados de la tolda están bien asegurados a la tierra con estacas. Entre casa y casa no hay más división que una de la misma tela de pelo de cabra. La casa, para hablar en términos ingleses, se reduce a un *living*, y la propiedad es horizontal. No hay ni una silla, ni una mesa, ni un estante. El mobiliario se reduce a alfombras tendidas sobre la física tierra: sirven lo mismo para dormir, para comer, para sentarse. El fogón es un hueco cavado en la mitad del living, y el servicio no puede ser ni más simple ni más directo. Llegamos en un momento en que el beduino hace su merienda.

es algo que recuerda un poco a la tortilla mejicana, un poco al pancake americano. Se tiene una vara de diámetro, es blanco y flexible, y se tiene doblado, como un cerro del fogón. El beduino desgarra un pedazo, lo dobla en cuatro, y con esto hace una vara y tenedor para sacar de una taza esmaltada la sopa, y los trozos de carne de la olla. Es un beduino joven, con una beduina de su edad, y un crío de pocos meses. Ella tiene ocho pinturas verdes en la cara, las manos y los pies. Como se muestra tan fácil y tan simpática, la invitamos para que salga al frente de la tienda y le tomemos una fotografía. Ella acepta. Se dejaría retratar cubriéndose el rostro. Y dejaría retratar el crío por unas pocas libras. Aceptamos. Sale frente a la tienda, se cubre de tal suerte que no se le vean ni la cara ni las manos. De carne sólo queda a la vista el delicioso montón de la del niño. Ella acepta instantánea y le pago las libras hebreas del convenio.

Hay un aparato mágico que es el corazón de la tienda: una radio portátil. La han cubierto con una tela bordada. El beduino nos la enseña, la hace funcionar, y la familia escucha cautiva de una música que viene de Tel Aviv. Además, hay un mudo de máquina de coser de la habitación vecina. Estas gentes van introduciendo lo que les parece útil del mundo moderno. No es raro, pero sí extraño, ver por la carretera beduinos en bicicleta. Lo mismo en la habitación vecina es una máquina de coser. Una Singer. Aquí, en torno a la tienda, hay más gentes. Las hijas de la beduina costurera, y dos amigas. La costura que hacen con la máquina es de vivos colores y adornos complicados. Cuando los delos de la tienda ven un pañuelo de encaje que tiene mi mujer, lo encuentran tan bello que todos quieren tocarlo. La atracción, en una niña, es tan irresistible que mi mujer acaba por comprarlo.

La que está cosiendo tiene un tesoro. Lo vemos todos en seguida, y la costurera lo muestra. Yo lo comprendo. Es la beduina de dieciocho años. Su cara ha salido directamente de la obra de un nocturno con recuerdo del Cantar de los Cantares. Sonríe, y son lindos sus ojos y sus dientes. Asombra que ni el sol ni la arena ni el viento se hayan atrevido a hacerle un más leve daño a una piel que quién sabe con qué embrujados aceites se conserva. Su voz es dulce y suave. Lo único que se podría descubrir en su

su encanto es un quillaje es una sombra en los párpados que resulta de un arte increíble en este desierto donde no se ve un espejo. Las fórmulas de la química de la belleza deben ser un secreto de la propia brujería. La madre dice a uno de nosotros: "Te la vendo en tantas libras como es una suma que representaría unos dos mil dólares. La bella beduina, segura de su belleza y humilde, ahí está, contenta, fresca, graciosa, esperando a que venga el beduino a comprar los mil dólares y la haga su mujer. La madre quizá no nos entregaría a su hija por un precio más barato. Es el precio que tiene para los beduinos. Habrá mozas de quinientos dólares, o de mil dólares, o de mil y pico de cabras y un camello. Pero todo el mundo sabe que ésta no bajaría nunca de la

te nos pide su madre. Es su precio, y vale más.

La bella beduina está para ser vista como se merece. Los collares de filigrana y de esmalte que le caen sobre el pecho no son para dar mayor realce a quien lo tiene todo, sino para que se vea cómo la estiman en la tienda. A la bella le entusiasman estas joyas, pero ella no quiere joyas. Cuando ve los zarcillos que tiene mi mujer, con un ademán de súplica le pide que se los quite y se los muestre. Con la misma emoción con que los acarició con los dedos, los acaricia luego con los dedos. Esta beduinilla es la negación de la rudeza. No mucho pedirle que se dejase retratar, y además, inútil. Pero cada cual se va de la vida llevándose su imagen bien grabada.

¿Quién se quedará con la beduina? ¡Misterios de la esfinge! Vecino está el sheik, el jefe de la tribu, además de que ya tiene cuarenta y tantas mujeres, ahora querría una rubia y joven. Por otra parte, se cuenta del sheik una historia que se le olvidó a Edipo. Una vez, el sheik cayó con ímpetu de conquista a una beduina. ¿Quién podía resistir a este señor del desierto? La beduina le rechazó con una simple palabra de reproche: "Si me tocas, se lo voy a decir a mi padre". "¿Y quién es tu padre?" "El sheik". El buen sheik no lo sabía. De los cuarenta y tantas mujeres, que le andan cuidando sus rebaños, ¿cuándo podría tener la oportunidad de verla en la retina? ... *Se non é vero . . .*

Quisiéramos preguntar el nombre de la beduina. ¿Digamos que se llamaba Sulamita? Tal vez ella estará Sulamita viendo pasar en sueños la caravana imaginaria de sus recuerdos.

REGRESO A JERUSALEM

Samuel, el Sefardita del gallinero

"Vamos a ver a Sam el Sefardita", me dijo Benno Weiser. Sam tiene su gallinero en un huerto vecino al "cinturón verde" de Jerusalén. El cinturón apenas es un proyecto, pero en Israel se sabe que los proyectos caminan. Ya en las colinas que rodean la ciudad, en semicírculo gigantesco, se han hecho terrazas, se han dibujado bosques y jardines, y los pinos comienzan a crecer. Jerusalén será, en diez años, una ciudad con un cinturón de pinos y flores. En un cierto lugar se ha dejado espacio para construir villas a la italiana. Ya hay las tres piscinas enormes que harán centro a este sitio residencial. Dos kilómetros delante está el gallinero de Sam el Sefardita.

Sam nació en Estambul. La lengua de su casa es el viejo español, el latino de los hebreos turcos. Pero habla lo mismo hebreo, inglés, alemán, holandés. Trabajó primero en un barco holandés y luego en uno griego de Estambul.

En 1934 le tentó la aventura sionista, y se vino a Jerusalén. Entró en un banco inglés. Han pasado, como se ve, muchos años, y experiencias. Ahora Sam es gerente de una sucursal del Barclay's Bank en Jerusalén, pero lo que cuenta en su casa es el gallinero. Tiene tres mil gallinas, que vemos apretadas como libros en biblioteca, poniendo huevos. Ahí van cayendo los huevos lo mismo que monedas en una alcancía. "De las gallinas y los pollos se encarga mi mujer", dice Sam. Cuando llegaron a este sitio, hace cinco años, no había en el contorno otra casa que la suya. Y entonces no sería sino un proyecto de casa. "Todos los días se hace algo —nos dice Sam—: por ejemplo, este nuevo camino de la casa al gallinero y a la ramada de los pavos, lo hicimos en la semana pasada". El gerente del Barclay's Bank nos lleva por el camino nuevo y nos muestra un centenar de los trescientos pavos blancos espléndidos, grandes cada uno como una oveja. Les grita una palabra en español: "¡Hilera!" y los cien pavos blancos le responden a coro "glú, glú, glú, glú", con sus papadas rojas que parecen prontas a brotar sangre. "Mi mujer —agrega—, se encarga de los pavos. .

"¿Y usted, qué hace?", me atrevo a preguntarle. Sam es un enorme trabajador, que tiene manos campesinas. "Yo —me dice— cuando vengo del banco, trabajo en la huerta". Y nos muestra los olivos donde a palos bajó en la semana pasada la cosecha de aceitunas; los perales y manzanos que una vez al año se cargan de frutas; dos cerezos. . . y el viñedo. Tiene dos clases de uvas: una de negras, y una de blancas. Las negras, ahora, están en una segunda cosecha y nos invita a que nos hartemos como Noé. Deliciosas.

Como es sábado, Sam no ha ido al banco. "Los sábados —nos dice— encontrarán siempre abierta esta casa, de las once a la una —open house— para tomarse un café a la turca". En efecto, nos lo

ofrece en vasos de vidrio ordinario, mientras nosotros vemos una veintena de cuadros al óleo que adornan el salón: paisajes de las colinas, rincones de aldeas árabes, tipos de Jerusalén, payasos del teatro. Porque Sam es, ante todo, un pintor, y como es un hombre que tiene tantas horas libres, pinta. . . Pinta, no más. ¿No más? También es actor. Todos están de acuerdo en que figura entre los cómicos mejor dotados del teatro en Jerusalén. Y lo mismo lo hace en hebreo que en inglés. . . o en alemán. Desde luego, su lengua materna es el ladino. Pero el ladino es un español antiguo que ahora muere, pues lo» hijos de los viejos ladinos sólo hablan hebreo, Y en una patria, propia no se necesita de una lengua extraña para mantener el fuego del hogar.

Samuel es Samuel Béjar (o Behar), como cierto pueblo de España. Samuel Béjar es un judío errante, un español que viene caminando hace cinco siglos, y que ahora tiene una casa propia en Jerusalén y se detiene. Una casa donde pinta, prepara comedias, hace las cuentas del banco, poda los manzanos y conversa con las gallinas y los pavos de su mujer. Como buen español emigrado.

En Jerusalén, una fuente

una pequeña plaza del Jerusalén nuevo hay una fuente. Es muy simple. Diez o urtidores saltan al centro de un pequeño estanque. En la noche se iluminan con

res eléctricos. Una fuente así es posible que pueda verse en cualquier ciudad del mundo. Con todo, el extranjero que pasa por este lugar encuentra en ella algo mágico que lo hace detenerse. Se pasan quince minutos viéndola, y luego uno no querría continuar su camino. Los niños de Jerusalén vienen por las noches a ver saltar el agua. Ha sido necesario hacer una pequeña defensa para que no se metan en el estanque. En un hotel que está en la placita hay un salón de paredes de vidrio. Los viejos se sientan allí a ver el agua saltar de los surtidores. Hasta los ciegos se detienen a oír la música de las espigas líquidas que se mueven y vibran en el aire.

Convinimos en que la fuente es original. Los surtidores brotan todos de una sola isla mecánica sumergida. Un juego de mecanismos caprichosos hace girar, moverse, saltar, los surtidores como una ronda de juncos transparentes en una danza que nunca concluye. Unas veces la fuerza de este ingenioso juguete hace que los surtidores salten varios metros, finísimos y esbeltos, y otras que se agachen y se doblen hasta aparecer apenas como las hojas de una planta de vidrio, que se llena de flores de colores vivos, según las luces cambiantes de los reflectores. Así, unas veces se alzan a las alturas como los diamantes en su altiva vara, y otras se inclinan humildes topacios, rubíes, esmeraldas saltando de la canastilla de aguas a la bandeja líquida. Con más gracia que en ningún otro lugar del mundo. Pero fuentes, después de todo, las hay en todo el mundo. En una aldea española que en Nueva York sofisticada, las hay en Roma, en el Renacimiento, o en Berna metida en su cantón, las hay en Londres brumoso o soleado, en la plaza con el corazón traspasado por las espadas del mediodía. Fuentes hay en todas partes. Hasta en Tunja o en Fontibón. Sólo que en Jerusalén. . .

La Jerusalén nueva es de piedra, lo mismo que la vieja. Cuando dijo el profeta que se levantaría de ella piedra sobre piedra, indicaba que todo se acabaría, porque no hay un futuro que no sea así, de piedra. Después de cada castigo, las piedras de la ciudad se caen, y volver a parar a Jerusalén era colocar de nuevo cada piedra en su muralla. Así, a lo largo de los siglos, Jerusalén es una flor gigantesca que parece tallada en la roca, en una roca que tiene color de pergamino y de rosa, dura como los momentos más terribles de su historia, y, al mismo tiempo, con la flor de la resurrección por dentro. Pero flor de piedra, hecha de roca, y seca, vecina a la leyenda de los cardos, de los espinos y de las espinas. En el centro de esta roca brotan las varas de agua, es algo como el milagro de las aguas vivas. Con todo, la gente que se detiene a ver saltar el agua, a oírla, y a gozar porque ven saltar las luces eléctricas en sus chispas de Bengala, no está haciéndose estas ilusiones. No piensa que asiste a un milagro que no es ni siquiera un milagro. Todo se reduce a que se ha llenado un estanque con los recursos elementales del acueducto, y se ha instalado en el centro el mecanismo de un reloj de aguas para que salten los chorros y se mida el tiempo. Total: nada.

al: magia. Una noche, estando al otro extremo de la ciudad, un amigo nos dijo: "Invítemos a que vayamos a la fuente". Lo dijo, naturalmente, como quien invita al bar o al salón de té. Subimos a su automóvil, recorrimos de punta a punta la ciudad, y viendo saltar el agua pasamos una de las medias horas más felices de nuestros días en Jerusalén.

Iconos, vodka y champaña

Mis deseos de visitar el templo de la iglesia rusa ortodoxa de Jerusalén se habían frustrado muchas veces. Sólo hay servicios, muy de mañana, los domingos. Pero bastó una llamada a la casa del patriarca para que nos abrieran las puertas del templo. Eran las ocho de la noche. Nos acompañó el diácono, Nicolai Dimitriev, un hermoso gigante de veinticinco años. La sotana azul le caía tan bien, como el uniforme de un noble de la vieja Rusia, como la capa de un cosaco. Tenía una mirada limpia, casi infantil y una piel fresquísima. Su placidez no alcanzaba a turbarla la pena de tener a su mujer en el hospital, por causa de haber comido algún alimento viejo. "Esto hace un mes —nos dijo— pero en la semana próxima estará de nuevo en casa".

La iglesia hace centro a un cuadrado de edificios que pertenecen al patriarcado. Como los rusos ortodoxos en Jerusalén no pasan de ciento, la iglesia es un lujo casi inútil. Las casas en torno la han dado en arrendamiento el patriarcado al gobierno de Israel: una buena renta que se cobra con religiosa puntualidad. El templo es imponente. Lo construyeron los zares. Sólo la gran lámpara del centro tendrá cuatro metros de radio. Los iconos que decoran el fondo del altar son riquísimos. Algunos, de un metro de alto, son sólidas láminas de oro finísimo, labradas a maravilla, que muestran en estuche de gran riqueza el rostro de Jesús o de la Virgen, y sus manos, ya oscurecidas por el tiempo. No hay nada más deslumbrante que esta joyería de las iglesias ortodoxas. Los estandartes son de plata labrada. Además de los iconos tiene la iglesia algunas pinturas interesantes. La Trinidad está representada por la visita a Jacob de tres ángeles idénticos. Es una Trinidad tomada del viejo Testamento. No vimos ninguna representación del paraíso, ni preguntamos por

ella. Para el diácono Nicolai Dimitriev, el paraíso es la Unión Soviética.

Contemplábamos la Santísima Trinidad cuando mi mujer vio una araña peluda, diez centímetros de pata a pata, y de una especie que tenemos por muy venenosa. El diácono, gentilmente, la aplastó bajo su bota, sin explicaciones. Luego, agregó: "Vamos a la casa del archimandrita a tomar un refresco..." La vieja que cuida de las luces y el aseo del templo fue restituyendo sus tinieblas a las naves. Salimos. Se echó la llave a las puertas. Cruzamos la plaza camino del palacio patriarcal. Una media luna, turca y blanca, resplandecía en el cielo límpido de azul acero. Varias estrellas.

Nos esperaba el archimandrita, un bello sacerdote de barba crespa de azabache, de veintiocho años —al mismo tiempo frescos y maduros—. A no ser por el celibato impuesto a los monjes, sería el hombre irresistible. Su juventud resaltaba aún más entre los amplios pliegues de la sotana negra. Llevaba una cruz de oro sobre el pecho, del tiempo de los zares. Ancho sombrero de embudo ceñido a la frente, y la cara encuadrada entre crespones. Nos mostró el pequeño museo de iconos del palacio. Luego, con los modales más finos, nos invitó a tomar un refresco. En la pequeña mesa redonda había vinos y licores, vodka y champaña, galletitas cubiertas de caviar y salmón rojo, frutas, golosinas. Y se nos fueron las horas.

Mantiene la iglesia en estas reuniones íntimas el espíritu extremadamente obsequioso de la hospitalidad rusa. Había vinos griegos, israelíes, italianos, españoles, pero lo de rigor, lo que no se discutía, era el vodka. El monje brindaba a nuestra salud, nosotros a la suya, y así pasábamos del caviar al salmón, del salmón al caviar, y del vodka al vodka, en un edificante intercambio de cortesías. El monje nos resultó un admirable catador de las delicias que formaban en la mesa la pirámide de un banquete en miniatura. A la hora del champaña, después de varios brindis, nos enseñó una novedad: agregar a la copa de champaña una pequeña cantidad de coñac. Sólo los rusos conocen estas fórmulas. Me acordaba de un cuento de Gogol, que leí en mi juventud, donde se hablaba de los mujiks que tomaban los vasos de vodka con unos granos de pólvora. En este

caso, nuestra imaginación no fue más allá de los iconos, y el monje nos demostró cómo puede llevarse con todo equilibrio un agasajo de las dimensiones del suyo. Para despedirnos —y trabajo nos costó dejarle— nos ofreció el libro de la Iglesia Ortodoxa rusa, en donde está muy claramente expuesto cómo la iglesia nunca gozó de tanta libertad como bajo el régimen de los soviets. Casi llegamos a convencernos de que Dios aparece en Rusia el día de la revolución, y ese día es el de mayor gloria de la iglesia. Abriendo al azar el libro, encontramos párrafos como éste:

"Las leyes zaristas excluían en absoluto la libertad de conciencia. Sólo con la victoria de la gran revolución socialista de octubre se puso fin a la secular tutela política de la autocracia zarista sobre la conciencia de los ciudadanos. Al instaurarse el poder soviético la iglesia fue separada del estado y la escuela de la iglesia, estableciéndose una verdadera libertad de conciencia y una auténtica tolerancia religiosa".

Nicolai Dimitriev, el diácono rojo de la sotana azul, no quiso que regresáramos al hotel sino llevándonos en su automóvil. Uno de los mejores automóviles que se pueden ver por las calles de Jerusalén. No quería tampoco que llegáramos al hotel sin tener antes las mejores vistas de Jerusalén, desde los miradores mejor situados de la ciudad. Y como la luna estaba muy hermosa, el deambular fue una delicia. Sólo se interrumpió un cuarto de hora mirando saltar los surtidores en la fuente nueva que está vecina al palacio de las sinagogas. En síntesis, hallamos que la iglesia ortodoxa ruso-soviética tiene una atracción irresistible.

Una historia en ladino

"La Verdad" es un diario de Jerusalén que se anuncia así: "El único jornal popular y eficiente en judeo español". Como los diarios ladinos de Estambul, ha adoptado una forma que se aparta de la nuestra al extremo de que el periódico hay que leerlo en voz alta para darse cuenta de ciertas palabras que desconcierta a la vista. Refiriéndose al costo de la vida, dice, por ejemplo, "La Verdad": "Los presyos pujan y pujan: todo karo por parte de huevos, patatas i pechkado bivo". En Israel, académicamente se estudia el ladino en el Instituto de Filología de la Universidad, que lleva publicadas obras notables como las colecciones de romances antiguos en donde se encuentran flores del cancionero que desconoció Me- nández Pidal. Pero para el uso popular de la población común, la que vive en el barrio de Salónica o del Ghetto de Londres, de Estambul o de una aldea de Rumania donde aún se habla el castellano viejo, está "La Verdad". Para que el lector pueda acercarse a esta faz de la lengua y de la vida ladina, basta recortar la historia de un pescador que dejó a un pescador de Tiberíades, y del pescador que a toda costa quiere vivir de nuevo con ella. He aquí el texto que aparece en "La Verdad":

La polissia y otros voluntarios se metieron en buchicidad detrás de la nombrada Gila Nahmani mujer de un pechkador de Tiverya.

Desde tres semanas ke la polissia esta buchcando a Gila Nahmani eya desapareso de la casa. Kere dizir de la kaza de su marido. Gila Nahmani esta prenyada de 5 mezes, i la polissia la esta buchcando.

Gila se kazo antes dos anyos kon el nombrado Chelomo Nahmani denpues de 10 años de kazados eya paryo una linda ijika, marido i mujer bivian muy horozos, ansi se casaron de nasinmiento de la tchika, ma un dia la ijika aedada de so lo 8 mezes se kazazina i malorozamente muryo.

La piedrita de sus unikas ijas regladas de 8 mezes atristo muntcho a Gila i a su marido Chelomo Nahmani, ma eyos kontunearon a bi- vir en un buen entendimiento i

Gila kedo otra una vez preñada y su marido que es un pechkador de Tiverya se casava a azar todo por kontentar a su kerida mujer. Antes 3 semanas en lo que Gila estaba preñada de 5 meses súpito un día eya salvo de kaza y no torno más.

El marido konto ala polissia lo sigyente.

cada semana mi mujer salia un día de kaza dizia ke se va ir a Nazaret para merkar-
dos, ala tarde eya tornava sin kalsados i kon las manos vazias ansi esto serepeto 4
s. Una semana antes ke eya desapareyera la tomi la yeve en un magazen de Tiverya
ki kalsados.

sando una semana eya otra una ves dicho ke kere irse a Nazaret para merkarse
par de kalsados, aksepti, akel dia salyo i mas no torno. No se la razón por ke
syo i on de desparesyo, no le mankava nada en kaza, tenia todo.

povero marido rogo de los jurnalistos de puvlikar esta yamada i el dize a su mujer

nde keres ke to topes, onde keres ke estes, Gila te rogo no destruygas mi fruto que
n tu tripa, tomate en kaza te vo4 perdonar”.

Tres falcones van bolando

ttias ha publicado en el *Romancero Sefardi* romanzas y cantes populares que
recogió de boca del pueblo en Salónica, o copió de viejos manuscritos. Se
uno de los capítulos de mayor encanto de la poesía universal. Al azar, tomo de los
es de su libro, uno: *Tres falcones van bolando*, que ilustra el tesoro de esta obra, de
resonancias para nosotros:

ALCONES VAN BOLANDO

alcones van volando

menas del rey,

n qué comeres,

n qué beber.

n en un castillo,

e oro es.

o d'aquel castillo

noza gorné,

a la turcuesca

nojica a la sien.

das elguengas

arcañal del pie.

anico curto,

al kafité,

ica delgada,

vea el pie.

durica estrecha,

reventa el pie.

re no la daba

ni por haber,

y al jugo

de ses y bes.

a el moro Franco,

ranco aligornés.

a blanca niña

de dos en tres.

é lloráis, blanca niña,

de dos en tres?

por el vuestro padre,

nero es,

por vuestra madre,

ndera es,

por vuestros hermanos,

ti a todos tres.

o por padre y madre,

s hermanos tres,

la mi ventura,

quién ha de ser.

a ventura, mi dama,

o lado la tenéis.

a el moro Franco,

ranco aligornés,

éis vuestro cuchillo,

uchillo del bel,

orto de mis trenzados

mo fina tres,

ndaré a mi madre,

gre de mi bien.

nco sin malicia

uchillo del bel.

con malicia,

jó por el bel.

La víspera del sábado

La vez he llegado a Jerusalén en la noche del viernes, cuando todo está muerto. En la noche se ha apagado el fuego, los teatros se cierran, rara vez se oye pasar un automóvil. Noche de luna llena. El aire, seco y fino. "Por los cielos silenciosos, infinitos y blancos, esparcía su luz blanca". Es así como deben verse las colinas en el camino que conduce a Tel Aviv hacia la ciudad del rey David. Unas colinas de piedra que toman en la noche el aspecto de calavera. No se inclina la pluma de un ciprés.

Me he salido con mi amiga de siempre, con Rachel, a ver, desde la terraza del Hotel Rey David, la muralla, la torre. No las veo como la última vez que estuve en Jerusalén. Los cipreses del jardín del hotel han subido tanto, que todo lo ocultan. Suben los cipreses y crece el silencio. Rachel me dice: "¿Sabe qué era este lugar, antes de construirse el hotel? Aquí pasaban las caravanas, aquí descansaban los camellos, los beduinos. Historias. . . Sabe que detrás de la cortina de cipreses está la torre donde pudo cantar sus cantos el rey David. Y no muy lejos de la torre, la tumba. Desde el segundo piso se puede ver el desierto. Si ahora tenemos la cortina de cipreses es porque en Israel siempre se ocultan los paisajes.

Cuando alumbra en el cielo la primera estrella, los judíos apagan el fuego. Sacan a la luz los taburetes y se reúnen, en familia, silenciosos. A ver la calle parada, quieta. En las afueras de Jerusalén, saliendo por las colinas de la ciudad universitaria, está el Hotel David. Un hotel que tiene servicio regular de helicópteros para los clientes que llegan desde el aeropuerto de Tel Aviv. El edificio, con un gran *hall* de paredes de vidrio, domina los alrededores, con campos de deportes de bolas y una fuente ornamental. La fuente, en la noche, se ilumina con luces eléctricas de colores. Solitario, este lugar tiene una atracción especial. Vamos a cenar al Holyland. El administrador nos recibe con toda cordialidad y habla en perfecta lengua española.

Los comedores del Holyland están animadísimos. La cadena de los supermercados ha adquirido la costumbre de ofrecerle a sus empleados fines de semana en este hotel. Los empleados, se ríen entre los clientes fines de semana. Esta noche, además de estas gentes, hay una familia que celebra los cuarenta y cinco años de matrimonio. Las nietas, que van desde los doce a los quince, lucen diademas de flores naturales. En cada mesa, al final de la comida, se entona un canto religioso. En la de las bodas, se cantan coplas a cada uno de los novios.

A las once de la noche. Tornamos a la ciudad. Sólo se ven por las calles grupos de

hos que regresan a los hogares después de una fiesta de viernes. Luego, todo
Amanece el sábado. Silencio. A las ocho, a las nueve, van sacándose los
s de las casas a los andenes. A sentarse. A ver la calle parada, quieta. A veces,
fuera una máquina de la policía pasando revista, corre un automóvil. El ruido que
borra lentamente. El sol resplandece en el aire seco y fino, como en la noche la
es todo. Viernes, sábado.

Eichman en la trampa

25 de abril de 1944, este Joel Brand que atraviesa la sala de la corte en Jerusalén y
a en el banco de los testigos, se entrevistó con Eichman por primera vez, en una
ón del hotel Majestic en Budapest. Ahora, los dos vuelven a encontrarse frente a
Eichman ya no está, como en Budapest, ostentando flamante uniforme, sino como
a que cayó en la trampa de vidrio. Lo vemos reducido a un pobre ser humano.
icante. Viste como vistió cuando no era sino un vendedor de gasolina.

El Brand, ancho de espaldas, fornido, rubio, pecoso, va relatando palabra por
cuanto ocurrió hace dieciocho años en el Majestic de Budapest. Repite las duras
ones que le imponía Eichman cuando le propuso el cambio de “sangre por
ías”. Imita los mismos gestos, repite las mismas palabras: “¿Sabe usted quién soy

estado al frente de la Aktion en Alemania, Polonia y Checoslovaquia. Ahora le turno a Hungría. Sé sus relaciones con el comité judío internacional y veo que con miedo negociar. Sangre por maquinaria, maquinaria por sangre. ¿Qué tipo de judíos ¿Mujeres que puedan criar? ¿Hombres capaces de engendrar?

Eichman, pálido, inmóvil, sin mirar ni un instante al público, con los labios delgados como filo de un cuchillo, tenía ante sus ojos —que no parpadeaban— al mismo pobre hombre a quien con esas palabras azotó en 1944. Para Eichman esto tiene que ser como una victoria. Su convicción de que podría exterminar como ratas a los judíos se ha confirmado. Ahora lo asalta la imagen de una república que a los trece años de vida es considerada entre las naciones más admirables del mundo. Una nación que lo ha cazado, lo ha atrapado en una trampa de vidrio, y va a juzgarlo con todo el orden de la corte más correcta del mundo.

Cuando comienza la sesión de la corte —los jueces llegan siempre a la hora exacta— el mundo se pone de pie. Eichman es el primero en hacerlo. Se levanta como movido por un resorte, junta los talones, se cuadra al estilo de un recluta prusiano. Es una victoria con servilismo. Hace dieciocho años no era sino el pobre diablo que de repente, con traje de oficial, estrenó autoridad, y pensó hacer la grandeza de Alemania exterminando judíos. Un nazi, para su mentalidad enfermiza de triunfador envalentonado, creía que era lo mejor de Europa y del mundo, y lo que quedara fuera del nazismo, lo exterminaría. Le nació esta singular filosofía en el repentino ascenso de vendedor de seguros, a gran oficial del Reich. Ahora, no es sino el fugitivo que huía como una rata, el que camina, a quien obligan a repasar paso a paso la historia de su propia vida.

Eichman le propuso a Brand en el Majestic: "Le cambio judíos por camiones. ¿Cuántos judíos tengo? No sé: hagamos un negocio redondo por un millón. Le doy cien millones por camión. No me interesa dinero, ni cosas fabricadas en Hungría. Váyase usted a Berlín, conéctese con su gente, y mande camiones. Que sean buenos camiones, los mejores por nosotros. Si agrega a eso ciertas cosas como café, té, jabón, se le aceptarán todos. ¡Váyase! ¡Lo llevaremos hasta el avión!".

Este negocio, que dejó pequeñito a Sheylock, tenía su trasfondo. El pobre Joel Brand había aceptado la propuesta mientras le llegaban noticias de lo que ya estaban haciendo en los campos de concentración. Asesinatos en masa. Su cuñada y la familia de su cuñado, ya habían caído. A Brand se le dejaba salir, pero dejando como rehenes a su mujer y a sus hijos. Los camiones representarían la esperanza final, y había que intentar en el mundo una salida única.

los sabemos lo que luego pasó. O se está sabiendo ahora a través de este juicio. En el momento en que los ingleses no admitieron la propuesta. No dejaron que Joel Brand buscara a los americanos para salvar judíos. Eichman, enfurecido ante el fracaso del negocio, mató a Brand quince veces a la mujer de Brand. Cuando Eichman le decía a Brand: "Si nos dan un poco de jabón se lo agradeceremos", estaba jugando con la insinuación más sucia: de la grasa del judío muerto, Eichman hacía jabón para tener limpios a los nazis. El azar y la fortuna, y los designios de Dios, han podido salvar a los dos actores principales del Hotel Majestic y colocarlos otra vez frente a frente, aquí en la corte de Jerusalén.

¡Qué cómo! Hay en la sala seiscientas personas que todos los días siguen en silencio, esperando que los jueces acepten la más leve manifestación, el proceso. Son judíos cuyos padres fueron asesinados en los campos alambrados. Ni uno solo deja de tener en la historia de su familia el recuerdo de uno que murió por obra del pálido, inmóvil, insignificante vendedor de carne que está ahí en la trampa de vidrio. Joel Brand, mirando fijamente a Eichman, le repitió sus palabras: "Yo le ofrezco vagones de judíos que le despacharé como carne fresca alemana, a cambio de camiones".

Eichman no sale ahora de su asombro al descubrir que los judíos no eran cosas inanimadas, seres humanos, y que como seres humanos, le han traído para juzgarle en una forma que un nazi jamás pudo concebir que pudiera realizarse un juicio.

Un drama en la Corte

sesión de ayer iba a ser notable en el juicio de Eichman. Por primera vez se a el verdadero nombre de un novelista famoso: "Ka-tzetnick", autor de "El telégrafo adelantado", "El telegrafista adelantado" y "Casa de muñecas", obras popularísimas, en varios idiomas. Desde hoy sabemos que "Ka-tzetnick" se llama Yehiel

Cuando el fiscal le preguntó por qué había adoptado el seudónimo de "Ka-tzetnick", De-Nur se mostró visiblemente inquieto. Ka-tzetnick es una palabra compuesta por las dos primeras sílabas de la palabra Konzentrations-lager (campo de concentración, en alemán) y el sufijo "nick", que en eslavo designa a las personas de un oficio con su profesión.

—Dijo De-Nur—. Ese no es un pseudónimo. Ni yo me tengo por escritor. Ni he hecho literatura. Yo he escrito, simplemente, la crónica del planeta Auschwitz...

De-Nur es un sobreviviente del campo de concentración de Auschwitz, y ha hablado al fiscal:

—Pasé dos años en el planeta Auschwitz. Allá el tiempo no es como aquí en la tierra. La acción de segundo se mueve a una velocidad distinta de la que usted conoce. Los prisioneros ni vivían ni murieron de acuerdo con las leyes de la tierra. Se llamaban Ka-tzetnick, número..."

Al llegar a este punto, el novelista levantó el brazo y mostró su número: "Yo era Ka-tzetnick, 135.633".

El fiscal trató de producir en este momento un choque en el novelista. Tomó un pedazo de rayas azules —el mismo que llevaban los prisioneros judíos en Auschwitz— y dijo: "¿Vestían con esto, verdad?"

Al ver el traje, el novelista se espantó. Y se vio precipitado dentro de su propia historia dentro del pavoroso mundo de sus novelas —que no son novelas— y exclamó:

—Este es el traje del planeta Auschwitz! Y yo creo con la mejor fe del mundo que continuar llevando el nombre de "Ka-tzetnick" hasta que la humanidad se subleve contra la crucifixión de todo el pueblo judío, para protestar contra esta maldad, como se protesta por la crucifixión de un solo hombre..."

llegar a este punto, ese hombre que ha escrito en silencio, escondido, las cuatro se encontró deslumbrado bajo los reflectores del mundo que asiste al juicio de él. Se sintió frente a frente a ese hombre inmóvil que ve recrear todos los días el exterminio hebreo, que él perseguía metódicamente.

los veo, los veo, los veo. . .!” Comenzó a gritar desesperadamente De-Nur. Los el fiscal, el público parecían azotados por los gritos del hombre que estaba leyendo de sus novelas. "Sí —gritó, y se levantó de la silla—: ¡Sí; ahí están los os: vienen a llevarme a la cámara de gas...!”

o de serenarse. Se llevó las manos a la cabeza, queriendo espantar el vértigo. a sentarse. El fiscal trató de calmarle: "Un momento, amigo De-Nur, quizás usted permitirme hacerle unas preguntas. ...”

Nur hizo un esfuerzo —inútil— para contestar. El juez Landau trató de ponerle en Señor De-Nur, le ruego atienda lo que le pide el fiscal. ¡Señor De-Nur, óigame!”

Nur se levantó de nuevo. Todo el cuerpo le temblaba convulso. Trató de dar un se derrumbó. Como si hubiera muerto. Una impresión de espanto corrió por la e- Nur no volvió en sí sino muchas horas después, en el hospital. . .

un hombre siguió toda la escena sin que el más leve gesto denunciara en él la más emoción: Eichman. Ni siquiera un parpadeo, ni la contracción de una mano. Así

El fin de Eichman

nte muchas horas miré con ojos fijos a Eichman en su caja de vidrio. En las
ías me colocaba a poca distancia de su banquillo, y trataba de registrar cualquier
or insignificante que fuese, que pudiera indicar una reacción suya. Nada. Cada vez
testigo presentaba ante los jueces nuevas informaciones sobre la matanza colectiva
judíos en los campos del nazismo, Eichman permanecía inmóvil. Ni ante los hechos
máticos le vi nunca parpadear. No se le contraía un solo músculo de la cara, de las
De cuando en cuando se llevaba un pañuelo a la nariz. Tendría un leve resfriado, y
todo. La película que se desarrollaba ante sus ojos la miraba como un ausente. El
sus manos las vidas de unos cuantos millones de judíos, y los mandó al otro
porque, para un nazi, un hebreo no era un ser humano, sino una cosa que podía
se para hacer jabón. A su modo de ver, concediendo que aquello hubiese sido un
no era suyo, sino de los grandes jerarcas del partido. Eichman, hasta cuando le vi,
había hablado. Su defensor lo hacía por él, sin promover alegatos. Apenas objetaba
en las declaraciones de los testigos. Muy de vez en vez, Eichman pasaba algún
al defensor. Para el defensor, Eichman sólo había sido un instrumento, una
enta. Ahora bien: como herramienta era duro y frío. Cada vez que un testigo
pa sus declaraciones, Eichman escribía dos o tres palabras en una libreta de
Como puede hacerlo en la tienda el empleado que registra una nueva partida en
de contabilidad. Lo que decían los testigos eran hechos concretos, pedazos de las
historias que nos han quedado de aquellos campos de exterminio en donde un
soberbio se constituyó en árbitro del juicio humano más macabro que recuerde la
de los hombres. Eichman seguía esas historias que, sumadas, eran la suya, no con
ción contenida, sino con la emoción ausente. Era ya un muerto. Entre ese muerto
vi, y el que ahora resulte como consecuencia de este larguísimo proceso, no creo
a diferencia mayor. De hecho, Eichman ha podido ser uno de esos hombres de
que vienen al mundo con un pedazo del alma muerta. Yo le veía escribir en la
unas palabras como balance de cada testimonio, y pensaba: Así escribiría en otro
"Hoy salieron en el tren que va al campo tal, 20 vagones con 500 hebreos en cada
tal: 10.000". Sin una sonrisa de ironía, sin un gesto de asco, sin un error de
ña. Siempre con la misma letra exacta, preocupado apenas de que tuviera tinta la
áfica, o la punta del lápiz bien tajada. Esto, esto último, sí era importante. Miraría
punta del lápiz como su pequeña obra maestra: se pasaría la mano por la cara y
aría que estaba bien afeitado; bajaría los ojos a los zapatos, y los hallaría bien

s. Esos pequeños detalles, en la vida de un hombre que extermina, valen más que los despachados para la cámara de gas.

man trabajó los detalles más refinados de un cementerio tan grande que resultó a su propia imaginación. En torno suyo, desde la caja de vidrio, veía las cenizas de los hombres que redujo a jabón, formando un gran desierto. El papel de los testigos era en sacar de esa llanura lunar esqueletos para que hablaran. Hablaron. ¿Cómo hablarlos Eichman sin inmutarse? Nacido para la obediencia, seguía atado a las sombras de los muertos, es decir: las de sus generales muertos. Cogido en la trampa, apenas podía, como justificación, como disculpa, eso: las sombras de los muertos generales. A las sombras se acogía respetuoso, sin atreverse, claro está, a agarrarse desesperado. Sin romper la punta del lápiz, sin incurrir en un error de ortografía.

¿qué masa era este hombre que ni frente a sus crímenes, así revividos, parpadeó?

EL TESTIMONIO HUMANO

Memorias de Moshé Tov

Muy lejos de Tel Aviv vive, retirado, con Ruth, su segunda esposa, aquel Moshé querido de nuestra vida en Nueva York, cuando él luchaba por el reconocimiento de las Naciones Unidas, y nosotros —centenares de latinoamericanos— no podíamos hablar en nuestra tierra, allá denunciábamos las dictaduras de nuestras patrias. Los latinoamericanos se movían entre la lucha y la esperanza. Los latinoamericanos entre la libertad y la esperanza. Algo de común había en todo esto, y Moshé era para nosotros un ejemplo de fe. Nacido en Argentina, era orador, el mejor orador de aquellos años, en español, en hebreo o en inglés. Buena parte de los votos que decidieron la admisión de los latinoamericanos, y esos, uno a uno, los trabajó Moshé en circunstancias difíciles. Tenía que tratar con la Argentina de Perón, la Cuba de Batista, la Venezuela de Jiménez, la Colombia de Urdaneta Arbeláez, la Dominicana de Trujillo. . . Le daba la desbordante opinión pública, el apoyo popular que sobre todo era patente en Argentina, pero se necesitaba ser un luchador, y Moshé lo era como pocos. Hoy entro recobrándose de un choque mortal, pero entero. Acaba de entregar a una biblioteca de Jerusalem sus memorias. La edición original será en español. Cuando entro a ver a Moshé, como cuando camino por todo Israel, me siento como en mi casa, por el amor. La gente me pregunta en Bogotá en qué idioma hablo cuando voy a Israel. . . No puedo estar en donde no haya quién hable mi propia lengua, ni centro donde no se pueda celebrar una conferencia en español. Un español que viene desde el de los ladinos de truje y yuca, hasta el argentino puro de Moshé.

En todo Israel hay eso de único. En la mesa del gabinete se encuentran ministros de Israel en Kiev, Varsovia, Londres, Colonia, Brooklyn, Montevideo o Santiago de Chile: como si fueran unas pequeñas naciones unidas por algo más íntimo que lo de los grandes países como el caso de Vidrio de Nueva York. Moshé, que fue amigo lo mismo de Ben Gurión que de Martin Buber el gran filósofo, me mostraba a lo vivo cómo no eran tan grandes las diferencias entre nosotros y ellos. Pero hubo en él algo simbólico. Tuvo, estando en Nueva York, la idea y la pasión de que el español fuera lengua oficial en las Naciones Unidas. Y lo logró. Quizás le empujó a llenar este vacío la circunstancia de ese Israel que iba a

era una Torre de Babel invertida donde iban a fundirse muchas lenguas, entre las que la nuestra era de las mejores. Cuando lo del español que Moshé reclamaba se dio, aquello fue fiesta hispanoamericana.

La fiesta la celebramos nosotros en casa de los Radunski, otros argentinos. Rachel, entonces con Moshé —argentina también— era de familia cercanísima a los Radunski. Entonces Daniel tenía doce años o poco más, y surgió a esa edad como estrella de primera magnitud en Nueva York. La primera vez que tocó en el Carnegie Hall la acompañaba el maestro de piano de Toscanini, después de su muerte, fue en un concierto fabuloso en que Daniel tocó al piano, dominando a toda la orquesta, en medio de la admiración universal. Había trabajado con mucho trabajo e ingenio ajustar la altura de la butaca al piano que iba a tocar el niño con sorprendente alarde técnico. Después del concierto celebramos el triunfo donde los Radunski con champaña. Daniel, tirado en la alfombra, tomó Coca-Cola. En la mañana siguiente Daniel había ido al cine. Película del West. Enrique, su padre, maestro de música, le había enseñado el método de trabajo para el aprendiz a pianista: no consiste en tocar y memorizar sino en trabajar con la memoria. Hoy Daniel es el director de la orquesta de la Ópera de Buenos Aires, y uno de los músicos mayores del mundo. . .

Recuerdo todo esto para explicar un poco las cosas de Moshé. Era en esas tertulias donde se encendía la llama de la otra y nueva Jerusalem liberada, con un sentido de pasión universal. Me dijo Moshé un día: Usted tiene que ir a Israel. Por eso fui la primera vez. Yo fui a un país en donde Ben Gurión estaba entregado a leer el Quijote, Rodríguez Larrea, el uruguayo y Díaz Granados el guatemalteco, se habían ganado la gratitud de los israelíes por sus intervenciones en las Naciones Unidas. Costa Rica, Venezuela y Colombia tenían sus embajadas en Jerusalem y no en Tel Aviv como querían los europeos. Entre los judíos con sus ladinos al fondo y los latinoamericanos en todas partes era como un pedazo de tierra de muchas luchas. Al fondo de eso estaba ese argentino judío llamado Moshé Tov.

El hombre que inventó una nación

En una aldea insignificante de Rusia, en Motol, nació en 1874, de una familia judía, un hombre destinado a discutir frente a frente con Lloyd George, con Churchill, el más fantástico proyecto de nuestro siglo: la creación material de un Estado para un pueblo que llevaba dos mil años de andar por todos los continentes con el alma a cuestas. Chaim Weizmann hizo en la aldea la escuela elemental, pasó luego a la técnica de Minsk, y de allí a las universidades de Friburgo, de Ginebra, de Berlín. Fue un genio de la investigación científica. A los treinta años le nombraron profesor de química en la Universidad de Manchester, y cautivaba por el maravilloso uso del inglés en sus conferencias. Autores británicos colocan a Weizmann entre los más grandes oradores ingleses del siglo. Pero su punto de partida era la ciencia. Cuando estalló la primera guerra, Weizmann encontró en él a un sabio que supo darle con sus descubrimientos buena parte de su victoria. Weizmann tuvo entonces la posibilidad de pedir lo que quisiese: pidió hacer un Estado para una república judía. Cuentan que Balfour llegó alguna vez a Manchester en campaña de lucha electoral, y aceptó conversar por quince minutos con Weizmann. Se reunió en un cuarto del hotel. A la hora y media, Balfour salía poseído por el espíritu de los aldeanos de Motol.

La justicia del pedido de Weizmann era inobjetable. Por veinte siglos los judíos,

errantes, echados de la tierra en donde habían hecho una historia que a diario nos lo mismo judíos que cristianos, aferrados a su biblia, vagaban por el mundo, a toda suerte de humillaciones, de discriminaciones, de persecuciones. Pero, ¿darles precisamente a Palestina donde los árabes se movían como por su propia generacion atrás? Chamberlain propuso una transacción: Ofrecer Uganda a los Lo hizo cuando dentro del movimiento sionista se había producido una división ilitaba la posición de Weizmann. En una conversación con Balfour, hablando en amistad confidencial, le hizo Weizmann esta pregunta a Balfour: "¿No le a a usted cambiar a Londres por París?". El británico respondió sin vacilar: "No: es la capital de mi patria". Y Weizmann: "Jerusalén ya lo era de la nuestra cuando no pasaba de ser un peladero".

a Weizmann, antes que la república, debería ser la universidad. Un estado está so- a las contingencias de los choques internacionales, de las crisis internas. La ciudad ritu escapa a todos los zarpazos. Peregrinando por el mundo, los judíos sin tierra, no fijo, sostuvieron su espíritu recordando las enseñanzas de los sabios de ia y Jerusalén, de Maimónides y de Gaon de Vil- na. Problemas sociales osos acosaban a los judíos en los días de Hitler y de la invasión rusa de Polonia. o parecía imponerse en primer término. Pero Weizmann quiso hacer primero la dad. Ya la tenía casi lograda antes de la primera guerra: estalló el conflicto y su uedó envuelto en llamas. Vino la paz, se puso en vigor la declaración de Balfour, y eron recursos diversos para levantar la universidad en Monte Scopus. Se decidió la ación. Fue la primera gran fiesta de los judíos en su tierra. Los grandes de ra estaban presentes: el general Allenby, Sir Herbert Samuel, Lord Balfour. a y una universidades del mundo enviaron sus representantes y veinte academias.

bios de Francia y de Inglaterra realizaban el acto y lo vestían con sus togas blancas. El pueblo se apretujaba en la carretera que lleva a la cima del monte. Abajo, la montaña era imponente: la vieja ciudad amurallada con sus templos sagrados y sus murallas de los siglos. Lo único que no había de la universidad eran los edificios. Todo se reducía a montones de piedras y ladrillos. Weizmann decía: "Primero inaugurar, después construir este es el camino indicado por los profetas". Lord Belfour se volvió a Weizmann después de terminada la ceremonia, y le dijo: "Lléveme ahora a los edificios". Weizmann se fue a casa más tarde su embarazo cuando salió de brazo con el británico y le fue a decir: "En este pedazo se levantará la escuela de ciencias, allí quedará la biblioteca, y este pedazo para la escuela de medicina..."

Pero que esas palabras en boca de Weizmann no eran broma. Se levantaron todos los edificios, la biblioteca se enriqueció con medio millón de obras de valor inapreciable, el hospital surgió milagrosamente como una construcción monumental. Claro, todo había sido el dramático destino de las cosas judías, que aún siguen estrujadas por las presiones de un mundo que no se resigna a dar cuartel. La universidad, el hospital, la clínica están hoy en un terreno cercado de alambre de púas. Son una isla metida dentro del desierto árabe. Pero como por delante de toda esta empresa prevista por Weizmann está la ciudad con sus alas místicas, la otra universidad ya está surgiendo en el Jerusalén moderno con sus formidables edificios de piedra, y unas aulas más claras, más abiertas, más modernas que las más limpias, claras y abiertas de ninguna otra parte del mundo.

En Rehovoth, donde Weizmann fijó su residencia al instalarse definitivamente en Israel, está el instituto de investigaciones científicas, donde sabios de todo el mundo trabajan en las ramas más diversas: en los departamentos de matemáticas aplicadas, de física, de óptica, etc., en los laboratorios de investigación de las sustancias orgánicas, de biología, de biofísica, de química orgánica, etc. Algunas de las investigaciones más importantes en materia de cáncer, por ejemplo, se adelantan allí. El instituto, situado en el borde de un jardín botánico, ya tiene un puesto conquistado en el mundo de la ciencia. Cuando el visitante se detiene es en el cuartito donde trabajaba Weizmann, al lado de su laboratorio. Un escritorio pobre como el de un oficial inferior en un ministerio norteamericano, unos estantes llenos de aparatos, la celda de un sabio. Parece que aún se puede ir detrás del escritorio, dejando el cigarrillo en el cenicero para responder al teléfono, o saludar al visitante. Había inventado una república, había cancelado una era de veintidós años de destierro, había abierto un hogar, había dado una huerta, había regalado una casa a los miserables judíos sacados de la Europa oriental, había hecho flotar una bandera nueva en las Naciones Unidas, y sólo se había reservado un cuartito para estudiar en un pedazo de tierra donde ahora reposan sus cenizas bajo la mirada amorosa de su mujer.

res que riega el cariño de la gente.

El astuto barón Rotschild

Un día se acercó al barón Rotschild un hombre misterioso que conocía un gran secreto. Había descubierto nada menos que los restos del Arca de Noé. El más formidable descubrimiento arqueológico del siglo pasado. El hombre de semejante descubrimiento era todo otra vergüenza.

Contó la historia con toda la atención. Le pidió al hombre detalles, cifras. No se le ocurrió decir de repente. Una exploración científica requería grandes preparativos y cuidados. El aventurero salió de la casa del Barón, en París, frotándose las manos. El Barón llamó a los consejeros de sabios, y les entregó las noticias. Los sabios estudiaron el caso, y a poco tiempo presentaron con su informe. Todo era un cuento, y el Arca sólo estaba en la Biblia y en la mente del estafador. El Barón recibió el informe, y dijo a los sabios: "Lo que ustedes me dicen no es un secreto". Y procedió a organizar la expedición científica.

Quería que pidiera permiso al imperio otomano. Se trataba de una de las más grandes empresas de la ciencia universal. El Barón logró interesar a los Rockefeller. Con los Rockefeller, a la prensa americana. La noticia explotó en París. Se trataba de pedir, con la cortesía, las licencias necesarias al imperio otomano para establecer en un cierto punto de Palestina grandes campamentos. Irían los arqueólogos, trabajadores, peones, enfermeros, médicos, toda una pequeña población de cuyas manos se esperaba sacar a luz los restos fósiles del Arca. Los periodistas franceses acabaron por soltar la risa. El Barón fue tomado en manos de un estafador. Pensar en el Arca de Noé era como pretender hallar el oro que le dio los racimos para que se emborrachara. El Barón, sin embargo, se dejó llevar y se volvió obstinadamente crédulo, y pensaba: "Ríe mejor, quien ríe el último".

En aquella época, pensar en llevar judíos al corazón del imperio turco era absurdo. Pero era mucho más lejos del Barón aquello. Él lo único que pidió fue el reservarse escoger entre las familias, médicos. Las exploraciones no podrían hacerse en menos de dos años, y costarían millones en desenterrar el Arca, tampoco era insensato que confiara ese trabajo a quienes no fueran gentes de toda confianza. Las autoridades otomanas accedieron a todo, sonriendo. Es delicioso engañar a un Barón. Y el Barón tendió así su puente. Mientras el aventurero sinvergüenza del cuento se alejaba con la bolsa llena de libras esterlinas, el Barón agarraba la tierra de sus mayores e instalaba en ella a los suyos de su raza.

Avanzaban las excavaciones con lentitud desesperante. Los pobres peones,

os, llamaban a sus familias para que les acompañasen. Cultivaban los campos para mejorar sus recursos, iban echando raíces porque el hombre, naturalmente, siempre por hacerlo. Y no queriendo crear problemas con las gentes en torno, llegar a sus parientes. El Barón empezaba a sonreír. Lo hacía con disimulo, porque creyendo en el Arca era la defensa de su pueblo.

ando se viaja hoy por Israel y se pasa por cierta aldea en donde los árboles son os, las casas más antiguas, el aire de conquista más fino, las gentes hablan del gran que fue el barón Rotschild que hace ochenta años colocó allí su cabeza de puente. enseñó, lo primero, a reverdecer la tierra, a plantar los naranjos, a cultivar las rosas. uso sobre los hombros el Arca. Y el cuento resulta doblemente extraordinario y le, porque las gentes pensaban, y hay quien aún lo piensa, que el Barón no era sino uero, sencillamente millonario.

Visita a Ben Gurión

diario de Jerusalén da cuenta del Congreso bíblico que se inauguró ayer. Ben habló largamente sobre algunos pasajes del Génesis en que se refieren pormenores ida de Abraham. Podría ocurrir que en la vida de Abraham se reflejen muchos as de los judíos de nuestro tiempo, y en este sentido la exégesis de Ben Gurión un alcance político. Esto sería mera coincidencia. A Ben Gurión le apasionaban lemas bíblicos como problemas bíblicos. Desafía con sus interpretaciones a todos os en las Sagradas Escrituras, y esto le produce un goce íntimo.

er se discutió en Nueva York, en todo el mundo, el problema de la responsabilidad l en el incidente de la frontera con Siria. Los Estados Unidos e Inglaterra apoyaron ón de censura en las Naciones Unidas. En Jerusalén los diarios publicaron notas das. Ben Gurión, antes de pronunciarse sobre lo de Siria en el Parlamento, se delante de los sabios a comentar unos pasajes del Génesis. No creo que sea común tud semejante en otro primer ministro de ningún país del mundo. No se trata de a. Si alguien le hace cara a las responsabilidades es Ben Gurión. Su discurso en el nto fue una tremenda requisitoria a las Naciones Unidas. Además, anunció que o va a tolerar nuevos ataques a sus pescadores de Galilea. Pero, hombre de una d avasalladora, le agrada batirse en muchos frentes. Y uno de ellos es el bíblico.

* * *

ido a visitar a Ben Gurión cuando hay dos temas en que él figura sobre el tapete:

ra a Israel en las Naciones Unidas y la cuestión de Abraham en el Génesis. Bajo
ble preocupación voy a verle y conversamos por espacio de casi una hora. ¿De
e Cervantes y el Quijote; de Rojas y la Celestina. El Quijote le apasiona. Hablando
vantes le brillan los ojillos con unas chispas de polemista retozón. Él se ha
do a comparar la traducción del Quijote al hebreo con el original de Cervantes. "La
ón es magnífica, me dice. La hizo un gran poeta. . . que quizá no sabía castellano.
apoyarse más en traducciones al francés y al alemán que en el original de
es. En algunos puntos, me comenta, puede ser hasta mejor que el libro español.
otra cosa. Estos grandes libros hay que leerlos en su idioma, si se quiere sacar de
nas todo su valor". Ben Gurión, para leer a conciencia su Quijote, se adueñó del
español. Lo mismo ha hecho, por motivos semejantes, con lenguas muy exóticas.
os de Jorge Isaacs y de "María". Le complace que se haya colocado el bronce de
n la Universidad, pero no piensa jamás leer la novela. "Yo no leo novelas —me
Sólo he leído el Quijote. . . y la Celestina. En realidad, con el Quijote me basta".
ra a leer a Andrés Bello porque de Bello le habló Rafael Caldera, y Bello es un

namos un vaso de jugo de naranja. Hablamos de la América Latina. Me declara:
ido, ni pienso ir a la América Latina, porque no hablo español. No basta leer el
hay que hablarlo". No se sometería a los intérpretes. El necesita el contacto
Por el momento, resuelve ponerme a hablar. Necesita saber por qué hay
as en la América Latina. . . Como puedo, se lo explico, pero se lo explico en

este hombre que, cuando se muestra colérico, hace temblar, hay unas chispas de
ncia juguetona que me hacen recordar los ojillos de Sanín Cano. Como Sanín
demás, tiene una frescura de piel que denuncia su salud de maravilla. Se le ve la
a enorme, sólo porque dos grandes mechones de pelo banquísimo le forman, bajo
socrática, dos alas de ángel. Le duplican el tamaño de la cabeza. De estatura, es
o. Pero mira, y crece. Habla, y crece. La carga de sus setenta y tantos años no le
e sobran energías, y, en parte, por eso acomete con la filosofía. En política le
el combate. No logra nunca, y le fastidiaría tener la unanimidad de los sufragios.
z dejó su cargo de Primer Ministro y se fue al kibutz. A cuidar las ovejas, las rosas
rta. Fue un año y medio de cura filosófica. Otra vez, para darse cuenta exacta del
o, se metió en un monasterio por más de una semana, sometido al régimen de los
es. Y así, unas veces de regreso de Cervantes, otras de regreso de Buda, otras de
del kibutz, o de la Biblia, se le ve timoneando la nave de Israel como un genio
nado, burlón, audaz y fabuloso.

La fe de Ben Gurión

e Ben Gurión, con sus ochenta años y su piel rosada, que encuentre otra vez,
de tres años de no verlo, en el nuevo y flamante edificio del ministerio, pero que
u tiempo entre esta oficina desde donde gobierna a Israel y el kibutz del desierto

le detiene las arenas con los arbolitos que él mismo plantó..., acaba de llegar de navia. Ha estado en Noruega, en Dinamarca, en Suecia, en Finlandia. Es decir, en países donde se da la nieve como en Israel las piedras y la arena. Con todo, allí los hacen algo parecido a lo que Ben Gurión puso como fundamento de su vida. El viejo me habla de la organización maravillosa de las cooperativas en esos países como para decirme: Vea usted que el sistema es bueno para todos los climas. Yo recuerdo que Haya de la Torre, que preconizaba algo parecido en sus primeros años de vida en el Perú, al venir a Europa y a Israel, encontró eso: que Dinamarca e Israel se dan la mano en las cooperativas. Y a Ben Gurión le brillaron los ojos. El viejo aún me habla a Haya de la Torre. Hablaron mucho, cuando se vieron, del Quijote. . . y de las cooperativas.

Otro sentido, le interesaba a Ben Gurión la visita al mundo nórdico. El problema de las vecindades, y de las vecindades difíciles, se parece un poco en Finlandia y en Israel. Ben Gurión, con sus irrefrenables aficiones lingüísticas, se complace en buscar los secretos de esa Finlandia que, una vez desprendida del reino de Suecia, ha adoptado al modo de los vascos, una personalidad tan propia. Finlandia, culturalmente, es escandinava. Está fuera de la familia lingüística de los escandinavos. Dicen que hay en su idioma mucho del húngaro. Ben Gurión ha querido comprobarlo y ha encontrado que no es así. La lengua es, sí, eslava, pero distante de las otras eslavas. Moliendo bosque y haciendo papel, y hablando distinto, los finlandeses han resistido. No han caído bajo la influencia que les baila al lado. ¿Cómo? Ahí está la gracia de su finísimo juego político, de su propia voluntad de subsistir.

Yo no he venido a hablar sólo de estas cosas. Mi visita a Ben Gurión es hoy de despedida, y me he atrevido a preguntarle algo sobre el futuro de Israel. Para ser más preciso, sobre el futuro del kibutz. Cuando vengan las nuevas generaciones, y esta idea mística que les ha llevado a sembrar de naranjos el desierto se vea delante de unos ojos hostiles, ¿vendrán esas generaciones a cumplir las tareas casi monásticas de los muchachos que pueblan hoy los kibutzim? Y otra duda: ¿Se mantendrá la misma vida en el kibutz cuando éste se enriquezca? Porque el kibutz nace pobre, en la roca y en la arena caminante, pero en cuanto echa raíces, ramas, frutas... en cuanto crece. Yo he visto que en diez años pasan a ser empresas florecientes, que montan industrias, que se hacen ricos, poderosos, sin que el hombre que allí vive, en hermandad rigurosamente comunista, saque para sí un centavo. Todo queda de propiedad del kibutz. Y los hombres. Los pobres son los hombres.

Ben Gurión no acepta estas dudas. El encuentra que siempre habrá arenales, rocas, y piedras sueltas en este diminuto país que sigue limitando con sus desiertos interiores.

habrá una naturaleza hostil desafiando al hombre, y hombres de fe que acepten el riesgo muy poco se reunieron unos cuantos matrimonios jóvenes provenientes de la zona enriquecida de Tel Aviv, y frente a la monótona rutina de la ciudad en donde se multiplican sus fortunas, decidieron irse a un lugar cualquiera a fundar otra comunidad. Hablaron con Ben Gurión y Ben Gurión les dio la respuesta que de él podía esperarse: "¡Ahí está el desierto!". Y en el desierto les señaló unas crestas de rocas a una cierta distancia del lugar donde el propio Ben Gurión tiene su tienda. Los matrimonios aceptaron el consejo. Hoy, ese lugar del desierto es ya —en meses— la última conquista de los israelíes. Ahí se levantan casas para unos cien exburgueses ricos, que ya no vienen de Rumania, ni de Polonia, ni de América, sino del propio Israel... Es el último kibutz. Y en el desierto, allá, ahora mismo, una exposición de arte internacional.

En el kibutz, dice Ben Gurión, será lo mismo una solución y un atractivo para los hombres y mujeres de mañana que quieran aunar sus esfuerzos para una obra de construcción social, como ayer lo hicieron para construir la república naciente. En el kibutz el hombre se libera de los cuidados de la casa y puede entregar todo su poder creador a algo más que a la rutina de la vida burguesa. La mujer en el kibutz no tiene que estar preocupada al problema de la cocina, de la limpieza de la casa, del cuidado de los niños. El hombre cocina para todos; de los niños se encargan quienes tienen mayor capacidad para ello. El trabajo colectivo soluciona mejor que la mujer aislada estos pequeños problemas que en la ciudad la esclavizan.

Ben Gurión piensa que el kibutz no ha surgido como fórmula de emergencia para el inicio de Israel, sino como un sistema que asegurará siempre al hombre libre la vida social más avanzada. Como él ha alternado su puesto de primer ministro con largas temporadas en el kibutz, y como pasa en su kibutz los días libres, así lo hace el presidente de la Knesset, y así otros líderes del país. Y lo que reflejan las palabras de este viejo es una convicción que corresponde a una vida de experiencias y de fe, que comparten con él los demás del país.

El presidente Ben-Zvi

El presidente de la república de Israel es un profesor de 77 años. Pasa más horas de en la universidad que en la casa de gobierno. Se llama Izhak Ben-Zvi. Es, con Ben Gurión, uno de los veteranos en la lucha sionista. Fue de los fundadores, hace cincuenta y seis años, de la organización sionista en Rusia y de la primera escuela de bachillerato en Israel. Estudió primero en Kiev; luego en Estambul. Con Ben Gurión inició hace veintidós y seis años en Estados Unidos el Hechalutz que propugnaba por la colonización de Palestina. Es un luchador, un periodista. Fundó el movimiento sindical y el movimiento socialista, pero escribe libros, como "El Libro de los Sarnaritanos".

El presidente es elemental en Israel, y lo más extraño, es repasar el origen de los ministros, de los secretarios. El presidente Ben-Zvi nació en Ucrania; Ben Gurión, en Polonia; el rector de la Universidad, Bachi, en Roma. El vicerrector de la Universidad es centroamericano, de El Salvador. El jefe del departamento latinoamericano en el Ministerio de Relaciones Exteriores, antiguo embajador en Grecia, nació en Santiago de Chile. Se conversa con el ministro de Finanzas, y se oye el acento de un lituano; Golda Meir, la mujer que está al frente del Ministerio de Relaciones, habla el inglés que aprendió en Milwaukee; Abba Ezer, ministro de Educación, el de su universidad: Cambridge El ministro del Interior, Shimon Peres, viene de Berlín. El presidente de la corte, Oshan, de Londres. Una reunión de ministros es el consejo de una sociedad de naciones en donde gentes venidas de todas partes se juntan para conversar sobre una república que inventaron, sacándola de las tradiciones de hace dos mil años.

Con el presidente Ben-Zvi he conversado primero en la casa presidencial, que es la casa de la familia. Cuando le eligieron presidente, dijo: "Acepto agradecido, pero no me van a dar la casa de mi casa". La impresión que se recibe es la de llegar a donde un padre de familia vive con sencillez y dignidad, con decencia, con decoro, sin los palacios del gran mundo. Por esto no es grande la transición cuando se conversa con él en la universidad. El presidente tiene tanto orgullo de su república como de un instituto en donde se estudian lenguas que durante los siglos de la diáspora mantuvieron unidas a las gentes de su patria. Hay una gran variedad de esas lenguas en el ladino, o sefardí. Ese español arcaico que se oye hablar en España, en Salónica, en Estambul, en Rumania, en el estado americano de Washington, en Argentina, en Chile, en Israel. El presidente me lleva a ver los ficheros donde se está trabajando en el gran archivo sefardí. Se han reunido las colecciones de diarios publicados en Europa, en América en esta lengua que viene a revelarnos voces poéticas, perdidas de nosotros en nuestro castellano. Ya se ha editado un cancionero con poesías maravillosas del

V, que se olvidaron en España y se siguen cantando en los hogares de los judíos de Sevilla. Esos judíos, como han guardado desde 1492 la llave de su casa, servado, con la poesía, la música de la España que fue su hogar. Millares de libros, uscritos, de periódicos, toda una discoteca se han coleccionado, esta vez sí con elo. El sefardí, como el yidish, son lenguas que, al menos en Israel, van a ecer. Hoy, los niños de familias que por cinco siglos han hablado ladino, se inician ebreo y no tienen ya por qué seguir usando esos idiomas un poco clandestinos y sos, que dentro de las naciones más diversas les permitían entenderse entre ellos entendidos por los otros. Un viejo poema castellano les mantenía el espíritu, así an acosados por la presión de unas ciudades en donde nunca se sintieron tan en pia como cuando vivían en Sevilla, o en Toledo.

instituto del presidente tiene, como toda la universidad, estos fondos poéticos que a los milagros de la joven república. Si en estas bibliotecas y estudios se lucha ente por salvar las canciones en peligro de olvido, los formidables edificios —la universitaria de Jerusalén es una de las más hermosas del mundo moderno— son as de piedra en donde las flores avanzan en oleadas como un mar de jardines que e ser vencido por las rocas. No he visto en el interior de ninguna otra universidad rdura. Se llega a los laboratorios, a las salas de clases, se sube por escaleras, se por largos corredores siempre entre plantas frescas. Esto forma la parte ica de un pueblo que quiere ser como un ruiseñor sobre una rama. Nadie lo imaginado hace trece años, y así se va hoy de biblioteca en biblioteca en la casa tuto de las lenguas que no mueren, caminando entre plantas que allí nacen.

Recuerdo de Ben-Zvi

Ben-Zvi ha muerto. ¿Cómo recordarle? Weizmann fue el primer presidente de Israel. Weizmann murió, en quien primero pensó Ben Gurión para que le sucediese fue Meir. Descartado Einstein, se pensó en Ben-Zvi. Los tres eran de la misma familia: tres, tres judíos que habían soñado con realizar en nuestro tiempo lo que por siglos había estado en la mente de los más antiguos pobladores de las tierras de la Biblia.

Ben-Zvi, que con Ben Gurión y Golda Meir había tejido, como conspirando, esa tela que sirvió por servirle de cuna a la república, era un humanista, un filólogo, un curioso de las más antiguas tradiciones de su patria dispersa. Cuando le anunciaron la muerte se negó a aceptarla. No quería desprenderse de su casa: dos habitaciones y una cocina. Lo forzaron. Los judíos de Suecia le regalaron una casa prefabricada, y en una habitación limpia y limpiísima, algo así como una cabaña de Lincoln moderna, recibía a los visitantes. Si ahora hacen en Israel un palacio presidencial, no tendrá esa intimidad de acogida que tuvo la casa de Ben-Zvi. Ben-Zvi dejó que Ben Gurión hiciera la política como en cualquier régimen parlamentario, y él mantuvo, sencillamente, el fuego de la cultura en un ambiente doméstico. No aceptó que le diesen automóvil. Para ir a prestar el servicio, le prestó su coche una amiga, Lola Beer, la modista más importante de Israel. El automóvil era una máquina vieja, que a mitad del camino se apagó. A Ben-Zvi no le quedó otro remedio sino seguir a pie, entre el escuadrón de caballería que le hacía la escolta. Después de todo, desde Moisés hasta David, los reyes hebreos fueron los mejores de la historia.

Ben-Zvi, cuando le entregué mis cartas de embajador, después de que pasó lo de los documentos y el apretón de manos, me hizo sentar simplemente, como dos amigos, y más o menos me dejó enterarme de lo que me había pasado, diciéndome saber que "está usted en su casa", echamos a conversar de cosas de Israel y de su tierra. Creo que hablamos más de María y de Jorge Isaacs que de Ben-Zvi. Y cuando nos despedimos me dijo: "Nos veremos en la universidad". Ben-Zvi no tenía un solo día de ir a la universidad, y el instituto de filología donde trabajaba era tan acogedor como su casa, aunque ya dentro del plan gigantesco de la Universidad. Rodeado de jardines, dentro, lleno de plantas vivas. La filología allí era una ciencia dotada de encantos propios, muy notables para nosotros, los de lengua española. De esos laboratorios donde se hacía la poesía perdida de las canciones olvidadas de Castilla, las canciones que habían pertenecido a la cacería de don Ramón Menéndez Pidal, las viejas leyes poéticas que se guardaban en sus morrales los judíos expulsados de España, y que no pudieron requisar en la aduana del mundo en cinco siglos. Se recordaban en Salónica, en Estambul, en

, en La Haya. . . hasta en aldeas perdidas de los Estados Unidos.

el tiene eso, entre sus muchas cosas extraordinarias: que ha nacido del sueño de os y de las canciones perdidas. Un presidente sin automóvil ni palacio, que recoge canciones medievales y las baña con la luz del Cantar de los Cantares, le da a un tal vigor, tal decisión de ser, tal voluntad de vivir, que hasta el desierto se torna bajo las miradas de esos ojos que lloraron por siglos, y ahora se alegran.

cción casi increíble en estos tiempos en que tan de otra manera suelen los golosos el poder. Lección desconcertante del pueblo judío. Y lección de maravilla que os de aquel humilde maestro que dejó en su libro de "Las tribus perdidas" una de s más bellas que filólogo alguno haya escrito en nuestro siglo.

Una hora con Golda Meir

Golda Meir la conocía de tiempo atrás. Varias veces había estado con ella en New York, en casa de los Radunsky, y la había visto en las Naciones Unidas, haciendo el papel de madre de la república, que ha sido siempre su papel. Como la visito ahora como embajador, y ella es el canciller, tendré que decir "la señora Meir". Pero no hay en Israel que así la llame. Le dicen Golda, y Golda es, después de Ben Gurión, la primera dama de Israel. No sé si alguna vez en su vida Golda Meir ha alzado la voz: es una mujer que donde llega su concesión a la diplomacia. Es discreta, pero infinitamente más que discreta. Habla con toda sencillez, pero cualquiera puede ver que cuando ella está hablando un pueblo, y un pueblo que ha encontrado, al fin, el camino que venía buscando desde hace varios siglos. Indro Montanelli dice que encuentra al canciller como su tía Elvira, una tía que siempre se negó a salir de su aldea y de sus tierras, pero que sólo iba a Florencia una vez a la semana, el día del mercado, para informarse con los vendedores y con los negociantes sobre el precio del trigo y las vacas, o para hacer visitas a los parientes, llevando siempre consigo una cesta de lana, y tejer mientras las visitas. Golda Meir es así. Una mujer que sabe lo que quiere, que mira sin vacilar lo que sabe encontrar la tierra firme cuando muchos otros vacilan. Pero es una mujer, que al ser Ministra de Relaciones Exteriores, lo fue del Trabajo, y fue Embajadora en Moscú antes de ser Ministra del Trabajo, y antes de ser Embajadora en Moscú fue la primera dama de luchas de Ben Gurión. Conoció todas las fatigas y secretos de esa larga vida que la condujo a la creación de la república.

Las intervenciones de Golda —dice Montanelli— en las asambleas internacionales, son tan breves y tan hechas ya famosas por la mirada certera con que afronta cualquier situación y la claridad de sus palabras, que parecen arandelas en su discurso. Dentro de la ambigua oratoria de la diplomacia mundial, los discursos de Golda son los únicos que llevan pantalones. En ella se reconoce a la madre de un pueblo de pioneros. Por esto les gusta tanto a los americanos, y también ella les gusta a los americanos. No es ni Juana de Arco, ni una Pasionaria, ni siquiera, para decirlo de la Biblia, una Débora, ni una Judith. Es, simplemente, la madre del pueblo, la que prepara el rancho con el rifle a la espalda".

La grandeza le viene a esta mujer de muchas cosas. De haber sido esa luchadora sin descanso, de haber tenido siempre un buen sentido, y de ser humana, de encarnar el más difícil ideal victoriosamente humanizado. He hablado con ella esta vez durante una hora que hemos empezado por las cosas internacionales, y hemos terminado por la huerta, por

o, por las gallinas del kibutz. Un hijo de Golda Meir es músico y estudia con y una hija vive en el kibutz y cuida de las gallinas y los árboles. Estas dos iones de la propia vida marcan la amplitud de su ser. Cuando la traté la primera Nueva York, fue celebrando en la intimidad el primer triunfo de Daniel im, que a los quince años acababa de llevar, con el piano, todo el peso de un o en el Carnegie Hall, dirigiendo la orquesta que acababa de perder en esa semana ctor, a Toscanini. Ahora, la veo en Jerusalén y me habla del kibutz.

a quiere hacer partícipes a los demás pueblos de lo que considera las grandes iones de Israel en la reforma agraria, en la colonización. "No pretendo decirle dierte— que no hayamos cometido errores, y grandes errores. Una cosa sí hemos do hacer: no cometer el mismo error dos veces. Por lo demás, siempre recuerdo e me dijo un tío cuando yo era una niña, y él un viejo: 'En las únicas cartas en que e me ha escapado un solo error es en las que no he escrito. .

lda —¿y por qué no he de decirle ya Golda?— me hace una detallada exposición o se está realizando hoy un nuevo experimento en Israel, que puede ser la mación del kibutz. Escogida una pequeña comarca para hacer la obra de ción, se van fijando en círculo una serie de pequeñas agrupaciones que hacen trabajo de la tierra. Al centro, se forma una pequeña aldea en donde se estudian los as comunes, se distribuyen las máquinas, se concentran las operaciones del o, se fija la escuela, se hace la suma del trabajo de las pequeñas colectividades. La con que se promueven los intercambios, la educación centralizada, la distribución productos desde ese centro de las pequeñas huertas, las diversiones, llenan los de algo más ambicioso, más grande, más brillante que en otros lugares determina ción de los campesinos hacia las ciudades.

nuevo plan, la nueva empresa de Israel, se está imitando ahora en muchos lugares a, del África, de Sudamérica. Golda me relata lo que se ha hecho en Burma, y en de las nuevas repúblicas africanas, con la ayuda técnica, o mejor, con el consejo y iencia de Israel. Ahora mismo se están estudiando planes para Bolivia y el Brasil. ombia quiere, me dice —y me lo dice con aire de mujer fuerte, de madre de le mostraríamos a los colombianos lo que hemos hecho, y les ofreceríamos e partícipes de nuestras experiencias. Traeríamos acá jóvenes de Colombia, les mos en cambio a algunos de los nuestros”.

turalmente, esta mujer que ha defendido, como aquella Inés Suárez que fue con la fundadora de Santiago, su ciudad y su república, mira sin egoísmo cómo extender más allá de las fronteras de su país las lecciones que ha sacado de la más raña de su tierra.

El recuerdo de la señora Roosevelt

Golda Meir, ya está visto, es la mujer más fuerte de Israel, como Ben Gurión el hombre más fuerte. En esto hay que usar el vocabulario de la Biblia. Ella y él son dos figuras que vienen directamente a los pedregales de Palestina. Golda no es una mujer de manos de marfil. Es una mujer duramente trabajada que entiende cierta fuerza de aquella que inspiraba a otra mujer de otro hemisferio: a Gabriela Mistral. Quizás una vez en Nueva York, se verían las dos, y se entenderían. Sólo que Golda Meir es, si no, práctica, ceñida a la realidad. Sus manos fuertes son de las de la escuela del trabajo duro.

Al volver me encuentro a Golda Meir más fresca que cuando la vi hará cosa de un año. Viene de las Naciones Unidas, y antes de una semana tornará a Nueva York. Mañana hablará en el Congreso. Es tiempo de lucha, y en la lucha Golda Meir se crece. Su piel, que ha sufrido lo mismo la caricia de la nieve o la del sol, la encuentro sana, casi diría rozagante, sin manchas de avellana, brillantes. Me habla largamente de Kennedy, del caso de Cuba, de los problemas rusos que se están desmontando en el Caribe. De los líderes obreros que han muerto en esta semana de la América Latina y de las doscientas becas anuales que Israel ha concedido a la Organización de Estados Americanos. De los africanos que estudian en Tel Aviv. "El África nos interesa, hemos ayudado a su liberación y ahora a su independencia en la vida independiente —me dice— pero claro que la América Latina es nuestro primer amor. . ." Sonríe. Es una manera de decir. Lo cierto es que aquí han ido a construir la república grupos de argentinos y uruguayos, que ha habido y hay muchos en puestos eminentes, que por Israel se batieron en las Naciones Unidas contra los aztecos y uruguayos, que ahora hay una misión israelí que estudia la reforma agraria en Brasil, en Bolivia, en Venezuela..." Y tenemos en la universidad un instituto de estudios y el busto de Jorge Isaacs".

Al hablar hablamos largamente del viejo problema de los refugiados árabes, que hace quince años están parados al otro lado de la frontera, recibiendo un subsidio de las Naciones Unidas. Allí están sin hacer otra cosa que mirar con un ojo nada fraternal por encima de la barda de espinos de la frontera. Golda Meir decía en Nueva York hace dos años: "Nosotros hemos recibido en estos años un millón de refugiados: nos han venido desde tres continentes. A cada uno le hemos dado casa para que viva, tierra para que labre y le hemos puesto en la mano una herramienta. ¿No podrían hacer lo propio sus hermanos los árabes con sus refugiados?..." Para Golda Meir, al otro lado de la

lo que hay es un ejército dormido: velando. Si les abren las puertas, el ejército entrará en Israel a hacer la revolución por dentro. "Habría otras maneras de nosotros, me dice ella, pero si de suicidarnos se trata, quizás escogeríamos una fórmula . . ."

Como se ve, la variedad y animación de los temas basta para que los ojos de avellana de Golda Meir brillen como niños. Y así brillaban cuando, cambiando el tema, le recuerdo a la señora Roosevelt. La noticia de la muerte de Mrs. Roosevelt había llegado esa noche. No he terminado de nombrarla, y ya están velados los ojos de Golda Meir, que cierra los párpados. Este sencillo homenaje a su recuerdo me parece que vale por todos los que se han tributado a la mujer fuerte y sonriente de Hyde Park, Mil veces vi y oí a la señora Roosevelt, pero siempre la recuerdo como la encontré una vez en la cafetería de las Naciones Unidas, en línea, esperando turno, llevando ella misma su azafate. Aquella experiencia singular es la gemela de Golda Meir, y por años las dos se confiaron dudas, esperanzas y esperanzas. No hace ocho días, desde el hospital, la señora Roosevelt le escribió a Golda Meir: "Cuando venga, como aquí en el día no dejan un minuto libre, nos veremos a la hora del desayuno. . . Así lo hacían siempre. Así la encontró Golda un día, diciéndole por teléfono a Stevenson que mantuviera su candidatura. . . Así la vio una vez pocas semanas, cuando a la infatigable americana aún le quedaban fuerzas para salir a campaña electoral, a luchar por los demócratas. Sólo en Israel, las dos mujeres se reunían a la hora de la cena. . . Pero aun así, cuando la señora Roosevelt venía a ver lo hacía cada tres años, traía su programa bien definido y compacto. Siempre, a ver algo de lo que tres años antes tenía visto, y luego, las sorpresas, las cosas

que la señora Roosevelt venía de un ya viejo mundo a ver aquí un nuevo mundo. Y las dos mujeres se sentían rejuvenecer viendo cómo nacen esas cosas en que hay un impulso de libertad. Que las dos se entendían, lo están diciendo los ojos húmedos de Golda Meir.

Martin Buber, yo y tú

Martin Buber se ha pensado como un candidato al premio Nobel. Así lo dijo Raskinold. Es un viejo de barba blanca, como Tolstoi, como Tagore, que ha hecho de existencialismo una filosofía mística y poética. Vive en una de las calles más hermosas de Jerusalén, donde las casas nada ostentosas, discretas, siempre de piedra, están ocultas por los árboles. Poco ruido. Y ningún ruido en la sala de trabajo del viejo, atestada de libros y de papeles, de historia. La esencia de su filosofía está condensada en un librito: "Yo

y tú. El mundo del hombre es doble, de acuerdo con su doble actitud. La actitud del yo es doble, de acuerdo con la doble naturaleza de las primeras palabras que usa. Sus palabras primarias no son vocablos aislados, sino combinados. La primera es la combinación *yo-tú*. La otra palabra primaria es la combinación *yo-eso*; aquí, al usar el primer vocablo, él o ella pueden reemplazar a *eso*. Por lo tanto, el *yo* del *yo-tú* también es doble. Porque el *yo* de la primera palabra *yo-tú* es diferente de la palabra en *yo-eso*..

Lo que quiere decir que la base de la filosofía de Buber es el diálogo. Todo lo que es *yo-eso* en que el hombre físicamente se apoya, lo que lo rodea, lo que ve, no es sino el escenario de su teatro. Pero para que el hombre "yo" sea completo, ha de comunicarse con el "tú", que en una esfera más alta es la comunicación con Dios. Filosofía apasionada, que se basa en el amor. Las cosas se rinden ante la evidencia del hombre que habla con su igual. El encuentro del *yo* y el *tú* tiene tal intensidad, que sólo en ese momento el *tú* tiene presente. Todo lo demás es pasado, como una muerte inevitable. "El yo sólo presente, dice Buber, sólo existe en virtud del hecho de que el *tú* haga acto de presencia. El *yo* en la palabra primaria *yo-eso*, esto es, el *yo* que no se enfrenta a ningún *tú* que está rodeado por una multitud de contenidos, no tiene presente, sino pasado".

Lo que esto no quiere decir que cuando se llega a visitar a Martin Buber él vaya a tratar con quien se le aparece de repente. El hombre con quien él se encuentra puede ser una oportunidad de diálogo, y nada más. Si la gracia del momento no permite que el diálogo se desarrolle, Buber colocará al visitante en la antesala, es decir: en vez de decirle *tú* en la segunda persona, le dirá *usted* en tercera, y lo pondrá tan lejos como es lejano siempre el encuentro con Buber, por consiguiente, es una de las más grandes aventuras del mundo, y es curioso que lo aborda se queda esperando saber si será un *tú* o será un *usted*. El mismo ha dicho: "Está dentro de la exaltada melancolía de nuestro destino que todo *tú* en el mundo se convierta en un *eso*". Ahí está la parte dura, cruel de esta filosofía que

un realismo impresionante cuando el *él* o *ella* que se acercan al diálogo y no lo son, quedan reducidos a una cosa, a un mueble, a un pasado. A un *eso*.

En estos instrumentos de apasionado acercamiento, de relación íntima, y de repudio urgente, Buber ha rechazado el existencialismo de Kierkegaard, que encuentra casi nulo el mundo. Kierkegaard veía en los otros hombres individuos aislados que eran más bien un vehículo que una compañía para ir en busca de la salvación. Yo le hablo a Buber de los místicos españoles; de Santa Teresa, de quien Buber publicó hace años parte de sus escritos. Me refiero a ese existencialismo que tanto se menciona de los iberos. A él no le interesa. "En el éxtasis —dice— hay una entrega, un abandono". Buber, no: Buber busca el diálogo activo, la comunicación mutua.

En todo esto no hay un juego de palabras, sino una tensión de vivas emociones. El mundo en el que *tú* en el mundo está por su naturaleza destinado a convertirse en cosa... El *eso* es la mariposa. El *tú* la eterna mariposa". En algunos momentos, Buber logra figuras tan ricas de realismo, que hacen de su discurso filosófico una pieza literaria estupenda. Me refiero al hombre con quien topamos, deseándole bienestar o dándole las seguridades de la vida, o de la devoción o encomendándolo a Dios. ¡Pero qué indirectas son estas fórmulas religiosas! ¿Cómo podríamos distinguir hoy el vago '¡Ave!' de su significado original que confería poder? Comparemos estas fórmulas con el siempre directo saludo de los kaffir, con su directa relación corpórea, cuando dicen: '¡Lo veo!', o la directa y sublime variación americana: '¡Lo huelo!'".

Después de haber conversado durante una hora con Martin Buber; le doy las gracias por haberme escuchado. El me despide muy atento, así: "He tenido mucho gusto de recibir a *usted* en mi casa. El subrayado es mío. El, sencillamente, me ha dicho usted.

El traductor de “María”

Roly Komorovsky es un gordo optimista que nació en Varsovia —¿hará cuarenta años?— pero que se expresa en un español perfecto, quizá con un dejo chileno. Me habla con entusiasmo de las novelas de Rómulo Gallegos. Para él, mejor sería traducir al hebreo “El Pobre Negro” o “El Pobre Negro” que “Doña Bárbara”. Lo cual indica que, al menos, ha leído bien los tres libros. Y tiene gran entusiasmo por “La Vorágine”. El mundo de la lucha contra la naturaleza, es un mundo que los hebreos conocen muy bien y les interesa. Pero en lo que se ocupa ahora Roly Komorovsky es en la traducción de “María”. Encuentra que Isaacs resolvió en su tiempo problemas de la novela moderna. La novela como juega con los verbos —el pasado, el presente, el futuro— en un mismo tiempo le hace pensar en escritores cinematográficos de nuestro tiempo. La novela es una historia desde el nombre, “pero recuerde usted —me dice— que a María la llamaba el judío cuando quería decirle algo más íntimo o cariñoso”. Esto, naturalmente, le da una idea. Y la manera como sabe alabar Isaacs el valor de los negros, como recoge las historias de África, como recuerda los cantares de los bogas... es aproximarse a la novela contemporánea.

En estas cosas, en un rincón de Jerusalén, ver ya los originales de la novela americana listos para entregarlos a la imprenta —el libro saldrá en mayo— es un buen momento para ver de cómo las cosas nuestras se mueven en Israel. Pero ¿por qué ese judío de Jerusalén sabe tanto de América? La explicación, siendo muy simple, es la misma que encontramos en muchas circunstancias de Israel. Roly Komorovsky —¿se habrá llamado así cuando salió de su tierra natal a los seis años, y luego, hasta los veintiséis, estuvo en Chile?— es chileno. El chileno absoluto, total. Ahora, quien se admira de que, puesta “María” en hebreo, la encuentren magnífica los judíos, es Komorovsky. Ese lírico fondo bíblico de la novela de Isaacs coincide con el lado poético de los hebreos, y en esta época de transiciones, “María” viene a set un anillo romántico que une a dos continentes. Komorovsky ha organizado lecturas de los capítulos ya traducidos y sus oyentes han reaccionado con esa poesía americana que tiene algo de las bellezas de Ruth o de las mujeres de Salomón. En el fondo, queda viva esta pregunta: Los españoles que se convirtieron a cristianos —como pudo ser el caso de muchos de los que vinieron a América— ¿se salvaron como un recuerdo poético de sus abuelos la rama dorada del Viejo Mundo? ¿No se ve en el atisbo de una vida, como la de Isaacs, la persistencia de esa poesía romántica que más que de Chateaubriand o de Saint Pierre pudo venir de la Biblia?

curioso, pero en una nación tan distante por su alfabeto, por su lengua, de
s, como Israel, la gente se familiariza con Gallegos, con Isaacs, con Rivera, con
es, con Horacio Quiroga, con Jorge Icaza, más que los grupos literarios de Europa.
e está más cerca de la América Latina que en Londres o en París. Roly
ovsky, haciendo conferencias, o cursillos, lo ha comprobado muchas veces. Y le
ma. Porque, como es un chileno...

El bronce de Jorge Isaacs

Palabras del autor al descubrir
el bronce de Isaacs en la
Universidad de Jerusalén.

entro de cinco años va a cumplirse el primer centenario de la publicación de
, la novela de Jorge Isaacs, que figura en todas las historias literarias como la
on más pura y acabada del romanticismo en la América Latina. Este libro ha sido
Cantar de los Cantares. Pero así como el poema de Salomón es una rosa de
es y amores que se abre en la mitad de un testamento cargado de profundo
o, de luchas fabulosas, de voces proféticas, de dramas tremendos, "María" surge en
érica española que después de tres siglos de espera colonial, de una lucha a muerte
ndependencia y de medio siglo de anarquía y de violencias, va a pasar por cien

trabajo, de agonías, de ilusiones y desilusiones, en una constante lucha por su independencia y su libertad.

El romanticismo entre nosotros es puramente literario. Nace como un principio de acción. A tiempo que la escuela en Europa lo que deja principalmente son obras de ficción, novelas con suicidios, evocaciones maravillosas de héroes medioevales, hechos con personajes de la bohemia, en la América indoespañola el gran autor es el Libertador, y la obra maestra del movimiento consiste en la fundación de repúblicas libres donde por trescientos años había dominado un imperio.

El romanticismo entre nosotros no es un reflejo de lo que escribieron Scott, Dumas, Stendhal o Saint Pierre, sino anticipo de lo que serían las noches de Hernani en que se apasionaron los apasionados de Víctor Hugo, o de las campañas de Byron por la libertad de Grecia, o de las gentes de Mazzini y Garibaldi. Nosotros tenemos el romanticismo como una fuerza constructiva que inflama el centro de nuestra historia, y que en un momento de crisis y de ensueños se expresa en la novela de Jorge Isaacs. El romanticismo en América no es una enfermedad pasajera de la literatura, sino ese fulgor de la vida ardiente que en todos los siglos ha tenido sus héroes y sus profetas, sus apóstoles y sus mártires. Después de todo, y hablando en términos universales, un romántico puede haber existido en el siglo XV o en el XIX: románticos han sido los constructores en nuestro tiempo de la república de Israel, y romántico fue Moisés, que inicia en la historia de los judíos la lucha por la independencia, cortando mares y atravesando desiertos. Y pronto serán quienes vengan mañana a saldar las cuentas muertas que nos deje este mundo de hoy —mundo de fe vacilante— para abrir otra vez a todos las ventanas de la vida y la ilusión.

Colombia ha querido ofrecer a la república de Israel este bronce de Jorge Isaacs, pero ha hecho sólo para que se vea ese puente de poéticos encantos que tendió Isaacs entre el mundo de su raza hebrea —la nación que tuvo un rey que tocaba el arpa— y la tierra, la tierra de su nacimiento y de su vida, con ciudades donde se dice que se agolpan los habitantes por el número de sus poetas. No. En un bronce romántico hay, más que la voz común de una campana que toca a independencia y libertad, lo mismo en la historia del Asia que en nuestras distantes tierras de América.

Jorge Isaacs fue un hombre de acción y de contemplación. Escribió los primeros capítulos de su libro en un campamento, trabajando en la construcción de un camino que iba hacia Cali con el mar. Se hizo militar en las guerras civiles para empeñarse en la muerte por combatir las dictaduras. Salió de un hogar en donde se acataban las leyes, se fue inclinando hacia el partido que representaba los más ardientes

los de libertad, y así llegó a ser miembro del Parlamento. Exploró las selvas y fue el primero que conoció en ciertas comarcas del nordeste colombiano las manchas de óleo. Puso su firma en una ley que declaraba ciudadanos de Colombia a los paraguayos, sólo porque los paraguayos habían sucumbido en una guerra internacional que dejó desamparados, sin casi un hombre vivo entre los veinte y los cincuenta años. tantas las luchas en su vida, tan duros los golpes de la fortuna, tan contradictorios los momentos de su gloria y su miseria, que de él se ha escrito un libro en que se le da el nombre de "Caballero de las Lágrimas". Al final de su vida se enfrascó en lecturas del Viejo Testamento, como su abuelo lo había hecho en Jamaica durante toda su vida. Jorge Isaacs fue católico, y quizá por esto su novela se llamó "María". Pero no dejó morir en su obra los textos de la Biblia. Y tal vez ahora mismo se estremecerá su alma de bronce en la cerca de la torre de David.

En el fondo del Valle del Cauca, no lejos de la ciudad de Cali, hay una antigua finca, y la casa de campo más evocadora a donde no hay colombiano alguno, ni extranjero, que no entre con grandísima emoción. El nombre de la casa es un nombre que aquí en Jerusalén, como allá en Cali, tiene el mismo sentido: se llama "El Paraíso". Ahí, en "El Paraíso", se desarrolla toda la novela de María. Se puede ver, como en los años, la misma alcoba donde dormía Efraín, y a donde llegaba en su ausencia a poner unas flores en el florero de la mesita de noche. Ahí está la ventana desde donde el novio enamorado vio a la novia en el jardín. Ahí la alberca donde María regaba las flores. Ahí la piedra en donde transcurrieron los mejores momentos del amor. El corredor a donde llegó la cierva como un dibujo vivo de Walt Disney. "El Paraíso" es toda la novela. Ahí todo es intimidad. Hay una verdad realística y poética, que el tiempo no destruye. Isaacs la dejó escrita para siempre. Los románticos como Byron, Keats, Wordsworth, o Saint Pierre eran de imaginación fugitiva. Hacían el romanticismo de lo efímero. En América, el romanticismo no se aparta de su paisaje, de sus ríos, de sus montañas. Este amor a la tierra, que aquí en Israel ha hecho nacer los montes, saltar de las montañas el agua, florecer las rosas y los lirios del campo, lo anticipó Isaacs en nuestro Valle del Cauca cuando uno a uno los troncos de los árboles, las hierbas de los prados, las flores de los campos, como si por primera vez por el paisaje de América se pasara la mano con amor. El amor en la novela es el de Isaacs y el paisaje. Se puede decir que en "María" hay un amor a la tierra, y este que traslada sus más hondas emociones a la contemplación de los paisajes diurnos y de los nocturnos misteriosos no es menos cargado de arrobamientos que los de Efraín y de María.

Los hombres que han conocido desde sus más remotos tiempos peregrinajes por los campos, los exilios, sórdidas veladas en las ciudades grandes; y aun los que por fuerza han seguido sus afanes, cuando triunfan, al comercio y a la banca, lo que llevan en el fondo

almas peregrinas es una nostalgia de los campos verdes, es una sed infinita de es un recuerdo de cedros y de rosas, de trigos y de lirios, que se desatan en la de la tierra cuando la tierra vuelve a estar entre sus manos. No hay que derse si el hijo de aquellos judíos de Jamaica, cuyos abuelos Dios sabe qué áridas de siglos pasaron, al encontrarse en medio del Valle del Cauca, en una casa "El Paraíso", sintiera, como nadie los había sentido antes, el encanto del agua en cada, el perfume del campo, la caricia del aire, la luz filtrándose en los montes Ver y sentir serían para él un mismo acto, un mismo verbo, que engendraba los s como caricias del alma.

de Isaacs es casi otro romanticismo. Sin desbordamientos, aun en los momentos de imas. Sin nada de estridencias ni barrocas elocuencias, con más silencios que s^ todo estremecido por un recogimiento religioso. El deja que fluya la poesía,orre el aire. Ha visto con tal exactitud las escenas violentas en la selva del Chocó, argentino, Anderson Imbert, encuentra en Isaacs al precursor de ese Horacio, que fue en el Río de la Plata el Rudyard Kipling de sus tierras vírgenes. Pero ha mbién, como dice el peruano Luis Alberto Sánchez, la selva antes de la caída, e que la hicieran infierno verde los novelistas de nuestros siglos de las vorágines. do la gran novela americana, como lo apunta el belga Edmond Vandecameen al r la última traducción de la novela, la traducción francesa, hecha para la O, que la ha ofrecido entre las obras más representativas de la literatura universal. do, como escribe la gran puertorriqueña Concha Meléndez, la posibilidad más a la atmósfera del Nocturno de Silva, el primer gran poema, y el más bello del smo. "María", dice el uruguayo Alberto Zum Felde, es la flor más pura e sible del romanticismo hispanoamericano.

y en Colombia una provincia que tiene el nombre de un paisaje: se llama Valle del En cierto modo, es la provincia de Isaacs. La del Paraíso, la de María. De allí se ha a la Universidad de Jerusalén la cabeza de bronce que hoy descubrimos en esta uando las nuevas generaciones israelíes, que hayan leído la novela, vean este monumento, recordarán hasta qué extremos pueden vibrar las cuerdas en el arpa o rey cuya torre casi tenemos a la vista.

Primer relato de Jana Szenes

Jana Szenes nació en 1921 en Budapest. Su padre fue el escritor Bela Szenes. Cuando tenía trece años comenzó a escribir su diario. La primera línea dice así: "Budapest, 9 de enero. Por la mañana fuimos a visitar la tumba de papá". Diez años más tarde escribió la última página, desde un kibutz, en Israel: "1944. 11 de enero. — Esta semana voy a Egipto. Estoy movilizada".

El diario de Jana se encontró, con su valija de libros, en el kibutz, cuando hacían la limpieza y habían fusilado. Entonces conocieron sus compañeros sus versos. Jana era un hombre de carne y hueso, un canto apasionado que no necesitó el certificado de los versos para mostrar su poder lírico. En Budapest había publicado algunos poemas. Pero cuando salió de Hungría, empujada por su ideal aventurero, sólo quiso ser una llama al viento. Como dijo nuestro Porfirio Barba Jacob, "el viento la apagó". Hoy duerme en el cementerio de los héroes de la liberación de Israel. Su tumba es tan sencilla como la de los demás, un rectángulo de tierra del tamaño de un catre de campaña y a la cabeza una almohada de piedra, pulida sólo donde está escrito Su nombre y su fecha. El cementerio es una colina de piedras labradas. Caminos de piedras, terrazas de piedras. La tumba de Jana forma parte de un grupo de siete, en un alto. Los siete fueron paracaidistas. Sin mujeres.

Se han visto algunas fotografías de Jana. Instantáneas de Kodak. Primero, cuando era niña en Budapest. Está vestida como para un baile. Bailaba con loca alegría. Era aficionada al tenis, de ping-pong. Soñaba saliendo a las orillas del lago en las rondas de la muchachada. En su diario escribía: "Me puse mi vestido nuevo. Sobre el pecho celeste hice colocar tul y en la cintura una rosa. Quedó muy lindo. Me peiné". La fotografía siguiente está tomada en la escuela de agricultura de Nahalal: Jana, de campesina, pantalones, la azada al hombro. Había sido una estudiante notable en Budapest. En la mejor de las revistas literarias un crítico severo elogió sus poemas. "Ella tenía una palabra de hebreo, y era judía". Comenzó a leer del sionismo. La exaltó la idea de llegar a una tierra en donde nadie le preguntara: ¿Es usted hebrea? Se entregó a la lectura. Un día se dijo: "¿Para qué estudiar literatura húngara?" Y se embarcó camino a Palestina. La escuela del trabajo era dura. Un día se confiesa: "A veces siento como si me estoy equivocando. Si en esos momentos me hubiese sentado a escribir, las letras estarían manchadas por las lágrimas. Lavo, barro, arreglo..." A su patria de nacimiento sólo la llamaba por dos nombres: el de su madre, y el de su hermano. A Israel, su corazón. En otra

ya está con las gallinas. En la escuela le confiaron seis gallineros, cada uno con gallinas. En otra fotografía está con una vaca. Escribía en el diario: "Cuando una encapricha y no quiere levantarse, ni mover las patas, ni acceder a mis ruegos. . . ho la ocasión de que los que andan por los alrededores no entienden húngaro y s le deseo a ella, a la vaca, todo cuanto no puedo expresar en hebreo, pues aún no ndido a maldecir en nuestro idioma". En la fotografía Jana sonríe entre los cuernos ca. ¿Valía la pena venir a Israel? Sí. "Valía la pena venir y tener la sensación de bre de pensar sobre cada menudencia si es permitida o no a los judíos".

eso es todo en la vida de esta muchacha

e representa el destino heroico de una alma que se tira a todos los riesgos, que hasta que se le rompen las uñas y le sangran las manos por conquistar una sola propia libertad. Aquí ya su figura excede los límites de su pueblo hebreo, y nos todos como símbolo humano. Ahora, en la intimidad de su diario, canta en la fiesta a, porque el agua ha llegado a las tierras secas, canta a la fiesta de la cosecha. conocemos los anchos campos dorados, Cargados de sol y de oro. Aguardan al Las espigas enhiestas inclinan sus cabezas cargadas. . . Ya han gozado del abrazo erra, del "ioré" (la primera lluvia) y del "malcosh" (la última), del sudor del or, del calor del sol, de la canción del viento. Las semillas están en sazón: se ha do la continuidad de la vida...

el se tornó en una isla rodeada de fuego. Zumbaban las balas en torno. Hitler a en Berlín. Vino la movilización. Jana tenía formada una decisión secreta. Entró en el cuerpo de paracaidistas. Volvería a su tierra de Europa, a sacar a su madre. un día a su hermano: "Debo prepararte para el instante en que te encuentres aquí, de los límites de este país, aguardando el momento de encontrarnos después de seis cuando preguntes: '¿Dónde está ella?' te contesten: '¡No está!'

ego, escribió a un amigo: "Parto con alegría, en forma espontánea y libre y con conciencia de las dificultades a sobrellevar..."

a dar el salto mortal desde las nubes.

Segundo relato de Jana Szenes

ella tenía veintidós años. Vestía de soldado. Todo en ella era encanto femenino, y la ilusión de libertad. Cuando pasó en la fila de los futuros paracaidistas para que le asignaran el equipo, los ingleses la miraron con asombro. Un sargento le dijo a un compañero de Jana: "Hace tiempo que trabajo aquí. Es la primera mujer que veo".

Los ingleses asombraban lo mismo los americanos. Jana no se daba cuenta de estas cosas. Ella estaba en su misión. Al entrar en el avión le dijo al compañero: "Recuerda: sólo quien sobrevive, muere". Dentro del vientre de la máquina los soldados estaban en silencio, miraban unos contra otros como si quisiesen experimentar este último contacto con la vida. Eubén, uno de ellos, miró a Jana. Dice: "Su rostro irradiaba, toda ella despedía una luz de alegría; guiñó un ojo, agitó su mano en gesto de estímulo y sobre su rostro flotó una sonrisa cordial, infantil". Y con esto, de todas las caras huyó la máscara de la guerra.

Ellos habían vivido en Yugoslavia. Tierra de guerrilleros, de sorpresas escondidas, de sorpresas ocultas. La veían con su uniforme de oficial británico, el revólver al cinto. Por donde ella se levantaban los ojos y la seguían los corazones. Los alemanes habían ocupado a Yugoslavia. Jana lloró. Fue la primera vez que se la vio llorar, allá estaba su madre. Dijo a Eubén nada más: "¿Qué será del millón de judíos de Hungría? Ellos en poder de los nazis, los nazis aquí..."

En la guerra las cosas habían comenzado el juego entre la vida y la muerte. Jana decidió cruzar la frontera. Ya no tenía ella *fe* en los guerrilleros de Yugoslavia: le decían que pasar la raya significaba perder la vida. Lo era, en cierto modo. Una noche, guerrilleros y paracaidistas se reunieron en cualquier rincón de una aldea, y llegó una mujer con las cenizas de la guerra en los cabellos. Quería expresar a ese puñado de locos libertadores la historia de los tirios de su pueblo. Cuando la mujer volvió a las sombras, Jana se veía como si había salido del túnel de la muerte. Escribió estos versos, que hoy están grabados en oro sobre una piedra: "¡Bienaventurada la cerilla que ardió y encendió llamaradas. Bienaventurada la llamamarada que ardió en lo recóndito de los corazones. Bienaventurados los corazones que dejaron de latir con honor. Bienaventurada la cerilla que ardió y encendió llamaradas!"

Esa noche salieron en grupo unos pocos. Salieron de la aldea, al revés. Como si no hubieran ido hacia la frontera. Besando la tierra entre las sombras, agarrándose de la ilusión, de la esperanza, de la raya. Se encontrarían o en la sinagoga de Budapest el sábado, o el domingo

la iglesia mayor de los cristianos. Y se perdieron por los senderos del azar. Pero ni lo se vieron las caras en la sinagoga, ni el domingo en la catedral. ¿Quién podía la Gestapo? Cuenta Joel que estando en la cárcel, el guardián le dijo: "No te nadie te va a tocar". Le dijo Joel: "Me colgarán". Y el carcelero: "No seas tonto: se procede con tanta prisa. En este propio calabozo estuvo una muchacha de Israel ce ocho días, y sólo la han condenado a cinco años".

habían cazado como a una rata. Golpeado hasta dejarla verde. Le habían dejado onrisa: sin dos dientes. Descubrieron a su madre. La llevaron a la cárcel. Si Jana esaba, matizarían a la madre en su presencia, la fusilarían. Jana no confesó, no no cedió. Un día se oyeron dos disparos en el patio. Después se supo que Jana no o que le vendasen los ojos.

oy repasando hoy las páginas del libro de versos de Jana Szenes. Parece una ría de la mujer heroica haber escrito páginas tan simples y transparentes. Pero en o, con esa manera suya de sondear profundidades, con esas experiencias de una ida sobre la cornisa de la muerte, realmente era simple y transparente. En su diario se ve. Escribía: "Cuando contemplé las olas del mar estrellándose contra la costa ia y cólera, y vi cómo, una vez golpeada la orilla, se aquietaban y tornaban as, apacibles, pensé "tal vez el ruido, el entusiasmo, nuestro enojo no sean otra Cuando las olas llegan, están cargadas de juventud, de impulso: en la costa se y entonces juegan con las arenas doradas como niños buenos".

s compañeros de la cárcel, en la antesala de la muerte, dicen que Jana sonreía n encaje de espuma sobre la arena rubia. Y les contaba historias de niños...

Relato de Ruth, la moabita

¿Y, ¿hace cuántos años? ¿Cinco mil? ¿Diez mil? Y, sin embargo, lo he visto ahora a una campesina. Como si hubiera sido ayer. Los bailarines del Yemen, que sacan de la vida popular, han hecho de la vida de Ruth un ballet tan fino, tan ceñido al texto que el occidente no se hallará espectáculo de danza ni más artístico, ni mejor logrado. La auténtica vida de una aldea.

Esta era Belén. Se animaba el mercado más que de costumbre en los días de la siega. Cuando Noemí, por tantos años ausente, que regresaba de los campos de Moab, volvió a lo lejos su aldea de Belén, le dio un vuelco el corazón. Los campos de trigo se extendían en torno como puños de oro. Era cierto lo que le habían dicho: "Jehová ha hecho para darle pan". Pero Noemí regresaba vencida, derrotada. En Moab había perdido a su marido y a sus dos hijos. Ahora, en Moab no encontraba ni pan, ni apoyo. Las mujeres eran hermosas. ¿Por qué no regresaban las nueras a los hogares de sus padres? ¿Por qué no con Noemí a Belén? "No me sigáis: volveos, que yo ya soy vieja para varón. Y la granza tengo, y esta noche fuese con varón, y aun pariese hijos, habríais vosotras de ser fuesen grandes. ¿Habríais vosotras de quedaros sin varón por amor de ellos?"

Y las nueras, besó a Noemí y se alejó. Ruth, la otra, se empeñó en seguirla. Noemí y Ruth. Noemí vieja, inútil. Ruth, joven, útil. Noemí veía, bajo el sol, los espigas de las espigas como las armas del desierto. Ruth, los campos dorados, como la tierra que ella volvía a su tierra. Ruth era una moabita, una extranjera.

El rumoroso que nunca. Lo hacían rumoroso los pájaros y los hombres. En el verano, las bandadas de gorriones que despiertan a los segadores trinando a todo trinar. Y muere los gorriones que regresan al pueblo soltando esa lengua que en las horas de labor se tragan. Y en una feria. Bailar, cantar. Contar historias. En eso estaban cuando entraron una bruja, Ruth, fresca como una amapola. Todos los ojos se volvieron a mirarla. Ruth conocía. Las miraban y remiraban. Un descubridor rompió el misterio: "¡Esa es Ruth! ¿La bella Noemí que una vez salió tan sólida, tan bien plantada, con un marido tan hermoso, reducida a este rostro de la miseria? ¡Noemí, Noemí!" —gritaron y corrieron—. Ella los contuvo: "No me llaméis Noemí, llamadme Mara, porque es grande el dolor que me ha puesto el Todopoderoso". En hebreo, Noemí quiere decir "placentera".

Y las cenizas, y se vean, rojas, las brasas del amor. Celebremos el retorno de Noemí. A cantar. A cantar, a cantar, a cantar. A Noemí le volvió a golpear la sangre el corazón.

a, le subió la sangre a las mejillas. Amapola.

oras. La marea de los pájaros trinando se rompía contra las espigas. Ruth salió al recoger las espigas que dejaran perdidas las segadoras. Rastrear. Booz preguntó al a la siega: "¿Quién es la moza forastera?" "La hija de Noemí: ha suplicado le espigas perdidas". Dijo Booz a las segadoras, en voz baja: "Haced las descuidadas en el rastrojo". A la hora de la merienda, Booz llamó a Ruth: "Allégate aquí y b". Comió hasta que se hartó.

on mis criados hasta que hayan acabado toda mi siega". Noemí le aconsejó: "Mejor algas con sus criados, que no te encuentren en otro campo". Y siguieron las siegas. unirse a sacudir las espigas y a amontonar el grano, porque en estos ejercicios se e cruzan las miradas. Y se sabe.

sa, una maestra. Le dijo a Ruth: "Hija mía, ¿no te tengo de buscar descanso que te avienta esta noche la parva de las cebadas. Te lavarás y te ungirás, y vistiéndote cuando él se acostare, repara tú el lugar, e irás y descubrirás los pies, y te acostarás que hayas de hacer". Booz comió y bebió y con el corazón alegre se retiró y se do de una gavilla. Entonces Ruth, calladamente, descubrió los pies y se acostó. A se estremeció al despertar. Tenía, a sus pies, acostada una mujer. "¿Quién eres?" Bendita seas tú, de Jehová, hija mía: que has hecho mejor tu postrera gracia que la

a noche más alegre que nunca en el lugar donde se reunían mozos y mozas a as. Había que celebrar las bodas que ya se anunciaban de Booz y Ruth, la moabita. con todas las complicaciones de estos contratos en la aldea: Noemí era otra vez la placentera. ¡Las bodas! ¡Viva Noemí, dos veces suegra! Y como se gritaba en las Viva Booz y Ruth, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa de todas un hijo, y Noemí lo puso en su regazo, como suyo. ¡Lo llamaron Obed, padre de d!

alares de los yemenitas son así: se canta, se baila, al son de la flauta y el tambor, a de la Biblia.

Relato de Joseph Ayalón

En Varsovia, Joseph Ayalón era un zapatero. Martillando suelas, cortando cuero, crió su padre, y el padre de su padre, y el padre de su abuelo, etcétera. Sórdido era el aire, y todo hediondo a cuero. Le quedaba en la boca el sabor de las puntillas que los zapatos estaban apretados como entre un estuche. Callaba. Y soñaba en la tierra. La Biblia le decía que estaba en el desierto, en donde espigaba Ruth, de los cedros del Líbano. La Biblia era para Joseph un libro de niños. Walt Disney. El rabí era un niño viejo. Le crecían las barbas y seguía hablando de Ruth, de praderas inexistentes, de una tierra que dibujaba en el aire de la cabeza. Los años fueron haciendo más estrecha la Sinagoga y más cerrado el sórdido taller del zapatero, hasta que llegó el tiempo de las lamentaciones. Se hablaba de exterminar a los judíos. Comenzaron las matanzas. Joseph Ayalón se fugó. ¿Cómo? No se lo he sabido decir por entre los alambres de espinas, con angustia en el alma, corriendo como rata, hacia la frontera hacia Palestina. Y hace 27 años está en el kibutz Ayelet Hashahar, que quiere decir la flor de la mañana). Uno de los kibutz viejos, que tiene ya 42 años de vida. Joseph trabaja en todos: a limpiar el establo, a ordeñar las vacas, a cuidar gallinas, a sembrar en la tierra. Yo vine a Joseph Ayalón por simple casualidad. La casualidad me abrió una de las puertas del kibutz de la Corza del Alba.

En el kibutz de la Corza del Alba unas cuantas habitaciones para huéspedes. Se pueden así vivir unos días siguiendo la vida de estos trabajadores, de cuyas manos ha salido la historia del kibutz. Con los veteranos del kibutz, nos sentamos a la mesa. Nos servía un hombre fino, un veterano, estaba de turno atendiendo al comedor. Por turno, cada miembro del kibutz sirve en el comedor. Los días: un día limpia los baños, otro día barre el establo. . . Cuando Ben Gurión se fue al gobierno, volvió al kibutz de donde había salido, y un día limpió los baños, y otro día barre el establo. . . Así lo hacen en el kibutz de la Corza, del Alba quienes fueron zapateros en Varsovia. Yo vine esta vez a la mesa es un teniente coronel del ejército de Israel. Lo he sabido por

ega a teniente coronel en esta república es un hombre que ha ascendido por grados
as batallas más bravas que haya conocido la historia de las guerras. El teniente
ña hasta la puerta, nos pregunta si hemos estado bien servidos, y torna a retirar los

co años el kibutz, y lo encuentro transformado. Las pobres habitaciones de
vertido, por obra de los trabajadores de esta célula de un comunismo ideal, en
os donde ya hay baños privados y cada cual tiene su biblioteca. Hay ochocientos
utz, y trescientos son niños. Los campos cultivados se extienden en cosa de 500
omo una mancha de esmeralda desde los cerros vecinos. Los árboles frutales, en
ortinas de pinos que, como me decía un ladino, un sefardita, "cortan el aliento". El
os viñedos. Los pobres judíos han acariciado la tierra, han acariciado las piedras, y
los verdes perdidos, se ha refrescado con el agua olvidada. Pero lo que es más
kibutz son las flores. El centro de la pequeña población es un gran parque, con los
dados como en un rincón se ledó de Londres. No he visto rododendros más
de este kibutz. Y rosas y lujos y verbenas y dalias y azucenas. Se olvida, y es
o, que esto antes fue el sitio más seco y árido del mundo. Se piensa que se está en
o de Suiza, de Italia. . . ¿Quién ha podido poner tanta pasión en estas flores?

o por el jardinero. Querría estrechar su mano. Me lo presentan cuando justamente
nuevo jardín frente al comedor de los huéspedes. Le pregunto: "Antes de venir a
ido usted jardinero?" "No, señor: yo era zapatero en el ghetto de Varsovia". "¿Su
yalón".

LOS LIRIOS DEL CAMPO

El lago de Galilea

de la montaña tres ríos —el Hatzbani, el Dan y el Banias— que unidos forman el Jordán, en los pantanos de Hule. Libre el río, corre al lago de Galilea, donde ya es depresión de la tierra. El lago está a doscientos metros bajo el nivel del mar. A la salida del Jordán a correr en rápido descenso, para formar el Mar Muerto, a doscientos metros por debajo del nivel anterior.

Lago de Galilea, o Tiberíades, es azul y transparente. Los montes, las colinas que lo rodean en una lenta variación de verdes y violetas. El teatro de la vida de Jesús es de este color. Me he aproximado al lago por la orilla de Cafarnaum. Recuerdo lo que me contó el tío Manuel Romano, el gran pintor que hoy vive en Israel: "Hay en la esplendorosa naturaleza que se mueve sobre las aguas algo sobrenatural que me hace ver la imagen luminosa que se reflejaba entre el asombro de los pescadores".

El lago invita a esta clase de imágenes, de ejercicios espirituales. Se ha fundado el kibutz de Tiberías en la orilla opuesta a la de Cafarnaum. Sin proponérselo los pescadores y los que le han dado vida, se ha convertido en una colonia musical. En cierta época del siglo XX allí los músicos más famosos del mundo y los conciertos al aire libre reclaman la atención de miles de gentes que acuden a escucharlos. Debe ser muy diferente oír a Heifetz o a Menuhin bajo estos cielos, frente a estas aguas, con estos montes al fondo, que en el teatro de la Scala. O ver a Toscanini con su blanca cabeza gobernando aquí a su mundo orquestal. El lago es un mundo visto. . .

En estos lugares sagrados del cristianismo, éste de los bordes del lago es el que todavía conserva la poesía original sin que hayan podido dañarlo ni los arquitectos ni los turistas. Aquí todo se reduce a un aire transparente, a una luz pura, al viento que hace mover los lirios y las flores del campo, que hace sonar los trigos dorados, que empuja los rebaños de ovejas. En estas colinas Jesús hizo el milagro de la multiplicación de los peces, en estas orillas pobladas de aldeas de pescadores encontró sus primeros discípulos. En estas aguas, con una barca por púlpito, les hablaba a unos oscuros hombres, y su voz se tornaba luminosa. Los transfiguraba.

o es caprichoso. Unas veces se ve terso como un espejo. Otras, levanta olas. La gente suele decir "el mar de Galilea". Este escenario de unas cuantas prédicas inocentes que le cambiaron de era a los siglos, de rumbo al mundo occidental, no es de los caminos del mundo en tiempo de Jesús. La gran ruta comercial que iba de Egipto al Mediterráneo, pasaba por ahí. Se iba y se venía del mundo oriental a la ciudad de Roma, Alejandría, y tendrían que detenerse las miradas y contener los pasos ante este mar de agua, colocado como por encanto al pie del monte Hermón, cuyas nieves se ven en los propios meses del verano. Los griegos fundaron en estos contornos y las fundaron los romanos. Los gobernantes que nombraba el Imperio Romano en esta tierra conquistada bajo sus sandalias. La historia enseña cómo la conquista se hizo palabra de Jesús se movió por el mismo camino por donde llegó la tropa insolente, al revés. Un día sus ecos conmovieron a Roma, y la ciudad de los Césares pasó a ser Vicario de Cristo. Los griegos acudían con el coro múltiple de su vasta familia de oriente les respondía con el Dios único. Todo, a la orilla de un lago. Todo en las colinas idílicas. Todo al margen de unas aldeas de pescadores.

Los ciento setenta millones

En Israel, sembrados y crecidos, ciento setenta millones de árboles. 65 árboles por convertir un país de arenas en un país de bosques es digno de estudio. Esta es obra del ingenio judío, único en materia de las prestidigitaciones. La idea de hacerlo todo sin gastar un centavo. Los seiscientos cincuenta millones de dólares para la obra no vienen de ningún empréstito, no están grabando con un dólar al millón y Sara se casan en Montevideo, y el día de la boda comienzan a recibir así: "Nueva York, etc. Les deseamos mil felicidades con veinte árboles. Judith, y otras palabras: Judith y Moisés han enviado cien dólares al Instituto Forestal en como saludo a Salomón y Sara el día de su boda. Sembrar un árbol, y ponerlo a la al Instituto cinco dólares. El día que de la unión de Salomón y Sara nazca un llegarán telegramas de Nueva York, París, Buenos Aires. .. respondiendo a la del niño. Por cada niño que nace de judíos brotan árboles, muchos árboles en las raelíes. Como por cada enlace, en cada aniversario, o al morir un judío. Es la llenar esa manifestación que entre nosotros da lugar a coronas de flores que se de sufragios y misas. Muere Abraham Levy y nacen árboles. Así crecen los el es cada vez más verde, más frondoso.

Ordo hace veinte años y más, cuando iba a Israel, primero simplemente invitado, embajador de Colombia. Salíamos a conocer regiones, y veíamos en peñascales el sol a sembradores de árboles haciendo algo difícil de entender. Como el le va dando forma a un vaso de barro, ellos arrimaban guijarros para hacer un aban de tierra y sembraban su pino. Ignoro cómo se las arreglaban para que tuviera ar raíces y crecer. Sólo ahora, viendo los bosques nuevos, lo realizo. El Estado cosas semejantes. Los ríos antiguos de que hablan historia y evangelios de hace , se perdieron, y los descubrieron ahora, a metros de profundidad, bajo la tierra menzaron a brotar las aguas en surtidores para refrescar las piedras, mojar los dar a los árboles niños.

Historia de la erosión al revés, increíble, hay que verla, leerla, sentirla, porque es la dentro de este mundo nuestro que rinde culto al hacha que acaba con los montes, y do las montañas. Todo así. Quienes hacían los nidos de piedra entre peñascos eran agraciados zapateros de los Ghettos que nunca tuvieron una flor en la mano, ni una donde sembrar una col.

Yo le pregunto a quien me guía por el censo de los árboles, y me dice de los ciento

nes, me está hablando de un milagro que ha visto con sus propios ojos. Como si por qué, por amor a Dios, no hemos de hacer milagros nosotros mismos?

El milagro de los bosques

me ha impresionado de cuanto he visto en Israel como unos veinte judíos que van a sembrar los pinos para un bosque en el camino que va de Jerusalén hacia Beersheva. Era el mediodía y la furia del sol parecía reventar entre las peñas. Pasábamos por un lugar aún más árido que las ásperas cuestas retostadas. Sacar la mano por la ventanilla del automóvil era como tocar el fuego. Y vi a estos judíos, viejos, de luengas barbas, con un pañuelo amarrado a la cintura, haciendo nidos en las rocas para sembrar los pinos de un bosque absurdo, como una contradicción contra la realidad. Así han nacido todos los bosques de Israel. Estos veinte judíos, que dicen que pueden decir que lo que están haciendo es lo que ya hicieron quienes en trece años sembraron de manchas verdes el más árido rincón del planeta. Su tenacidad no es tan diferente de la de los que al llegar no vieron, en leguas a la redonda, ni la sombra de un solo árbol, sino verlos con las picas quebrando las piedras, al rayo del sol, con sus caras que son las caras de esos rostros inmóviles viejos de color de cera que en las grandes ciudades, en los barrios pobres parecen haber nacido sólo para ver cómo se les va arrugando la piel sobre la frente, los ojos hundidos, los labios secos. Ellos están buscando un verde perdido hace dos mil años, decididos a traerlo de vuelta al aire que huele a piedra seca el aroma de las resinas perfumadas. En 1948 se sembraron cinco millones de árboles. En 1957, treinta millones. Hoy van en cincuenta. El próximo año los próximos diez años es de cien millones más.

Se puede decirse que cuando hay un matrimonio de judíos ricos en cualquier lugar del mundo, hoy un bosque en Israel. El regalo de bodas se hace en árboles. Quien compra un árbol o diez árboles, pone en manos de la novia la lejana visión de los pinos que crecen en las tierras de la Biblia. Los veinte judíos que rompen las peñas al rayo del sol están convirtiendo en realidad el bosque que se ha hecho en torno a la novia. En el Viejo Testamento estaba dicho: "Una tierra buena, una tierra de arroyos y de manantiales que brotan en valles y montes, tierra de trigo y cebada, de sarmientos, higos y uvas, una tierra de oliva y miel, una tierra en que comerán pan sin escasez. .

Hay tantos bosques cuando una nueva criatura viene al mundo, para recordar la memoria del hijo, o porque los judíos de Buenos Aires quieren hacer simbólicamente un bosque. Se "suscriben" el bosque José de San Martín. Para el descanso de los turistas, se hacen "bellavistas", en una "bellavista", en el recodo de un camino, se hacen terrazas, donde se puede estacionar el automóvil y hay asientos y mesas rústicas para merendar. Y un puesto en donde se puede dejar un recuerdo: plante usted mismo su árbol. Compra usted su árbol, lo establece un punto de contacto que le hace sentir participe de los bosques que están en los caminos y en los peñascos.

mero ha sido ordenar las piedras, hacer con ellas muros de contención, terrazas. Las cuevas, los árboles contienen la erosión. Las cuevas duras y calvas se visten así de piedra. Luego, son ruidos de pinos, olivares. En el desierto del Neguev los vientos levantan las arenas movedizas. Ya los eucaliptos están aprovechándose para la celulosa, el papel, los algarrobos para forraje del ganado, los pinos y cipreses para las construcciones. Donde hoy están los veinte judíos con las picas rompiendo las peñas, a la misma hora, dentro de diez años podrán los novios que se casaron ayer en Nueva York sentarse a merendar en un restaurante que ellos mismos le dieron a un cierto lugar de su patria ilusión.

Las piedras y los montes

Los libros sagrados se habla de árboles que tendían chales de verdura sobre las montañas al rededor de Jerusalén. De eso no quedó sino la memoria literaria. Todo fue pelándose y no se vieron sino rocas calvas. Se talaron los montes, el agua se llevó la tierra, los cerros pedregales con rebaños de cabras que royeron las raíces.

Las piedras de Jerusalén son color de trigo maduro. Toda Jerusalén es de piedra. Las montañas son como la muralla que levantó Solimán el Magnífico. Las piedras de las colinas son como la calavera. Siguiendo el corredor de Jerusalén, a lo largo de un río seco —arenas blancas—, en muchos kilómetros, la montaña no parece sino un oleaje de piedra gris. La historia de Israel también tiene su Génesis. Tomando el hilo por la punta de Jerusalén, el Génesis comenzaría de esta manera: En el principio eran las piedras.

El agua que recuperar el agua y los árboles, la tierra y su verdura. Se sabía que los ríos no corrían por los hilos perdidos al pie de la montaña. Llueve a cántaros tres meses al año, pero no llueve en las vertientes peladas, en los cauces mordidos por el sol. El agua que cae de las nubes corría veloz al mundo subterráneo. Pegando el oído contra el suelo, se podía oír el canto de los ríos tapados. Moisés enseñó el camino: picar la roca. Para sacar el agua se sabía que hacer que el río corriese al revés, con bombas.

Sacaron el agua de las piedras. Esto lo hizo Israel el primer día. Hoy llueve sobre los campos los días. Las llanuras secas comienzan a tornarse verdes huertos de frutales, de trigo y maíz, viñedos. Son cientos de kilómetros cuadrados cubiertos por una red de alambres de hierro galvanizado. Los campesinos no tienen sino que abrir una llavecita y el agua funciona los surtidores. Es la primera maravilla que desde el avión mira el mundo llega al campo de Lot: las plumas de agua que van girando al aire sobre los campos de naranjales, sobre los campos de trigo.

La clave decisiva —el desafío— estaría en la montaña de piedra. ¿Cómo vestirla?

No lograr que las blandas raicillas de un árbol agarrasen en la roca? El hebreo, durante siglos contra todos los rincones del mundo, llegó a ser el Sheylock que defendió con monedas de oro con las uñas, con las lágrimas, con el corazón seco. Ahora se reconquista de la tierra, con una tenacidad victoriosa. Los libros sagrados enseñan a ser campesino. La Biblia habla de los campos de trigo, los viñedos, los olivares, los campos. Esa vieja estampa se borró. Durante siglos, y sobre todo en la Edad Media, el

lo tener acceso a la tierra. Se aglomeró en las ciudades. Su riqueza más severa es bienes muebles, en el oro. Se hizo avaro, banquero, usurero. Ahora canta su tierra. El día en que llega el agua a un pueblo trepado a ochocientos metros sobre el valle, se celebra la fiesta del agua. La música, las danzas se desatan como un jardín de los siglos revienta de alegría. Eso es Israel.

ro ha habido que ordenar las piedras sueltas en la montaña, para hacer las terrazas. En siete años, centenares de colinas han mudado de aspecto; ya tienen todas su falda verde. Luego, se han recogido los granitos de tierra, y cada repisa se ha convertido en un bosque. El plan consiste en sembrar seis millones de árboles. Cada árbol cuesta poco para que pueda surgir sobre este suelo que parecía de maldición. El Fondo Judío de construcción vincula desde hace años a todos los hebreos del planeta para devolverle a los bosques bíblicos. Cada vez que una persona cumple años, cuando se celebran unas bodas, o se quiere festejar a un judío, se le regala una tarjeta de cinco, de diez árboles. Se encarga de hacerlos sembrar. Los judíos de la Argentina han regalado un bosque: los de San Martín, los de Cuba el bosque de Martí, los de la gran Colombia el de la memoria de los judíos que murieron en los campos de Hitler se ha plantado una hectárea de un bosque sagrado. El pino de Jerusalén que, niño, se ve fino y ligero entre las palmeras necesita agarrar un poco. Luego, él mismo se encarga de ir metiendo las raíces, de ir creciendo para levantarse seguro y bien nutrido. Y así, el viajero de hoy ya puede ver cómo a los pies de la montaña desnuda van sucediéndose los verdes bosques que tiemblan de vida recién nacidos.

Bolívar es un bosque

Los judíos quieren honrar la memoria de un hombre le consagran cientos, miles hasta formar un bosque. El bosque Bolívar se ha formado así por la contribución de los judíos de América Española han ordenado sembrar en una montaña que hace era un pedregal. Ahora verde desde la cima hasta el último borde de las faldas. Abrazos que en el oído de los pueblos de la diáspora resuenan con la misma eficacia nosotros: Independencia y libertad. Son la doble pasión de quienes después de veinte años hallando en ellas la clave de todas sus esperanzas. El latinoamericano que en cualquier auditorio de Israel, evoca la figura de un caudillo que en América hizo lo imposible pidiendo por generaciones, despierta un brillo de aprobación en los ojos de muchos. A su turno, el de Sur América se emocionará registrando que la paciencia venció y venció a meros tres siglos de existencia nacional, los judíos la tuvieron que el mundo les permitió volver a su tierra y gobernarla. Ahora, para celebrar los años del nacimiento de Bolívar, los judíos han ido al bosque, y en medio de sus brazos estrechados las manos asiáticas y americanas. Había que recordar el verso de Neruda en su soneto a Bolívar, escrito en el Campo de Boyacá, cuando el centenario de la independencia por ti todos los bosques son bosques de laurel. . .

En el punto de enlace entre la lucha de los judíos y la personalidad de Bolívar lo dice Felipe Montilla Ortigana, Ministro de Educación de Venezuela. Para explicar al presidente recordó el breve discurso del terremoto: "Si se opone la naturaleza a nuestros proyectos lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca". Bastó decir estas palabras y se vieron en el empuinado caraqueño una síntesis de lo que ha sido el surgir y imponerse del estado judío en un pequeño ámbito de enemigos que han querido mientras los pobres diablos salidos de los Ghettos miserables donde no tuvieron para cultivar un geranio, cubrían de verdura los arenales y hacían de los Kibbutzin jardines de flores. . . Contra la naturaleza y contra los hombres.

Como es bien sabido, los judíos son reacios a que haya monumentos con imitaciones figurativas del hombre. La república que han fundado sorprende por la ausencia de estatuas. El bronce abre el camino a los mitos, a cultos que están reservados a los dioses. El lenguaje de los árboles es otro, y árboles sembrarán a millares si ha de servir al hombre que hizo la más increíble de las guerras en América. . . "por tí todos los bosques son bosques de laurel... " Como el bosque consagrado a Bolívar hay otro para San Martín. En cada montaña que fue árida y desnuda, los árboles que

se cubren se truecan en una memoria verde para consagrar el ejemplo de quienes
sus vidas a la sombra de los bosques de laurel. Estas fueron palabras del
lor suramericano en vísperas de una batalla, y de ahí sacó su canto el poeta mexica
marchando por páramos, selvas y desiertos, hicieron una guerra como la de los

independencia, para quien tiene un sentido nacional de dignidad, es la vida.
dencia es la palabra que hay que recordar mil veces cuando se piensa en Bolívar.
en Israel se dice con bosques y jardines. Así hacen de su mínimo estado el punto
el Asia Menor. Con una fe que es capaz de vencer a la naturaleza y someterla.

Cómo se vive en el desierto

Por cinco años recorrí el desierto de Neguev hasta Beersheva. Entonces el agua de Beersheva no había llegado a mitad del camino, entre Tel Aviv y Beersheva. Quedaba aún una gran zona de arenales por donde los beduinos y sus camellos decoraban para el viajero un paisaje antiguo. Hoy la carretera llega a la capital del desierto por entre campos de trigo, viñedos, plantaciones de remolacha, de girasol, de henequén. La zona parece italiana, bordeada de árboles: cipreses, eucaliptos, pinos. Un judío no tuvo la curiosidad de traer unas pencas de henequén. Entonces los israelíes importaron las cuerdas, no tenían ni un lazo para ahorcarse. Hoy exportan lazos. La zona del henequén se ha multiplicado, como se multiplican las cosas en esta república fundada sobre las tablas de la multiplicación. El río, el único río de la zona, que de la montaña caía a Tel Aviv, fue desviado, entubado, dirigido hacia el sur. Se hizo un lago artificial, de donde salen los acueductos que van al sur. A todos los puntos se hace llegar el agua por tubos livianísimos de aluminio, que las mujeres, las niñas pueden remover y llevar del viñedo al huerto de naranjos, al campo de remolacha, a cualquier parte de la provincia como se riega un jardín. Donde hace cinco años la arena de las dunas cubría el día en un oleaje que no detenían los espinos, ahora el amarillo del paisaje es el del desierto. Se pierden los ojos en un horizonte tostado como la corteza del pan. . . Y así hasta Beersheva.

Beersheva sigue siendo el oasis. Es el oasis grande del Neguev. Los beduinos en caravana al centro de Beersheva, y cuando sopla el hatnsin, que es el viento del desierto, la arena corre por las calles, se mete en las casas. Alcanzan entonces su mayor expresividad dos maneras de decir que usamos en castellano y que sólo en Beersheva se entienden bien: eso de "al rayo del sol" y "el aire seco que quema pajaritos". La arena al levantarse, forma una como niebla que hace ver verde al cielo y blanco al sol. El viento —¿por qué tendrá este viento nombre casi de flor?— se acuesta en la noche. Se sabe porque no se mueve una hoja en las palmeras, que parecen abrir sus espadas quietas, como el pelador de armas siniestro. Desde la terraza, en Beersheva, por la noche, se oye el ruido de los chacales. Quizás el de las hienas. Disculpe el lector si me tomo una charla con él y le digo que en Beersheva hay noches, como ésta, de luna hiena.

¿Cómo viven las gentes del desierto en este oasis de Beersheva? Árabes y judíos se mueven en bicicleta. Las madres sacan a pasear a los recién nacidos en cochecitos de juguete con llantas de goma y radios de metal cromado. Como sacados ayer de la tienda de juguetes en Nueva York. Rumanos, marroquíes, polacos, rusos, argentinos, sudafricanos, se

en muchedumbre del café al cinematógrafo. Anoche, la película era "David y Goliath". Dos héroes locales. Las tiendas, atestadas de radiolas tan finas como las que se encuentran en Roma o en el mejor centro de Europa. A veces llega un árabe millonario, como el príncipe de Arabia Saudí, en un Cadillac. Beersheva crece como espuma. Hace 75 años no era sino una aldea en el mapa. Hoy es una ciudad. Pero cada nuevo bloque de casas —todas tan modernas como las de un nuevo barrio de París o de Méjico— es un avance sobre el desierto. Y al desierto que se encoge no le queda otra venganza sino la de empujar con el hamsin las arenas, dejar el cielo verde, blanco el sol, hiena la luna y cubiertas de arena las casas.

En un desierto el de Beersheva donde he oído a cuatro trabajadores hablando en hebreo, me he acercado a saber algo de su vida y me han dicho que vienen de Tánger. En las librerías de libros —se venden libros como pan— hay cantidades de obras en hebreo y en varios idiomas hebreo-rumanos. Y lo que hasta ayer no fue sino sed, desolación y vacíos, es un bazar de idiomas y esperanzas en que se agrupan los hombres como moscas a los turrónes de almendra y miel, barritas de coco fresco, baclavas y semillas tostadas de girasol y de maní, dátiles, higos. . . La cocina de los ángeles de oriente.

El kibutz de Ben Gurión

La mitad del camino entre Beersheva y Avdat está el kibutz de Ben Gurión, en el desierto del Neguev. La carretera, una espléndida carretera asfaltada, como todas las de este país, corre por entre un paisaje de arenas y dunas, que lentamente van rompiendo las franjas verdes de sus conquistadores. A distancia se ven las tiendas de los beduinos, blancas como la arena. Se mueven, como manchas de tinta, rebaños de cabras. Los cuidan pastores de amplias túnicas negras que les llegan hasta el tobillo y que el viento bate con las banderas de harapos. Inmóviles camellos hacen con la larga S de sus cuellos un camino para tarjeta postal, y en sus grandes ojos tristes formulan la pregunta de rigor: "¿Quiéres tomarnos una fotografía?" Son unas bestias proféticas que anuncian, quizás, la llegada de las dunas peregrinas. Paralela a la carretera corre una tubería llevando el agua, para el petróleo. Pero del desierto necesita, tanto como el beduino y el camello, Ben Gurión. Ben Gurión es un hombre feliz porque tiene asegurado el desierto suficiente para el final de sus días. Cada vez que busca un reposo, se va al desierto. Es la manera de él. Cuando dejó el gobierno, estuvo de pastor, cuidando de un rebaño de ovejas en las montañas. Y así, en este Neguev de sus entrañas, se le refrescan los ímpetus proféticos que le han permitido amurallar su estado de Israel. Ahí, en su kibutz, las diminutas casas de los colonos parecen ciegas. Sigue soplando contra ellas el viento del desierto que tiene un olor a salina que aire. Acercándose a estas casas sin ventanas, se encuentra que cada una tiene un patio, y en el patio hay un jardín. La de Ben Gurión lo tiene, y lo tiene con rosas, como todos los otros colonos. No hay rosas más rojas ni más grandes en toda la república que las rosas del desierto. Las retamas son explosiones de oro. Los cactus, como es natural, están en su propio mundo, y forman al pie de los muros eras de mariscos vegetales. Cuando llegamos al kibutz, el automóvil del Primer Ministro nos indica, frente a su casita, que Ben Gurión ha venido a pensar en la Biblia el formidable viejo que ayer hacía en el congreso un discurso sobre Siria. Como Primer Ministro, él piensa que su inmediato antecesor, el rey David, el Macabeo, restaurador de Israel tuvo un paisaje como ese para inspirarse y para

ro Montanelli le preguntaba cómo podía hablar de Judas Macabeo como si ocupado el ministerio de gobierno unas semanas antes, siendo así que la distancia po entre los dos era de milenios. "Tenemos un precedente —le respondió Ben — el de Abraham, que en estos contornos cavó un pozo y plantó un árbol..."

y kibutzim (kibutzim es el plural de kibutz) en las montañas, los hay en las orillas. Pero Ben Gurión tenía que hacer el suyo en las arenas de Neguev. "Nosotros —le Montanelli— no podemos ser como los demás, porque si lo fuéramos no seríamos. Esto querría decir que el mundo no tendría necesidad de nosotros. Si existimos es esta existencia nuestra tiene un motivo de ser, y no tenemos el derecho dearlo. Para darnos cuenta de lo que debemos hacer, tenemos un antecedente to: el de Moisés, cuando vio que su pueblo estaba olvidándose de su obligación de into de los otros, lo condujo al desierto y lo mantuvo allí, pastoreando, por a años continuos, para dar tiempo a que crecieran dos nuevas generaciones y ran que eran los elegidos. También nosotros debemos esperar a que vengan las generaciones, pero, desgraciadamente, mientras llegan no podemos conducir a las pastorear y a morir en el desierto..."

cierto es que Ben Gurión ha introducido algunas variantes en las normas de sus tos antecesores, Moisés y Judas Macabeo, lo mismo en el gobierno de la república la vida del desierto. Como los beduinos plantan sus tiendas negras, Ben Gurión us tiendas verdes. Su kibutz ha dado vida a una plantación de duraznos que ahí, s arenas, forman una tolda de esmeralda. Lo extraño es que no se producen en toda olica duraznos más ricos. Llegan a pesar medio kilo y la miel de sus carnes no er ni más dulce ni más perfumada. Rachel Tov, que nos acompaña, nos dice con un mo que raya en fanatismo: "¿Cómo es posible que las raíces de estos árboles de este desierto semejan miel?"

Un viaje a Tel Arat

Conversando una noche con el prefecto de Jerusalén me hablaba con inmenso orgullo de Tel Arat. A todo lo que dice el prefecto le da un toque de frescura propia con su castellano del siglo XV, que él sigue hablando así como si todavía no hubiera muerto Santa Teresa. "Tel Arat es lo último que han topado —me decía— los turcos. Está cerca del Mar Muerto, y tuvo que ser, unos mil ochocientos años antes de Cristo, un centro de encuentro de las caravanas, en donde la vida alcanzó ciertos niveles que corresponden a los de las mujeres de nuestro tiempo. Se han hallado los restos propios del maquillaje de entonces. Nunca quiso una dama palidecer como la mujer de la zona desteñida, sino florecer como naturaleza coloreada. Pero el descubrimiento de Tel Arat es tan reciente que apenas hace un mes se han tenido noticias de las excavaciones. El jefe del estado ha visto los trabajos dos días antes de que nos hable el prefecto. Israel crece lo mismo como república arqueológica que como país moderno. En Tel Arat hay una ciudad ya grande —tiene cinco años de fundada—, Demona. La ciudad nueva ni la arqueológica figuran en los libros. La geografía en Israel «amina» a toda prisa que los mapas de un año no sirven para el siguiente. Y ni Demona por nueva ni Tel Arat por vieja, se encontrarán en las cartas geográficas, ni en las arqueológicas. La muerta y la viva han sido sacadas del desierto. Las dos quedan un poco fuera de la nueva carretera que se construye entre Beersheva y el Mar Muerto. "Si quieres ir a Tel Arat —nos dice el prefecto— tendréis que tomar un jeep en Beersheva..." Efectivamente, un automóvil no podría aventurarse por esos arenales.

En Beersheva, cabeza de puente tendida sobre el desierto de Neguev, la hemos visto crecer. Hace seis años era poco más que un campamento de beduinos; hoy, como eran las ciudades del West en los años de los placeres del oro de California. Y más. Tiene 40-000 habitantes. Su historia es, con todo, más antigua. En Beersheva (o Bersabé) cavó un pozo el rey David. Figura en los mapas bíblicos. . . y ahora reaparece. Beersheva es el lugar de encuentro. Salen por las mismas salidas el beduino con sus camellos, el trabajador en busca de trabajo, el pionero en automóvil. Nosotros, a las siete de la mañana, en un jeep. . . Nos dirigimos al mundo de los beduinos.

Seguimos el trazado de la gran carretera que unirá a Beersheva con el Mar Muerto en una línea más directa que la del camino actual. La obra está cruda, pero la terminarán en breve. Nosotros seguimos una red de caminos secundarios que bajan y suben por las laderas que se descuelgan por los flancos de las obras de banqueo, o se pierden en la distancia. A la distancia, de cuando en cuando, vemos las tiendas de los beduinos, o una fila

ellos. En ciertos puntos de estas soledades, unas banderitas de latón en astas de
indican las paradas de los buses. . . Cómo y para qué corren acá líneas de buses, es
as lindas contradicciones del arenal. Después de una hora de rodar, llegamos a un
n donde ya hay distribución de agua en tuberías, y unas plantaciones de almendros,
emilleros de pinos, eucaliptos. . . Con una manguera el judío va de arbolito en
dándoles de beber. Nos dice con enojo: anoche un beduino ha soltado aquí dos
s y se han devorado treinta y cinco almendros. . .

ómetros adelante, en una loma, vemos una casa de ladrillos. "Es la escuela", nos
el chofer. Trepamos, y estamos en la escuela de los beduinos. En cuatro clases, un
r de chiquillos que aprenden a leer, aritmética, geografía... El que vive más cerca
á cuatro kilómetros. Para los chiquillos y para los mayores es fascinante esto de
scribir. Se les enseña en árabe. Abrimos en cualquier parte la cartilla, y cada uno
corrido el trozo que se le señala. Escriben esas bellísimas letras árabes, tan bien
el maestro. Cuando un chiquillo de doce años traza con la tiza una frase en el
la deja pulida como un encaje. En tiendas viven unos muchachos que tendrían que
decenas de kilómetros si vinieran de las de sus padres.

dia hora más y nos encontramos en el cuartel general de los ingenieros. Los que
a carretera, los que están construyendo la ciudad de Demona, los que estudian las
as químicas del Mar Muerto, los que trabajan en las excavaciones arqueológicas
Arat. Aquí todo es limpio, moderno, eléctrico. Los muros, de piedra; verde el
Nos sentimos como en una casa de California o de Florida. Acaba de llegar un
e canadienses que visitará, como nosotros, a Tel Arat. Pero antes de ir a Tel Arat
nsejan echar un vistazo desde un cerro vecino al Mar Muer to, que quedará a
pies.

cerro es un pedregal que parece quemado por la lava. Los guijarros son de color o, semejantes a trozos de hierro. A la distancia tenemos unas montañas que de leche y zafiro: al pie quedaron abrasadas Sodoma y Gomorra. Abajo, el Mar con el agua azul planchada. Ahí, no se levanta una onda. Y aun el tiempo parece encadenado.

* * *

la punta de un cerro que se eleva a ciento y tantos metros sobre los arenales está t. Cuando surgen estas eminencias, los arqueólogos saben que basta excavar en la algo se encuentra. Aquí vemos destapados unos laberintos de muros que, para el , apenas sirven de base para ejercicios de imaginación, y que el sabio interpreta en las ruinas lo mismo que en un viejo pergamino. Quizás, antes de que lloviera obre Sodoma y Gomorra, antes de que la mujer de Lot quedara convertida en de sal, el Mar Muerto sería un Mar Vivo, y las caravanas hallarían en Tel Arat un reposo y de comercio. En todo caso, destapada la costra que cubría hasta ayer a t hemos visto el lugar que fue hace cosa de cuatro mil años un fuerte refugio de los bíblicos. Como únicos puntos vivos de color, al fondo de los fosos, apenas se ven, n todas las ruinas, las cajitas amarillas de las películas Kodak que van tirando los

media hora de Tel Arat está Demona. Hace cinco años Demona era un punto no ado en el desierto. Hoy es el principio de una ciudad. Viven unos millares de de trabajo en casas de apartamentos de dos o tres pisos. En la calle del comercio das, bares, máquinas de café, heladerías, etcétera, y una muchedumbre de gente ue conversa con las manos y chupa paletas de helado. Unos chiquillos, en el de correos, que tiene una escalera de cemento tendida al aire, han inventado un eligroso que les divierte muchísimo: en una tabla que han arreglado como trineo, n a rodar por la escalera, y se creen en un tobogán. Como Demona es un buen e partida, un campamento para los trabajadores de las industrias químicas del Mar se explica que haya crecido súbitamente, a la estampía.

a regresar a Beersheva tomamos otra ruta del desierto. Ya hace una hora que se orrado entre el polvo la imagen de Demo na, es mediodía y vemos a la distancia de cabras, manadas de ovejas, filas de camellos que convergen a un mismo punto. p, No es un espejismo. Cuando llegamos al lugar, aquello es como una feria de a que encuentra su explicación el mundo de los arenales. Sin premura, seguros de mpre, al mediodía, tendrán allí su asamblea de toda la vida pastores y animales, el de cada beduino va llegando a su bebedero, y el beduino, sacando agua del pozo, a , sirve a sus bestias con ininterrumpida diligencia. Los camellos, indiferentes,

su turno, se echan, paseando por encima del hombre sus anchas miradas
ntes. Una camella amamanta a su cría. Las ovejas se apretujan, y no hay una negra
parte ahora del rebaño. Los pastores que, concluida esta faena, se alejarán dentro
hora para volver a sus soledades, no se hablan entre ellos. Su familia son esas
que caminan con ellos por las dunas. Entre ellos poco tienen qué decirse. Se miran,
ntes, como los camellos. Hemos quedado prisioneros de un mundo que sólo
mos en poema, o en fotografía, y nos parece poco el deslumbrante sol para
la escena que radiante nos circunda en estos arenales.

Los guerreros de los Ghettos

la Galilea occidental se ha formado el kibutz de los luchadores de los Ghettos,
ado a la memoria del poeta Yitzhak Katznelson. Quienes viven en él, son los
res sobrevivientes de los Ghettos de Polonia y de la Europa oriental, guerrilleros
batieron en los bosques de Polonia, Lituania, Ucrania y la Rusia blanca. Están,
odo, quienes promovieron la revuelta del Ghetto de Varsovia, entre ellos un
ante y unos cuantos líderes del movimiento clandestino. Dos de ellos han ido a
n a declarar en el juicio seguido contra Eichman. Cualquiera de los otros sería un
de excepción. Acercarse a este kibutz es acercarse a la entraña humana que no
a aniquilar la mano de fuego del nazismo. Cada uno de estos campesinos tiene al
na epopeya. Es un sobreviviente heroico a quien no es fácil ponerlo a hablar de sus
miserias. Es cierto que en este kibutz se ha formado el museo más completo de lo
ron las atrocidades de Varsovia y que cada año 20 000 judíos se reúnen acá para
r su lucha y gozar de la victoria contemplando este campo abierto, sin muro de
sin cerco de alambre, sin ojos espías. Pero el héroe que nos muestra el kibutz
de los 160 fundadores— se empeña en hablarnos sólo de las plantaciones de

y de naranjos. Otro, que se ha convertido en experto en bananos, nos enseña la a. Y como el campo —son mil acres— se extiende hacia el mar, y se ven girar los es refrescándolo y hay un trozo del gigantesco acueducto romano que atraviesa fuente de cien ojos, se podría pensar que aquí la tierra no es sino un pedazo de Italia or los dioses a Galilea. Hoy, de los 160 polacos que comenzaron a trabajar en n nacido 180 hijos. Se diría que aquí no hay sino una república infantil, que surge mirada paternal de unos hortelanos.

a cosa es entrar al museo. Un sobreviviente que hoy tiene 75 años ha logrado r el modelo de lo que fue el campo de concentración en Treblinka, donde on 700 000 judíos. Si ese hombre, que salvó la vida de milagro y habita hoy el no hubiera hecho esta maqueta, se habría perdido la espantable imagen de un del cual no ha quedado fotografía. Están los planos de Varsovia con la sección del que hicieron amurallar los nazis para que los judíos que trabajaban de albañiles an su propio corral. Las hojas clandestinas que llevaron la voz de la revuelta. De la que se prendió con la ciudad vencida hay las fotografías sacadas de los archivos.

puede ver, recreada, la risa satánica de los oficiales nazis cuando se tomaba a un en la calle, se le quemaban las barbas con alcohol, a la vista y presencia de los tes. Los que cavaban su propia tumba. Los bultos de cabellos cortados a las para aprovecharlos en la industria. . . Esa era la última idea de los verdugos: que ran de esta vida los vencidos sin contribuir hasta con el último pelo a los bancos ojos humanos que aprovecharía la química nazista. Los pergaminos sagrados, dos en cajas armónicas de instrumentos de música de cabaret. Sólo hay una ía que brilla por su ausencia: la de Eichman. A Eichman no le entusiasmaba e. Le bastaba ordenar la carnicería y oír los gritos de la desesperación

s últimas voces, las cartas pidiendo auxilio se enviaron a donde pudo ingeniarse el cosado. Veo en el museo dos tarjetas postales dirigidas a Samuel Lubelchik, o 1-511, Bogotá. Tienen fecha de 1941. Serían las últimas que se pudieron enviar. o por Lubelchik, y sé que se vino a Israel. Vive ahora en un pueblo de inmigrantes s, no muy lejos de Tel Aviv. Trabaja en una fábrica. Colecciona estampillas.

a Eichman se le trajera a ver el museo del kibutz tendría un buen material para r la memoria. Dudo que alcanzara a conmoverse. Dudo que alcanzara a irse. Y quienes fueron sus víctimas, sólo quieren pensar en los bananos, las e, las vacas y los pollos. Para quienes el museo es un recuerdo espantable, pero o, es para nosotros. Y quizá para las nuevas generaciones que no supieron lo que parte de la historia contemporánea. Lo que el visitante saca en limpio, al ver el de tierra verde que han convertido en huerto y jardín 168 que escaparon a la

es la comprobación de lo que representan como humanidad perdida seis millones humanos que Eichman envió a la muerte.

Viaje submarino en seco

Jerusalem hacia el Mar Muerto lo primero que sorprende es el desierto sembrado de aldeas. Aldeas que han surgido en estos veinte años como satélites de la ciudad. Una consiste en bloques y bloques de edificios uniformes, sólidos, con capacidad para veinte mil aldeanos que tienen en cada apartamento, desde el día de su ocupación, luz, teléfono y televisor. Se movilizan en automóviles, en bus. Hace veinte años, se alza cada una de esas aldeas —ya son decenas—, ni cabras. En una escuela de preguntas preguntaba un niño al maestro: —¿Qué es un desierto? —Un lugar a donde no han ido los judíos, contestó. Nosotros mismos confundimos la idea de desierto con las duraznuras del Sahara, cuando pueda ocurrir que los desiertos sean, como en este caso, cerros y colinas secos, cubiertos de piedras o arena donde no crece el brote de una planta. Insensiblemente bajamos kilómetros. En un cierto lugar, en la pendiente de un cerro, un letrero: Nivel del mar. Y el mar ¿dónde está debajo de esa raya? Es un mar seco, saturado de aire caliente. Hay que recorrer kilómetros para llegar al mar de agua a cientos de metros por debajo de la raya. Un Mar Muerto. Vamos a hacer, como se ve, un viaje submarino en seco. Nos empuja la curiosidad de los rollos. . .

En una altura en que normalmente viven en el fondo del mar pulpos y langostas, se encuentra la ciudad más vieja del mundo: Jericó. Ahora los arqueólogos excavan y excavan en los muros derruidos al son de las trompetas. Se han hallado evidencias que hacen pensar que todo ocurrió como lo dice la Biblia, pero ya comienzan a pensar que tal vez lo de las murallas pudo ser simbólico. A la Biblia hay que creerle, pero sin olvidar que todo ocurrió literalmente como se dice. Con unos escritores tan imaginativos y tan cercanos como los del Antiguo Testamento, ¿no podría ocurrir que se tratara de una serie de dificultades? Son los riesgos que se corren al entregar a los poetas asuntos tan importantes como la historia.

Lo más evidente, para el visitante, es mejor que lo de las murallas. En la ciudad antigua de Jericó, son pocas las manzanas de casas, y verdes los huertos, frondosos los árboles, y sombreadas las calles. Es un remanso en medio de las peñas donde la tierra fértil se asentó y alternan con palmas de dátiles, ciruelos. La tienda del camino es un mercado de frutas rojas, doradas, carmesíes, como los mercados de nuestra América del Sur. . . A dos o trescientos metros bajo el nivel del mar.

En el fondo, ¡el Mar Muerto! Entre jorobas de cerros color de camello, donde rueda la arena por las peñas. La arena es el agua en estos pagos. Sólo una maldición bíblica pudo

este charco de agua pesada, donde el hombre flota sin poder hundirse, con un olor a diablos. Hace infinitos años en esas honduras había dos ciudades, muchas ciudades que el *Jericó* que está más alto. Dice así el relato de su suerte: "Los dos llegaron a Sodoma por la tarde. . Llegamos pues al horizonte de una historia que era como si nada, así (pero cuyo título es: "Destrucción de Sodoma y de Gomorra") El no puede mirarse, sin tener al lado los Testamentos). Se lee enseguida: "Lot sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a su encuentro y se puso rostro en tierra, dijo: —Ea, señores, por favor desviaos hacia la casa de vuestro siervo. Hacéis noche, os laváis los pies, y de madrugada seguiréis vuestro camino. Dije: —No: haremos noche en la plaza. Pero tanto porfió Lot con ellos, que al fin cedieron en su casa. Él les preparó una comida cociendo unos panes cenceños, y comieron." De tan sencillo panorama ¿qué vio Abraham dos días después? "Dirigió la cara en dirección de Sodoma y Gomorra y de toda la región de la vega, miró, y he aquí que allí había una humareda de la tierra, semejante a la humareda de un horno". Hoy la vega está casi muerta. En el Génesis se sabe cómo murió un mar.

Un beduino, por estas orillas, buscando una cabra extraviada, en el 47, trepó por las montañas y dio con un vacío. Tiró una piedra, y oyó como el ruido de una tinaja que se caía. Al otro día volvió. . . Así comienza el cuento de los rollos del Mar Muerto.

Sodoma, en el Mar Muerto

Desde Beer Sheba al Mar Muerto se sigue una carretera que atraviesa en buena parte el desierto. Vemos una aldea de 10-000 habitantes que se ha formado en pocos años. La han formado judíos venidos de Sudáfrica. Ayer era un arenal; hoy un centro con inmensas casas de tejidos. Una plantación de olivares y pinos indica hasta dónde llegan los tubos de abastecimiento de agua. Un abultoso acueducto que, por miles de kilómetros, han tendido los israelíes. Aún se ve a un lado y lado del camino, rebaños de ovejas y grupos de camellos, cuidados siempre por beduinos. El camello decora el paisaje del desierto, como el cuello de la góndola los barcos de Venecia. Con el camello camina el desierto. La joroba que lleva a cuesta —su carga— es una carga de huesos y pelo sucio que corresponde a la vida miserable del beduino. El camello tira el arado primitivo del beduino, cuando el beduino se decide a arar el desierto. A distancia se ven las tiendas como telas de araña tendidas sobre palos que se inclinan y se desorden. Adentro, los beduinos se tiran a dormir sobre alfombras, mientras las mujeres cuidan del rebaño. Acercarse al camello para fotografiarlo no es difícil. Acercarse a la beduina es aventurado. Ella quiere y no quiere —teme— que la retraten. Ella se cubre el rostro y lo destapa. Hace que le vean los collares, y los esconde. Un día un amigo mío se colocó a cinco metros de la beduina y sacó el retrato en el

o mismo en que ella le lanzaba una maldición. Del rollo Kodak fue esa la única
ña que se veló.

Demonia, hacia el Mar Muerto, la carretera baja y baja. Baja por extraños paisajes
pasando del color de las arenas tostadas a un beige claro, casi blanco. Es un
lunar con un ardor infernal. El Mar Muerto está a 460 metros bajo el nivel del
Es el hoyo más hondo de la tierra. La carretera va por un cañón en donde las
orman figuras de nubes convertidas en monumentos de sal sucia. Las gentes
en en las gigantescas moles pórticos de catedrales, pulpitos, troncos de una selva
da, monstruos, narices de elefantes. . . todo lo que se ve en las nubes. No hay nada
itado que la imaginación del hombre. Siempre ha sacado de las nubes las mismas

Mar Muerto a la vista! Ahí han venido a detenerse, para cocinarse, las aguas del
Allá, en un pedacito aún verde de la orilla, el sitio mismo en donde una vez fueron
y Gomorra. ¿Cómo se le pudo ocurrir al hombre hacer una ciudad en semejante
? Sobre el agua del mar, densa, el cuerpo flota. Se mete la mano en el lago y se la
citada, con un aceite que, no se quita sino lavándose en agua dulce. El agua dulce
ardaban, si podían guardarla, en sus cántaros, las pecadoras gentes de la ciudad
las pecadoras de labios salados.

is israelíes han montado grandes fábricas a orillas del Mar Muerto. Ellos han visto,
ente, en la olla podrida -de esas aguas químicas, un tesoro de sales y energías
as que comienzan a explotar. Han encontrado que en los niveles más bajos del
nde la temperatura llega a 90 grados, se conserva hirviendo un capital perdido que
onvertir en elementos de trabajo para la industria. Por la playa, no caminamos
rena, sino sobre sal. Los bañistas reumáticos flotan, sin lograr sumergirse, como
es convertidos en muñecos de corcho.

unas rocas de sal, fabulosamente trabajadas por el agua, el viento y el sol, la gente
seleccionado una para ver en ella a la mujer de Lot. Debajo hay un café que se
l *Bar de la mujer de Lot*. El camarero, un muchacho trotamundos venido del
que sirvió primero en el hotel de una colombiana en Tel Aviv, nos invita a escribir
postales para que las despachemos "de la oficina postal más baja del mundo". Nos
sobre la vida en este hoyo: "hay nueve meses duros, como hoy, pero en los tres
e invierno éste es un lugar ideal. Y no lo olvide usted: las aguas del lago curan el
smo". Yo sigo pensando cómo pudo ocurrírsele a Lot salir de Zoar con sus dos
ra llegar a Sodoma. Sodoma fue tres meses del año un paraíso nacido de nueve
e angustias infernales. El pecado nefando fue el producto de ese paraíso.

Un arqueólogo venido de Rusia, entramos en las cuevas. El Mar Muerto está
un anillo de rocas —paisajes arqueológicos, imágenes de cataclismos— y cuevas de
camina por entre oscuras galerías en que rara vez se puede andar con el cuerpo
hasta llegar a la gran tronera, al maravilloso embudo de luz, donde los pliegues
terra caen de una altura de cien metros en una prodigiosa demostración de belleza

hebreo, que traduce para nosotros Rafael Dascal, el excelente cónsul de Colombia
Aviv, nos dice el arqueólogo: "En el fondo de estas cuevas pueden hallarse
los los grandes secretos de la tierra y de la historia. Por ejemplo, los rollos del
erto. .

Poesía e historia en tinajas

Veintitantos siglos vivían en el desierto del Mar Muerto unos como ermitaños. Comentaban de dátiles y langostas y un poco de historia y poesía. Escribían. Unidos entre la soledad y la fe, allá donde el sol es implacable, espesa el agua del mar entre las peñas y el cielo azul resplandeciente, los solitarios no tienen otro punto de referencia sino Dios. En el rollo escribía el solitario con una caligrafía perfecta. A dos mil años de distancia no ha perdido la claridad de sus rasgos nítidos y firmes: No soy polvo y cenizas, ¿Qué puedo hacer a menos que Tú lo hayas querido?, ¿Qué esperar sin que Tú lo quieras? ¿Cómo podré sostenerme a menos que Tú me apoyes?... El solitario comentarios a los salmos. Historias que nos dan ahora una imagen de la vida y las creencias en el fondo misterioso de donde iba a surgir Jesús de Nazaret. Él enrollaba la tira de ese extraño papel primitivo o pergamino que ahora guardamos en el museo de Jerusalem. Como cada verso tomaba para el solitario el sabor de un misterio sagrado, escondía el rollo en una vasija de barro y lo metía en el rincón más oscuro de su cueva. Debió tener el presentimiento de que llegaran al desierto hombres malos y groseros e irreligiosos. Tenía que poner las tinajas llenas de poesía donde nadie las tocara. Hizo más: metió las tinajas en zurrónes de piel de cabra, y los zurrónes con cordones de cuero. Quien llega ahora a las cuevas, y se mete en ellas, y ve los zurrónes de los escondrijos, se explica cómo hubieron de pasar dos mil y tantos años sin que nadie llegara a las alacenas de la historia perdida.

En 1947 Elázar Sukenik, el arqueólogo, llegó, como siempre a su estudio en la Universidad Hebrea de Monte Scopus. Era en los días en que se jugaba la suerte del mundo en la Liga de las Naciones, en Nueva York. La frontera entre Israel y los árabes era un rollo de alambres de espinas. Pasar al otro lado, una aventura mortal. A poco de ser los bombardeos de Tel Aviv por los egipcios. Por el momento todo estaba esperando el fallo de Nueva York. Sukenik repartía su mente- entre lo que estaba pasando en la torre de vidrios de Nueva York y las edades del Génesis. Llegó a su estudio, abrió la puerta, y encontró sobre la mesa un mensaje que parecía venir del otro mundo. Un mensaje. Un anticuario armenio, que con cierto misterio, le decía: Tengo algo raro que te interesa. Sukenik conocía al armenio, hombre serio. Tendría que encontrarse con él, le dio el teléfono, en el alambrado de la frontera, puerta B de la Zona Militar. . . La cita era para el día siguiente. Sukenik, en su clase, tuvo que hacer inauditos esfuerzos para no dormirse.

Después le contó el anticuario la historia del beduino de Jericó, que andando entre las peñas

cabras había descubierto en el laberinto de una cuerva el zurrón de la tinaja. Ahí los rollos —luego se hallaron tinajas y tinajas de historia y de poesía, pero lo que incrédulos el comerciante, beduino, y el arqueólogo era algo que nadie entendía. . . que el beduino había querido vender el cuero del zurrón a un zapatero. . . tuvo el presentimiento, y algo pudo leer. Había que salvar los rollos y los. Todo el mundo estaba pegado a la radio, pendiente de las votaciones en York. Cuando Sukenik subía al bus de los árabes, era el único pasajero judío. Entre el estado judío que iba a ser reconocido en Nueva York esa noche —o — y la historia perdida encontrada de dos mil años atrás.

Quise reunirme con el armenio el 28 e ir con él donde el anticuario árabe, pero mi propuesta terminantemente a un viaje de tantos *riesgos*. Yo vacilaba. En la tarde de Tel Aviv mi hijo *Yigael*, le hice cuento y se apasionó. . . Quedó cerrado el negocio y la gente saltaba de entusiasmo en Jerusalem por el reconocimiento, y los árabes por los cañones. Al fin, se salvaron Israel y las tinajas. Hoy el asombro está en el mundo de Jerusalem. Nadie puede creer que tanta poesía y tanta historia se hubieran guardado en vasijas de barro metidas en zurrones cocidos hace más de dos mil años.

Avdat, otra esfinge en el desierto

Avdat, mitad del camino entre Tel Aviv, sobre el Mediterráneo, y Eilat, sobre el Mar Rojo, no es sino un punto de referencia en medio del desierto. Durante catorce siglos se olvidó a saber de esta ciudad que fundaron en el II antes de Cristo los nabateos. En el VI alcanzó su momento de mayor esplendor. Las especias, los tapetes, las piedras preciosas que de la India y Arabia traían las caravanas a Pietra y a Eilat, llegaban a este punto y de allí los nabateos, pasando el desierto del Neguev, las llevaban a los puertos del Mediterráneo en el Asia Menor. Esa historia quedó escrita, más que en los libros antiguos, en la arena. Avdat era el recuerdo perdido. Alguna vez un viajero británico, Palmer, visitó Avdat, en 1871. Pasaron más de sesenta años, y unos arqueólogos otra vez llegaron al desierto. Cuando, no hace mucho, los israelíes emprendieron los trabajos de la carretera entre Eilat, Avdat surgió un poco a la manera como fue descubierto Machu Picchu, en el Perú. Los ingenieros vieron con pasmo, subiendo al tope del cerro, que allí estaban las ruinas de una fortaleza, un monasterio, dos iglesias cristianas. Así reapareció Avdat. Y desde ese mirador formidable, abajo, si se ven a veces las filas de camellos, lo que comprende son los automóviles que viajan de Beersheva a Eilat.

Los arqueólogos han venido descubriendo al pie del cerro cuevas que fueron amplias

aun baños termales. Han restaurado un camino, o escalera labrada en las peñas
gar a las alturas de los templos. Han puesto a la vista inscripciones de hace quince
Han realizado esas maravillas que hacen en todo el mundo los arqueólogos, pero
este caso vienen a poblar de imágenes lo que parecía el corazón de la soledad
o en medio del arenal.

gar a la plataforma de los grandes monumentos en la cima del cerro, es una de las
apresionantes experiencias que pueden tenerse en Israel. Toda una ciudad
ada, con su amplio recinto para refugio y bazar de los mercaderes, las columnas
s de los templos, los restos del antiguo monasterio, la terraza que sirve de mirador
el desierto, son como un gran foro, con sus basílicas, levantado a la altura en que
as águilas sus nidos. Primero los nabateos, con Avdat, su rey, contemporáneo de
el Grande; luego los romanos, y por último los bizantinos, le fueron dando al
a grandeza que ha quedado como una nueva sonrisa de otra esfinge, para que el
de nuestro tiempo explore los misterios del desierto.

n hallado los arqueólogos en la base de las columnas objetos de los nabateos,
es a la conquista romana; luego, bronce romanos, como una preciosa estatuita de
a; y, por último, en las dos iglesias cristianas, inscripciones como éstas: "Germano,
Alejandro, de santa memoria, que vivió diecisiete años y siete meses, y murió,
el noveno día del mes del Señor, el año 445, catorceavo de la indicción". El
rio es notable, porque es una alberca en forma de cruz, revestida de finas lozas de
. Los siete u ocho siglos de la historia de Avdat desfilan así en un calendario que
la cerámica, el bronce, el mármol, los reinos y los imperios desaparecidos, y el
r del cristianismo, todo frente a un reloj de arena, todo bajo un reloj de sol. Ahora
o descubre que también para él, en una época de máquinas y reconquistas, hay en
to sus oasis. Y éste no puede ser mejor.

Los Derechos Humanos

El autor al recibir el premio israelí como defensor de los Derechos Humanos en América.

Que la nación judía de Israel venga a la casa de este cristiano viejo, con palabras de paz en las manos una rosa de Jericó y un papel honrándome como defensor de los derechos humanos, me conmueve y abruma. Actos como éste van más allá de un símbolo. Son puentes tendidos sobre abismos que por siglos han separado a quienes no tienen una historia común en el Antiguo Testamento. De nosotros todos son el Cantar de los Cantares y los Salmos y las palabras de los profetas que resuenan en los dos templos. ¿Es si el decálogo nos une, la historia nos separa? Para mí, hay algo entrañable que me duele a los judíos: la enconada persecución de veinte siglos. Se les despoja de sus bienes, se les segrega en las ciudades de Europa. Se les trata como si no fueran parte del resto de los seres humanos. . .

Y ahora, en este siglo de todos los diablos, comienza a igualársenos. Tan comunes fueron para Hitler los judíos de Prusia, Austria o Polonia, como ahora son comunes para el Zar de los Soviets los cristianos de Polonia. Fastidia, aíra a quienes no quieren un poder total que haya pueblos que pongan por abogado de la justicia una causa llamada Dios.

Me duele y desconcierta hoy que no se haya denunciado, que se tolere en silencio una situación como la que aplauden los tambores de lucha contra el analfabetismo, en que a las gentes nacidas en el santo temor de Dios se les inicia en una cartilla que sólo les enseña a odiar. ¿Cómo es posible que la primera palabra que aprenda a descifrar el niño, sea la consigna del partido que propugna por la violencia? ¿Cómo se están desarraigando las raíces de los pueblos encaminados a la paz?

Permisadme, si como complemento a esta cena y a este premio, pido unos momentos de reflexión sobre los derechos del hombre. Suele decirse que ellos vienen de Filadelfia, pero en Filadelfia los copiaron los franceses, y que ahora los refrescan las Naciones Unidas. Eso es olvidar el derecho original. La libertad de pensar, de decir y comunicar lo que se piensa, de discutirlo en reuniones abiertas, de moverse por el ancho mundo, nació un día en que el hombre tuvo conciencia de su dignidad. Lo de Filadelfia, lo de París, lo de Nueva York no son sino tardíos reconocimientos determinados por el profundo desconocimiento de lo que el hombre tuvo por un derecho que le venía de la naturaleza. Es apenas concebible que lo revolucionario en el mundo haya sido volver por un

elemental. Y menos concebible aún que otra vez vuelva a ser riesgo mortal en países que se llaman revolucionarios y están reclamando censuras que fueron a épocas oscuras. Descartes abrió, hace cuatrocientos años, el capítulo más o y aventurado de la filosofía moderna, diciendo sencillamente: Pienso, luego Esta protesta hirió en tal forma los intereses de los retardatarios, que el libro del se incluyó en el Índice. Aquí era prohibido enseñar ese método en vísperas de la dencia. De esto han pasado doscientos años y estamos viendo vastas regiones del más civilizado en donde quien dice "yo existo", hay que traducirlo así: Yo no Se han formado los más grandes partidos, y los más alevosos, con el programa e que nadie piensa con libertad. Lo han sostenido así sabios profesores de la dad. Se ha condenado a veinte años de prisión a un poeta por haber escrito veinte nocuos.

judío es ejemplo único del hombre que tiene la tozudez de reclamar el derecho a la tierra donde levantó su templo y sembró sus árboles y flores, desde tiempos del omón. Se empeña él, y esto es digno de admiración, en rendir culto al Dios de sus más remotos. Quiere seguir cantando como lo hicieron los suyos al amor, a la luz, o y al viento, como lo hizo David. Carlos García Prada era un poeta colombiano ñaba en Seattle, sobre la Costa del Pacífico, cerca del Canadá. Una vez oyó en el de la universidad, a una de las gringas de su clase, cantando en ladino romances Supo entonces que en ese extremo del mundo americano existía una colonia . Con la gringa cantadora recogió un centenar de romances, cuya belleza escapó a rías literarias de Menéndez Pidal. Quinientos años se había sostenido en el aire ese de los irreductibles nostálgicos de su patria nueva española. Sevilla había sido generoso para los peregrinos judíos desterrados. A empujones los había sacado de a Tito, el Emperador Romano, doce o quince siglos atrás. Basta mirar hoy los del Arco Triunfal en los Foros para verlo todo. Los vencidos llegan encadenados. os tirados por bueyes venían amontonados los despojos, con los candelabros del entre la basura de la victoria.

e García Prada a la casa de la gringa. Le enseñaron en una cajita de madera una a de la casa en Sevilla. Son testimonios de amor que despiertan —y se nde— rencor en quienes se sublevan contra estos sentimientos. Algo de eso a los nazis a encerrar a seis millones de judíos en las cámaras de gas. Stalin a cifra y arreció la ira. Ahora se hace lo mismo con los que purgan el delito de su los Gulags para judíos. Se trata de cancelar otro derecho que no se menciona en s oficiales: el de amar. El buen ciudadano, dentro de una ley totalitaria que piensa rse más allá de los límites que conocemos, es de cerebro lavado y corazón de

istianos hay que no sólo ven tranquilos estos renacimientos de la esclavitud, sino consideran herederos de la Inquisición. No se dan cuenta de que cuanto ha ocurrido días, mañana ocurrirá a los cristianos. Está ocurriendo ya. En la misma Polonia del de Auschwitz, ahora el nazismo soviético trata de reducir cristianos a la cía. Los maestros soviéticos en Centro América gradúan a sacerdotes en el smo para hacer una religión católica, apostólica, soviética. Estamos ya dentro del saco los de la Tora y los del Nuevo Testamento.

rá cosa de treinta años un escritor suizo, Dennis Rougemont, escribió un libro en ía: El diablo existe. No es, explicaba, el viejo de los cuernos y las chispas, sino un je que siembra las flores del mal a nuestra vista. Era la vera imagen de Hitler. Es no el tiempo transcurrido desde la aparición del libro de Rougemont y la ción de aquel diablo bajo los escombros de la Cancillería de Berlín, y el mundo a cuenta de cómo sus herederos están construyendo nuevos infiernos. Hoy mismo Márquez dice que Juan Pablo II ha hecho una visita al infierno. Es correcto. ha sido el autor de ese infierno? No hay nada más triste que la historia de los del Caribe. Washington había montado en sillas presidenciales a unos luciferinos eron buen negocio en sus destinos. Cuando los diablillos cayeron, un respiro de enó todos los pechos. De pronto vino de otro imperio la iniciativa. Donde eran e quetzales se hicieron de ametralladoras. Así ha resonado, en las repúblicas que ada una por escudo tres o cuatro volcanes, la profecía de Che Guevara, cuando os anunció en Europa: Haré el nuevo Vietnam en América. Y apareció el infierno.

de Centro América es como lo del Cercano Oriente. Hace años visité dos naciones el fondo se sentían hermanas: Israel y Líbano era como una Suiza. Echando por el de Damasco hacia Baalbek —aquella ruta donde un soldado romano tuvo la visión que le llevó a predicar en Grecia, al martirio en Roma— se veían los rebaños con as de cedros al fondo. El cielo radiantemente azul era un pabellón de paz. Los los mismos de donde sacó Salomón maderas para el Templo. Del otro lado en e desenterraban ríos perdidos de veinte siglos, los bosques nuevos cubrían los s, avanzaban praderas sobre los arenales y volvían a verse rosas de Jericó, lirios po, trigales como en tiempos de Jesús. Mano a mano con los libaneses fui a ver la le Noé, mano a mano con los judíos la tumba de David, la casa de Nazareth. . . to ha pasado a la historia.

sterrados de Jordania, los palestinos belicosos, pasaron al Líbano. Se les recibió brazos abiertos. Se les dieron tierras, refugios de paz. Y comenzó el infierno. amamente construyeron fortalezas subterráneas. Llovieron aviones y máquinas para etralla, todo apuntado al ideal del caudillo que una vez habló ante las Naciones

y ahora pedía borrar del mapa a quienes habían sacado de las entrañas de la tierra perdidos, llenado de flores el Kibbutz, cubierto de bosques los pedregales. En las llamas del nuevo infierno, y bajo su resplandor se vieron rojas las ciudades de Beerut hasta Jerusalem.

Los años que he vivido cuentan por las cosas que he visto. Una vez en Acapulco, llegué invitado como observador para asistir a una asamblea de maestros del Tercer Mundo. Era importante, y tentadora la expectativa sobre cuáles serían los temas para las escuelas. Dos escenas me dejaron perplejo. Al inaugurarse el evento, en la mesa de la presidencia ocupó el centro una personalidad de un mundo desconocido: el representante de la Unión Soviética. Luego los discursos. El del ruso me ha quedado en la memoria. Este —dijo— es un día doblemente glorioso: primero porque en este 7 de agosto se selló en Boyacá la independencia colombiana; segundo, porque vamos a pactar aquí la lucha en las escuelas contra el racismo yanqui. . . Entre los puntos aclamados estuvo el de exterminar el sionismo por siempre.

La paz. . . ¿qué ha sido de la paz? La paz es para negociarla. La negocian quienes muestran su poder montan industrias que no soñó el más delirante fantaseador del mundo. Se secuestra, se asalta, se asesina, se retienen en cuevas las hijas de los ricos para los partidos millonarios que dan color a sus banderas con sangre de inocentes. Tal vez los tiempos más crudos del puñal envenenado no se montó sobre bases tan repugnantes como las del poder. Viendo así las cosas nuevas de este mundo, me asalta el recuerdo de la noche de Seattle, cantando por los campos de la universidad sus canciones viejas. Cuando volvía a la casa, abría el cofre escondido, miraba la llave, y sus ojos de niña se llenaban de lágrimas de siglos. Ponía el oído para escuchar las voces más íntimas del mundo, y resonaban en ella los cantos de David.

¡Señores y señoras! Dejemos muy atrás la comedia y vamos al fondo del cofre que guarda las canciones y tiene el perfume de los cedros del Líbano y la llave. Saquemos del fondo de la tierra los ríos escondidos. Salgamos al camino a saludar a quienes claman por la libertad desde hace siglos. La paz no es un negocio, ni ha de ser solamente para los muertos.

Gracias, mil gracias por haberme escuchado.

Índice

9	Latinoamericanos y palestinos
LA MANO DURA DEL JUDIO	
31	La mano dura del judío
35	Los fanáticos
LA NUEVA JERUSALEM	
LIBERTADA	
41	Jerusalem reunida
44	Aquí ocurrió la última cena
49	El monte Sión
52	Las piedras de Jerusalem
57	La torre de David
60	El extraño mundo de Mea Shearim
66	La tumba de los mártires y los héroes
67	Con la ayuda del Sol
ARENAS DEL DESIERTO	
77	La extraña ciudad de Eilat
82	Las minas de Salomón
86	El Gadna y el Nájal
91	Una colombiana en Demona
95	Pilatos sale de entre las ruinas
100	Los últimos beduinos
105	El camello tiene tres pisos
108	El Sheik Solimán, algo magnífico

111 La beduina más bella: dos mil dólares

REGRESO A JERUSALEM

119 Samuel, el sefardita del gallinero

123 En Jerusalem, una fuente

127 Iconos, vodka y champaña

132 Una historia en ladino

135 Tres faleones van bolando

138 La víspera del sábado

141 Eichman en la trampa

146 Un drama en la Corte

150 El fin de Eichman

EL TESTIMONIO HUMANO

157 Memorias de Moshé Tov

161 El hombre que inventó una nación

167 El astuto Barón Rotschild

171 Visita a Ben Gurión

175 La *fe* de Ben Gurión

180 El Presidente Ben-Zvi

184 Recuerdo de Ben-Zvi

188 Una hora con Golda Meir

193 Un recuerdo de la Señora Roosevelt

198 Martin Buber, yo y tú

202 El traductor de "María

205 El bronce de Jorge Isaacs

213 Primer relato de Jana Szenes

218 Segundo relato de Jana Szenes

222 Relato de Ruth, la moabita

227 Relato de Joseph Ayalón

LOS LIRIOS DEL CAMPO

233 El lago de Galilea

237 Los ciento setenta millones

240 El milagro de los bosques

244 Las piedras y los montes

248 Bolívar es un bosque

252 Cómo se vive en el desierto

256 El kibutz de Ben Gurión

260 Un viaje a Tel Arat

267 Los guerreros de los Ghettos

271 Viaje submarino en seco

275 Sodoma, en el Mar Muerto

280 Poesía e historia en tinajas

284 Avdat, otra esfinge en el desierto

287 Los derechos humanos

Editorial *EALON*

Calle 56 (Zea) N° 52-72

Teléfono No 245 11 58

Medellín - Colombia

Mayo de 1989

COLECCION LITERARIA

SIMON Y LOLA GUBEREK

1. Jorge Gaitán Duran: *Amantes*.
2. Pedro Gómez Valderrama: *Los infiernos del Jerarca Brown*.
3. Emilia Pardo Umaña: *La letra con sang entra*.
4. Ramón Illán Bacca, Roberto Burgos Cítor, Julio Olaciregui, Carlos Gustavo Abrez: *Cuatro narradores colombianos*.
5. Rafael Escalona: *La casa en el aire*.
6. Jaime Jaramillo Escobar: *Los poemas la ofensa*.
7. Germán Vargas: *Sobre literatura colombiana*.
8. Ana María Cano: *Entrevistas*.
9. Ramón Cote: *Poemas para una fosa común*
10. Santiago Londoño: *Delirio del inmortal*.
11. Miguel Iriarte: *Doy mi palabra*.
12. Rafael del Castillo: *Canción desnuda*.
13. M. García Herreros: *Lejos del mar. Asalti*
14. Carlos Lleras Restrepo: *De ciertas damas* (2 tomos)
15. Daniel Samper: *Balón y pedal*.
16. Nicolás Suescún: *3 a.m.*
17. Darío Jaramillo Agudelo: *Poemas de amor*
18. Simón Guberek: *Yo vi crecer un país*. (2)
19. María Mercedes Carranza: *Vainas*.
20. Santiago Mutis Durán: *Soñadores de Ijaro*.
21. Carlos Framb: *Antinoo*.
22. Raúl Gómez Jattin: *Retratos. Amanecer el Valle del Sinú. Del amor*.
23. J. G. Cobo Borda: *Tierra de Fuego*.
24. Lenito Robinson-Bent: *Sobre Nupcias y sendas*.
25. Jotamario: *El Profeta en su Casa. Par Menores*.
26. Edgar O'Hara: *Agua de Colombia*.
27. Amira de la Rosa: *Prosa*.
28. Carlos José Restrepo López: *Para subir cielo*. Cuentos.
29. Joaquín Mattos Ornar: *Páginas de un día conocido*.
30. Eduardo Mendoza Varela: *El Mediterráneo es un mar joven*.

31 Germán Arciniegas: *Entre el Mar Rojo y Mar Muerto*.

32 Amílcar Osorio: *Vana Stanza*.

33 Mario Rivero: *Vuelvo a las calles*.

Juan Manuel Roca: *Ciudadano de la*